



BIANCA™

HARLEQUIN™

ABBY GREEN

DOBLE
PROMESA

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Una aventura que cambiaría sus vidas para siempre...

Después de un horrible matrimonio, el ama de llaves Carrie Taylor, juró que nunca se enamoraría de otro hombre. Ni revelaría jamás el secreto deseado por su jefe, Massimo. Pero la química entre ellos estaba a punto de encenderse. Acompañar a Massimo a Buenos Aires como su amante fue algo irresistible. Y pronto Carrie recibiría noticias impactantes. Esperaba gemelos.

Antes de Carrie, Massimo no se había relacionado con nadie más allá de una sola noche. A pesar de sus malas experiencias con la familia, iba a ser padre. Massimo estaba decidido a reclamar a sus bebés. Pero iba a tener que prometer algo más que sus miles de millones para ganarse la confianza de Carrie...

Prólogo

CARRIE Taylor estaba demasiado atontada para ponerse nerviosa por la entrevista de trabajo para un puesto de ama de llaves en Londres. No entendía cómo la habían considerado candidata idónea, pues su experiencia se reducía a trabajar en hoteles de tres estrellas.

La mansión georgiana, en uno de los barrios más exclusivos de Londres, era otro nivel. Su voluntad de mudarse a Londres, y la disponibilidad inmediata, sin ataduras, podría tener que ver.

Sin ataduras...

La emoción amenazó la barrera de insensibilidad levantada hacía seis meses, pero la contuvo.

Ya tendría tiempo de lamerse las heridas si conseguía alejarse de Manchester. Al menos físicamente. Emocionalmente...

Apartó su mente del traumático pasado e intentó centrarse de nuevo en la entrevista. Era imposible que le dieran el puesto. Varias mujeres, mucho más glamurosas y, sin duda, con más experiencia habían pasado antes que ella. Y también un hombre con un traje de tres piezas.

Ninguno llevaba ropa barata. Carrie se estiró la camisa. La chaqueta y la falda ni siquiera hacían juego, aunque sí eran del mismo color. Tenía un agujero en las medias, que esperaba fuera imperceptible. Había adelgazado varios kilos. Debería haberse comprado ropa nueva.

—No le voy a mentir, es casi imposible —había dicho el reclutador, — pero quien no arriesga, no gana. ¿Seguro que nunca ha oído hablar de Massimo Black, lord Linden? El conde de Linden.

—No, ¿debería? —Carrie había sacudido la cabeza.

—Supongo que no —había contestado el reclutador.

Por el aspecto de la casa, el dueño era indudablemente rico. Un conde. Ya era tarde para buscarlo en el móvil y se maldijo por no haberlo

hecho en el tren. Eso hacía la gente antes de las grandes entrevistas de trabajo. Se informaban sobre el empleador.

Se lo imaginó mayor y muy elegante. ¿Pelo blanco? ¿Voz potente?

—¿Señorita Taylor?

—Sí —contestó Carrie claramente nerviosa.

—Lord Linden la recibirá ahora —el ayudante la miró de arriba abajo con frialdad. —Sígame.

Ella lo siguió por el impresionante vestíbulo de clásicos azulejos blancos y negros y una escalera de mármol que conducía a la primera planta.

El ayudante se detuvo ante una puerta, llamó, y una voz grave respondió:

—Pase.

Carrie sintió un hormigueo. La puerta se abrió y el hombre se hizo a un lado. Por un segundo, el sol la cegó, de modo que solo distinguió una silueta muy alta y corpulenta junto a la ventana.

Avanzó otro paso y lo vio. Lo primero que pensó fue: «joven». Y lo segundo, que no había visto a nadie más guapo en su vida. Era una estatua griega hecha realidad.

Pelo grueso, rubio oscuro, peinado hacia atrás. Mandíbula fuerte. Boca firme. Físico poderoso. Cada línea de su cara y su cuerpo gritaba poder y privilegio, y algo mucho más inquietante, una sensualidad innata, que ella no había percibido nunca.

Hablaba, pero, por un instante, Carrie no oyó nada. Estaba conmocionada. Era la primera vez que alguien o algo atravesaba el entumecimiento de su cuerpo. Y su corazón.

—Disculpe, ¿decía?

—Decía que, por favor, tome asiento —lord Linden, contuvo su irritación.

Esa mujer lo miraba como si jamás hubiera visto a un hombre. Estaba acostumbrado a reacciones algo menos descaradas. Quizás su ayudante se había equivocado al decirle: «Esta es la última, jefe, y por lo visto nunca ha oído hablar de usted».

Eso había llamado su atención. Era raro que alguien no lo conociera, a él y la escabrosa historia de su vida: heredar la inmensa fortuna Linden y

el título de conde a los dieciocho años tras la prematura y escandalosa muerte de sus padres. Su madre, de sobredosis en la casa de campo familiar tras una fiesta desenfadada, y su padre, semanas después mientras pilotaba un helicóptero con su nueva amante. Y luego la trágica muerte de su querido hermano pequeño, heredero del gen destructivo, a pesar de sus esfuerzos por mantenerlo en el buen camino.

Hasta el momento, ninguna de las candidatas le había impresionado, a pesar de sus currículos y referencias. Así pues, no tenía muchas esperanzas en esa, que carecía de todo eso.

La mujer... Carrie Taylor, se sentó en el borde de una silla. Massimo se preguntó por qué, hasta que vio que tiraba de la falda, como si quisiera taparse la rodilla. Tenía un agujero en las medias.

Algo se agitó en su interior. Conciencia. «¿Por ese despojo?», se burló de sí mismo. Porque era un despojo. La ropa le colgaba y necesitaría tomar el sol durante unos meses.

Llevaba el pelo rubio recogido en un moño, con algunos mechones sueltos. A primera vista, su rostro era soso, pero al sentarse frente a ella percibió una fina estructura ósea, una nariz recta y una boca sorprendentemente sensual. Sus enormes ojos eran verdes.

Ella lo miró, y Massimo tuvo que esforzarse para controlarse.

—Aquí dice que es viuda... —consultó su expediente.

—Sí —ella se estremeció.

Massimo sabía lo que era perder a un ser querido. El dolor por la muerte de su hermano, hacía casi diez años, seguía vivo.

—Lo siento. ¿Hace mucho?

—Seis meses —ella evitó su mirada.

—También pone que está dispuesta a empezar de inmediato y a vivir como interna.

—Sí.

Massimo sentía curiosidad por esa mujer que había viajado desde Manchester para solicitar un trabajo que tenía muy pocas posibilidades de conseguir.

—¿Qué le hace pensar que está cualificada para ser ama de llaves de esta casa?

Ella respiró hondo y sus pechos, más rotundos de lo esperado, se marcaron bajo la camisa. Massimo desvió la mirada, de nuevo indignado por reaccionar.

—No tengo título universitario —ella lo miró fijamente, —pero llevo trabajando desde los dieciséis.

—¿Abandonó la escuela?

—Sí —Carrie alzó la barbilla.

Massimo no pudo evitar admirar su rebeldía.

—Empecé a trabajar en un hotel, haciendo camas y limpiando baños, y a los veinte ya era gerente. Era responsable del buen funcionamiento de... todo.

Massimo dejó el expediente y se sentó. El inconfundible orgullo en su voz lo impresionó. No tenía ningún título académico, pero tenía más experiencia que cualquiera de los otros candidatos.

—¿Por qué dejar todo eso para venir a dirigir una casa en Londres?

—Porque no tengo ataduras y necesito un cambio —una sombra cruzó el rostro de Carrie. —Quiero adquirir experiencia en el sector privado.

Massimo tuvo la sensación de que había algo más.

—Está contratada —tomó la decisión en una fracción de segundo. —Un mes de prueba. Mi ama de llaves saliente permanecerá una semana para enseñarle el funcionamiento de todo. ¿Cuánto tiempo necesita para hacer las maletas y mudarse?

—¿Lo dice en serio? —ella lo miró aturdida, los ojos muy abiertos.

Él asintió, fascinado por el color rosa de sus mejillas. Pero sería su ama de llaves. Estaba vetada. Si aceptaba el trabajo, no permitiría que volviera a afectarle.

—Solo necesito un día o dos... ¿Podría instalarme después del fin de semana?

—Perfecto —Massimo se levantó y le tendió la mano—. Mi ayudante la ayudará con el traslado.

Carrie no se lo podía creer. Se levantó con piernas temblorosas y le estrechó la mano a lord Linden, que la envolvió en su calor. El contacto fue como una descarga eléctrica.

Sin duda era por la impresión al obtener el trabajo. Y por lo carismático que era él. Y joven. Tendría que ser de piedra para no sentirse atraída hacia ese hombre.

—Gracias por darme esta oportunidad —Carrie retiró la mano. —No se arrepentirá.

Sintió un inmenso alivio por poder alejarse de los sombríos recuerdos de su vida. Empezaría de nuevo. En un lugar nuevo. Sanaría y, tal vez, algún día seguiría adelante con su vida.

Era difícil evitar la mirada de lord Linden. Oscura. Indescifrable.

«Mejor», se dijo a sí misma. No quería leer sus emociones. Era su jefe y había demasiado en juego como para permitir que la afectara, emocional o físicamente.

—Gracias —repitió, jurándose que él no tendría motivos para arrepentirse de haberle dado esa oportunidad.

Capítulo 1

Cuatro años después

Massimo se sentía culpable. Acababa de salir de una entrevista con un importante periódico financiero. Sonó el teléfono del coche, miró la pantalla y frunció el ceño.

Lo ignoró y pisó el acelerador para sortear el tráfico. El potente motor no contribuyó a mejorar su ánimo. Para eso necesitaría la carretera despejada y sin límite de velocidad.

Sonrió con amargura. Quizá el destructivo gen familiar daba por fin la cara. El mismo que se había cobrado la vida de su hermano pequeño, muerto en un circuito de carreras.

La periodista lo había irritado desde el principio, preguntándole cómo se sentía al ser nombrado de nuevo el hombre más rico del mundo.

—¿Siente la responsabilidad de garantizar una descendencia que continúe su legado filantrópico?

En otras palabras, ¿sentaría la cabeza? No iba a confesarle a una periodista que no engendraría otra generación de Linden. No tras el excelente ejemplo de paternidad destructiva y caótica ofrecida por sus padres.

Su hermano y él habían vivido entre niñeras e internados, sin coherencia. Siendo el mayor, Massimo había desarrollado un fuerte sentido de la responsabilidad. Un deseo de lograr una estructura y crear orden del caos.

Su hermano pequeño había seguido el ejemplo de sus padres. Massimo se preguntaba a menudo si se habría rebelado su hermano de haber sido él menos meticuloso. Pero ese pensamiento conducía a la locura.

En cualquier caso, llevaba en él la sangre temeraria de su madre, una condesa italiana, y también de su padre, un irresponsable playboy, y jamás se arriesgaría a transmitirla a otra generación. Había visto a su hermano estrellarse y arder, literalmente. No le haría eso a su propio hijo.

Elegía escrupulosamente a sus amantes y solo pasaba una noche con ellas, para no generar expectativas. Después de ver cómo su padre anulaba la poca confianza de su madre encadenando amantes sin disimulo, Massimo no tenía intención de poner a prueba su fidelidad.

Le bastaba con una noche... hasta hacía unos seis meses. Cuando había perdido el apetito.

Massimo atravesó las puertas electrónicas de su casa de Londres. La irritación de su conversación con la periodista se desvaneció al bajarse del coche. La puerta principal se abrió por arte de magia.

Pero no había magia, solo su ama de llaves, la señorita Taylor, vestida con su habitual uniforme de camisa negra de manga corta y pantalón negro. Zapatos planos. Pelo rubio recogido en un moño a la altura de la nuca. Sin maquillaje. Sin joyas.

Y ahí estaba. Ese pequeño palpitar, por mucho que intentara ignorarlo o reprimirlo.

—Bienvenido, señor —ella sujetó la puerta y frunció el ceño. —No lo esperaba tan pronto... ¿todo bien?

La irritación resurgió. ¿Era su vida tan reglamentada, tan predecible, que ni siquiera podía volver temprano a su propia casa? Era extraño, porque la señorita Taylor era una de las pocas personas que no lo irritaban.

Ella tenía un efecto único sobre él, algo perturbador... balsámico. ¿Cómo podía ser a la vez consciente de alguien y sentirse calmado por ella? Se estaba volviendo loco.

A menudo se felicitaba por haber confiado en su instinto al contratarla. Se había convertido en una de sus empleadas de mayor confianza. Y estaba a punto de pedirle un enorme favor.

—Tengo que pedirle algo —le dijo. —¿Puede venir a mi despacho?

—Por supuesto —contestó Carrie, tras dudar un instante, cuando lord Linden la miró fijamente.

Lo siguió hasta su despacho, intentando no fijarse en cómo llenaba ese traje de tres piezas. El pelo se le rizaba un poco en la nuca y Carrie sintió el impulso de tocarlo y sugerirle que se lo cortara.

Notó que estaba de un humor extraño, ella siempre percibía su humor con una especie de sexto sentido. No solía estar de mal humor. Melancólico, sí. Pero nunca la tomaba con los empleados.

Lo siguió al interior del despacho, cerrando la puerta tras ella. Allí había mantenido su entrevista. Era extraño pensar que habían pasado cuatro años. Una oleada de emoción la invadió. Ese trabajo le había proporcionado todo lo que había esperado. Un lugar donde asentarse y empezar a sanar.

Por lo general, evitaba el contacto visual con su jefe, y las conversaciones giraban siempre en torno a la casa y los horarios. Él viajaba mucho. A veces podía estar fuera un mes seguido.

Pero últimamente no viajaba tanto. Y verlo casi a diario había empezado a ponerla un poco nerviosa. Sentía que perdía el control en su presencia.

—Por favor, siéntese, señorita Taylor.

Carrie se sentó, sin saber de qué quería hablarle lord Linden. Él se sentó tras el escritorio, dominando el espacio, aunque ya no estuviera de pie.

Hacía meses que no tenía una amante.

El pensamiento, aleatorio e incendiario, saltó a la mente de Carrie, que se sonrojó. ¿Qué le pasaba? ¿Qué le importaba si él había tomado una amante últimamente o no?

«Porque te molesta verlas a la mañana siguiente».

Carrie intentó recuperar la compostura. Quizás se llevaba a sus amantes a un hotel. O pasaba la noche en sus apartamentos.

—¿Está bien? —preguntó lord Linden.

—Sí... —Carrie asintió. —Hace un poco de calor, eso es todo.

Lord Linden se levantó y abrió la ventana que daba a un exuberante jardín trasero. Todo un lujo en el centro de Londres. Carrie estaba hipnotizada por los músculos bajo el traje.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Sabe que viajo a Nueva York mañana —Massimo volvió a sentarse.

—Sí, una semana, ¿no? —respondió ella aliviada.

—Posiblemente más. Pero hay un problema. Mi ama de llaves en Manhattan se ha jubilado anticipadamente por motivos de salud. Mi equipo aún no ha encontrado una sustituta. Voy a ofrecer un cóctel y necesito que todo esté bajo control, en orden.

El alivio de Carrie se desvaneció. No sabía adónde quería llegar.

—Esperaba que considerara la posibilidad de acompañarme — lord Linden se inclinó hacia delante.

—¿Acompañarlo a Nueva York? —Carrie sintió pánico.

—Como ama de llaves mientras dure mi viaje —él asintió. —Espero que para cuando termine allí habremos encontrado una sustituta.

—No sé qué decir —Carrie apretó las manos—. Nunca he estado allí. No tengo ni idea de cómo funcionan las cosas.

Sentía un millón de sensaciones: Incredulidad, confusión, terror y, probablemente lo más inquietante, excitación. Era lo último que necesitaba... ¡más tiempo en compañía de lord Linden!

—¿Su pasaporte está al día? —él la miró muy tranquilo.

—Lo acabo de renovar —ella asintió.

—Pues no necesita más.

Hacía que pareciera tan sencillo. Nada del otro mundo. Solo la trasplantaba de un lado a otro.

«Pero no tendrás paz».

Estaría aún más cerca de él, justo cuando sentía que perdía el control. Acompañarlo sería una locura y, sin embargo, no tenía elección.

—Pero ¿no me necesitará aquí? —Carrie se resistió.

—Esto funciona como un reloj —respondió lord Linden—. Aguantará una o dos semanas sin usted. Como he dicho, tengo que celebrar un acontecimiento importante en mi apartamento. Me gustaría tener a alguien de confianza allí. Mi ayudante en Nueva York trabajará a sus órdenes.

—¿Una o dos semanas? —ella lo fue asimilando.

—Hasta que terminen mis compromisos allí —Massimo asintió. — Estoy seguro de que para entonces mi equipo habrá encontrado una nueva ama de llaves.

—Supongo que no tengo elección —Carrie reflexionó en voz alta.

—¿Tan terrible será pasar un par de semanas en Nueva York? — él arqueó una ceja—. Tendrá tiempo libre para hacer lo que quiera.

Carrie era consciente de lo raro que resultaría negarse. Era su ama de llaves en Londres. Lo que él le pedía era perfectamente razonable. Y se trataba de Nueva York.

—De acuerdo, iré con usted.

—Bien —contestó lord Linden secamente. —Saldremos mañana antes de comer. Espero que tenga tiempo suficiente para hacer el equipaje y dejar la casa en buenas manos.

—Por supuesto —respondió Carrie con dulzura.

—Muy bien. Eso es todo, señorita Taylor.

Carrie se apresuró a marcharse antes de hacer el ridículo.

Cuatro años trabajando para ese hombre sin mostrar reacción, y de repente sentía que se avecinaba una tormenta.

Carrie solo había viajado en avión dos veces, ninguna en un jet privado. Creía haberse acostumbrado al lujo en casa de lord Linden, pero el elegante jet demostró su equivocación.

El interior era de color crema y dorado. Alfombras suaves y lujosas. El asiento parecía haber sido diseñado para adaptarse a su cuerpo.

Se sentó en la parte delantera del avión y lord Linden detrás, ante un escritorio, trabajando con su portátil. Durante el vuelo le ofrecieron toda clase de bebidas y un menú con la misma comida que solía servirse en las fiestas de lord Linden. Carrie optó por tomar agua con gas.

Estaba demasiado excitada para dormir y alternó la contemplación de las nubes con la de una revista que no leía. Al cabo de un par de horas, se dio cuenta de que no oía la voz grave de lord Linden.

Miró a hurtadillas hacia atrás y lo vio despatarrado, con las largas piernas estiradas, leyendo un documento con el ceño fruncido.

Con el cuello abierto y las mangas de la camisa enrollada, el pelo revuelto y barba incipiente, debería estar bebiendo champán con una hermosa mujer a cada lado. Rezumaba un atractivo sexual que, sospechaba Carrie, él ni valoraba.

Aunque sí era consciente de poseerlo, era obvio en cada movimiento, pero había algo más... un aire de insolencia que aumentaba su atractivo.

Resultaba arrogante y distante, una combinación embriagadora que, sin duda, atraía a muchas mujeres.

Pero no a ella. Ella sabía lo que le convenía.

Massimo levantó la mirada y Carrie no pudo escapar de la mirada oscura. Tragó saliva y se ruborizó.

«¿Seguro que lo tienes controlado?», se burló una vocecilla en su cabeza.

—¿Va todo bien? —él entornó la mirada.

—Bien... muy bien, gracias —ella asintió. —Lo siento, no quería molestarle, lord Linden —se apresuró a añadir cuando él soltó el documento.

—No hace falta que me siga llamando lord Linden —él la miró fijamente.

—Yo... de acuerdo —Carrie disimuló su sorpresa.

Lllamarlo por su nombre le recordaba demasiado a las amantes que despedía a la mañana siguiente.

«No ha tenido una amante en meses», le recordó la astuta vocecilla.

—¿Cómo debo llamarlo?

—Massimo.

—¿Está seguro de que es... apropiado? —Carrie palideció.

—Lo es si yo lo digo —Massimo frunció el ceño. —«Lord Linden», me hace sentir viejo y estirado, y no creo ser ninguna de esas cosas, ¿no?

—No —contestó ella, admirando la elegante y sexy postura.

—¿No quieres champán? —Massimo deslizó la mirada hacia la mesa de Carrie.

—Es mediodía —Carrie se enderezó.

—Bueno, en realidad es de noche —una pequeña sonrisa asomó a sus labios.

Ella se sintió expuesta, torpe. Los límites grabados en piedra durante cuatro años parecían disolverse a su alrededor.

—Tú tampoco bebes —observó ella.

—En realidad, apenas bebo —la breve sonrisa desapareció.

Carrie lo había observado en las fiestas en su casa, de pie con una copa de vino en la mano, pero sin beber.

En esas fiestas siempre parecía pensativo. Inaccesible. Y siempre había un montón de mujeres rodeándolo, para las que su aire impenetrable era un reclamo.

Carrie iba a decir: «debería dejarte volver al trabajo», pero lo que salió de su boca fue:

—¿Te importaría llamarme Carrie? «Señorita Taylor», me hace sentir como una maestra de escuela.

Por un momento pensó que se había pasado de la raya.

—Por supuesto —contestó él al fin.

—Gracias. Te dejo volver al trabajo.

—Gracias... Carrie.

Ella se giró antes de que él viera el rubor en sus mejillas. Habían intercambiado más palabras en las últimas veinticuatro horas que en toda su vida laboral. Y se tuteaban. Carrie sintió vértigo.

No debía olvidar que estaba allí porque su jefe la necesitaba para trabajar en Nueva York.

El recorrido en coche hasta Manhattan fue una sobrecarga sensorial. Le impresionaron los altos edificios en las anchas calles. El caos del tráfico, las bocinas sonando. La cantidad de gente.

—¿Todo bien? —preguntó él sin apartar la mirada de ella.

Carrie quiso sacudir la cabeza. Su latido cardíaco se había triplicado. Acababan de tomar un helicóptero desde el aeropuerto hasta una azotea de Manhattan y luego los había recibido un coche con chófer a pie de calle. No podía fingir que estaba habituada.

—No esperaba un viaje en helicóptero hasta la ciudad más famosa del mundo.

—Es útil cuando tengo mucho que hacer y poco tiempo —Massimo se encogió de hombros.

—Claro —murmuró Carrie, no lo hacía por ella...

—El chófer me dejará en mis oficinas y te llevará al apartamento. El conserje tiene instrucciones de dejarte entrar y enseñarte la casa, y mi ayudante irá más tarde para informarte de todo lo que necesitas saber sobre el evento que voy a organizar.

Carrie estaba acostumbrada a tratar con la alta sociedad londinense, pero Manhattan era otra cosa.

—De acuerdo, pero... ¿estás seguro de que debo ocuparme yo de esto?

—Confío en ti y en tu criterio. Lo harás bien.

Hablaba solo a nivel profesional, por supuesto, pero Carrie sintió prender una llama en su pecho.

El coche se detuvo ante un altísimo edificio de acero. Aun estirando el cuello todo lo que pudo, Carrie no consiguió ver hasta arriba.

—Trabajaré hasta tarde —dijo él antes de bajarse, —tienes el resto del día libre. Mañana hablaremos.

Carrie quiso señalar que no tenía por qué informarle de sus movimientos, pero se limitó a asentir.

Massimo salió del coche, e inmediatamente dejó atrás un vacío. Ella lo vio entrar a grandes zancadas en el edificio, con su traje de tres piezas, sin dar la impresión de que acababa de llegar de un vuelo transatlántico.

Hizo una mueca. Al vestirse esa mañana con su traje de pantalón oscuro y jersey de punto de manga corta, zapatos planos y el pelo recogido en un moño, había esperado proyectar una imagen fría y profesional. En esos momentos se sentía arrugada y muy necesitada de refrescarse.

Casi estaban en otoño, pero no había esperado que hiciera tanto calor en Manhattan. A pesar del aire acondicionado del coche, notaba el sudor en la parte baja de la espalda y en la nuca.

El coche giró por una calle menos concurrida. Al llegar al otro extremo, Carrie vio un frondoso parque verde.

—¿Eso es Central Park? —preguntó al conductor.

—Sí, señora.

El coche giró por una calle que bordeaba el parque y se detuvo frente a otro edificio imposiblemente alto, que rezumaba la grandeza del viejo Manhattan. Cuando bajó del coche y miró al otro lado de la calle, se fijó en la emblemática dirección: Quinta Avenida.

«Por supuesto».

—¿Señorita Taylor? —un hombre de uniforme se acercó apresuradamente.

Ella asintió y sonrió, sintiéndose rápidamente envuelta en calor.

—Soy Matt, el conserje. Me han encargado que le enseñe el apartamento del señor Black —Matt la condujo hasta un ascensor. —Este es el ascensor privado del señor Black. Es el dueño de todo el edificio, pero solo utiliza la última planta para él.

—¿No lo llama lord Linden? —preguntó Carrie.

—No le gusta —Matt se encogió de hombros.

Quizás apreciaba el anonimato y las normas sociales más relajadas de Estados Unidos de Norteamérica. Las puertas del ascensor se abrieron a un vestíbulo que rezumaba una clásica sofisticación. Suelos de baldosas y paredes con paneles. Y muchas puertas.

El conserje la condujo hasta una de ellas y la abrió. Estar acostumbrada a la casa londinense de Massimo evitó que soltara un grito de exclamación.

Nunca había visto techos tan altos ni ventanas tan grandes. Se asomó a una y vio Central Park a sus pies.

El mobiliario era lujoso, pero discreto. Se trataba de una sala, con diferentes ambientes, sillas y sofás alrededor de mesas bajas, sobre las que había tomos enormes en tapa dura sobre arte, fotografía y arquitectura. Había antigüedades, y muchas obras de arte colgadas de las paredes.

—Si me acompaña, le mostraré la cocina y los cuartos de servicio, y también sus aposentos.

Carrie se sonrojó. Por un segundo se había imaginado allí como invitada, no como empleada.

Siguió a Matt por otro lujoso pasillo, escaleras arriba, hasta una puerta que daba a una cocina impresionante, de última generación. La reluciente isla central de mármol estaba rodeada de encimeras con un fregadero Belfast. La despensa estaba repleta, igual que el enorme frigorífico.

—El chef espera sus instrucciones.

Muda de asombro, Carrie siguió a Matt hasta una sala multimedia, más parecida a un cine, un comedor formal y un gimnasio con piscina. Matt señaló una puerta de ascensor.

—Lleva a los aposentos del señor Black, a su despacho y a la terraza de la azotea.

También había un espacio de entretenimiento del tamaño de un pequeño salón de baile con puertas francesas que daban a una amplia terraza y una escalera de hierro forjado que conducía a la azotea.

—Y estas, señorita Taylor, son sus habitaciones.

Matt abrió una puerta y Carrie entró en un enorme dormitorio con baño en suite y vestidor. Unas puertas francesas daban al balcón, con impresionantes vistas al parque.

—Sírvese lo que quiera de la cocina. El teléfono del vestíbulo comunica directamente conmigo. Su equipaje llegará pronto.

—Gracias, Matt —Carrie dudaba seriamente poder encontrar el camino de vuelta al vestíbulo.

El conserje la dejó sola en aquel inmenso espacio. Carrie salió a su balcón privado con vistas panorámicas sobre Central Park.

«Nada mal para una asistente», sonrió irónicamente.

Para una chica que había crecido en una vivienda de protección oficial con una madre soltera que se había dejado la piel para mantenerlas.

La madre de Carrie nunca le había ocultado la verdad sobre su nacimiento. Su padre la había seducido, pero al quedarse embarazada, la había abandonado. Carrie no lo había conocido.

Nunca había borrado del todo la mancha del abandono, por mucho que su madre intentara compensarla, y eso había afectado a su autoestima. Un punto débil explotado en su momento más vulnerable, después de la muerte de su madre... cuando apareció su marido y le hizo creer que podía ofrecerle la vida de sus sueños. Una familia. Amor. Seguridad.

Una tóxica mentira.

Carrie desterró de su mente los recuerdos del pasado, apoyó los brazos en el muro de piedra y contempló las vistas antes de regresar al interior.

Deambuló por el apartamento y se detuvo a las puertas del ascensor que subía a la planta superior. Diciéndose que era su trabajo familiarizarse con todo, Carrie entró y el ascensor subió silenciosamente, hasta abrir sus puertas con un melódico tintineo.

Avanzó por un pasillo muy parecido al que acababa de dejar, salvo que solo había un par de puertas, una al final. Titubeó, sintiéndose ridícula. En Londres entraba habitualmente en la habitación de su jefe.

Abrió la puerta y su olor le llegó inmediatamente. Oscuro, amaderado, parecido al cuero. La habitación era amplia y decorada en tonos tierra. Una enorme cama dominaba todo, pero ella evitó mirarla y siguió investigando hasta encontrar un cuarto de baño en suite y un vestidor.

También había una sala de estar con televisión y estanterías del suelo al techo. Contenían, sobre todo, libros de economía y negocios, y algunas novelas de suspense. Carrie no se imaginaba a Massimo quieto el tiempo suficiente para relajarse y leer.

Se disponía a marcharse cuando vio unas fotos enmarcadas sobre una mesa. Tomó una de un joven, guapo, con una amplia sonrisa, vestido con un mono de carreras, junto a un coche, sosteniendo un trofeo. Carrie sabía que su jefe había tenido un hermano menor, muerto trágicamente en un circuito.

Dejó la foto en su sitio. Tras ser contratada, había investigado a Massimo y sabía tanto como el público general sobre su trágica historia familiar. La muerte de su hermano solo había sido la punta del iceberg...

La madre había sido una condesa italiana de impresionante belleza, y su padre el heredero aristócrata de una de las mayores fortunas de Europa. Los condes de Linden habían vivido rápidamente, siempre aireando sus infidelidades y rumores de drogas y juego.

La madre de Massimo había muerto de una sobredosis en la finca familiar a las afueras de Londres, y un año después su padre murió en un accidente de helicóptero. El que pilotara el helicóptero y fuera responsable de la muerte de su joven y bella amante, otra aristócrata europea, no había hecho más que aumentar el morbo sobre la malograda familia.

Massimo tenía dieciocho años y su hermano dieciséis.

Ciertamente el conde de Linden no había heredado los excesos de su familia. Al contrario. Su estilo de vida era monacal en comparación. Y, sin embargo, no recordaba a un casto monje...

De repente sintió calor y abrió unas puertas francesas que daban a la terraza de la azotea. Las vistas eran aún más espectaculares que desde la planta inferior.

—No está mal, ¿eh?

Massimo estaba detrás de ella, sin corbata, con la camisa abierta hasta el cuello y las manos en los bolsillos. Ella se sintió atrapada. Expuesta. Acalorada.

—Lo siento, no debería estar aquí arriba. Solo estaba... explorando.

«Más bien entrometiéndote».

—Te he pedido que vengas como mi ama de llaves, este es tu dominio — Massimo se acercó a ella.

El apartamento quizás fuera su dominio, pero la suite privada no, y nunca lo sería.

—Debes conocer la distribución.

—El conserje me dijo que esta planta era tu suite privada —Carrie agradeció su diplomacia.

—Pero también incluye la terraza de la azotea, donde daré mi fiesta mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche? —ella lo miró con ansiedad.

—He vuelto pronto para trabajar desde mi despacho —él asintió—, aquí hay menos distracciones. Uno de mis ayudantes repasará contigo los eventos de la semana y te dará toda la información que necesites para el buen funcionamiento del apartamento. Está abajo.

—Bajaré inmediatamente a verlo.

Salió de la suite, agradeciendo la excusa, y se maldijo por dejarse llevar por la curiosidad.

Capítulo 2

LA noche siguiente, Carrie estaba de nuevo en su zona de confort: dirigiendo las operaciones en el cóctel que ofrecía Massimo.

Su ayudante lo había descrito como un evento bastante discreto, consistente en copas y canapés, pero la organización había sido como una operación militar.

La lista de invitados, desde luego, no era de perfil bajo. Un expresidente de los Estados Unidos de Norteamérica, una de las actrices más queridas del mundo... Muchas personalidades pasaban por la casa de Londres, pero eso era otro nivel.

Por suerte, un equipo de eventos se ocupaba de todo, y lo único que ella tenía que hacer era supervisar y servir de enlace entre ellos y el personal de Massimo.

La fiesta se celebraba entre el salón de baile y la azotea. Carrie se dirigió a la terraza. Vestía su uniforme de gala: un vestido negro sin mangas, zapatos de tacón negros y un collar de perlas de imitación. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo.

El código de vestimenta para los invitados era de cóctel y, por primera vez, le avergonzó admitir que sentía cierta envidia de las mujeres con sus brillantes vestidos. Pero solo pensar en estar expuesta a las miradas de todos, la paralizaba de terror.

Apartada en un rincón, lo captaba todo y comprobaba que todo transcurriera con normalidad. Intentó no mirar a Massimo, que sobresalía por encima de casi todos, pero le resultó imposible.

Estaba magnífico con un traje oscuro, corbata de seda más clara y camisa blanca. La tenue luz hacía que su pelo pareciera más oscuro. Escuchaba atentamente lo que alguien le decía y sus músculos se marcaban bajo el costoso traje. Como si no pudiera contenerlo...

Había algo ilícitamente excitante en lo sexual que resultaba.

Carrie nunca se había considerado una persona sexual: su marido lo había intentado, pero no había conseguido excitarla. El sexo siempre le había resultado doloroso y, en cierto modo, degradante, pero allí estaba, devorando a su jefe con mirada adolescente.

Impulsivamente, agarró una bandeja de canapés. Necesitaba recordar su lugar allí.

—Sin sus fondos no estaríamos donde estamos. Gracias a la Fundación

Linden...

Massimo volvió a desconectar.

«¿Dónde está?».

Estaba rodeado de algunas de las personas más poderosas, interesantes y bellas del mundo, pero le daba igual.

Captó un destello de pelo rubio. Su cuerpo reaccionó como nunca ante una mujer.

Estaba de espaldas y llevaba el vestido más sencillo imaginable. Totalmente adecuado, pero le irritó verla ofreciendo canapés a sus invitados.

Sin pensárselo dos veces, murmuró una excusa y se alejó, sintiendo al instante una sensación de alivio. «Y anticipación».

Se acercó a Carrie por detrás y le agarró el brazo suavemente. Ella lo miró y se ruborizó.

No solo él reaccionaba.

Massimo sintió una satisfacción que no había experimentado en mucho tiempo.

Tomó la bandeja y se la pasó a un camarero. Luego condujo a Carrie a un lugar apartado. De mala gana, le soltó el brazo.

—¿Qué haces? —preguntó él.

Su boca parecía muy suave. Rosada. Sin maquillar. Tenía una forma preciosa, con un mohín natural. Los ojos eran enormes y muy verdes.

Massimo sintió que había subestimado su hermosura, y estaba siendo castigado por ello.

—Solo ayudo.

—Tenemos empleados para eso.

—No me importa.

«A mí sí».

A Massimo no le gustaba verla en el papel de subordinada.

Era inaudito, él nunca interfería con el personal. Confiaba en que hicieran su trabajo, sobre todo esa mujer. Si ella había decidido echar una mano, debía tener una buena razón para hacerlo.

—Por supuesto —dio un paso atrás. La gente los miraba. —Confío en tu criterio.

Carrie vio a Massimo darse la vuelta, engullido en segundos por la gente que reclamaba su atención. Aún temblaba por cómo la había tomado del brazo. La piel le ardía.

Era lo más cerca que había estado de un hombre en mucho tiempo. Y le había despertado una multitud de emociones y sensaciones inesperadas, considerando lo abusivo que había sido su esposo. No físicamente, pero sí mental y verbalmente.

Por primera vez en mucho tiempo, la excitación corrió por sus venas en lugar del miedo o el asco.

Durante años había evitado el contacto físico con la gente. Normalmente, si alguien la tocaba, se ponía tensa, retrocedía. Pero en cuanto él la tocó, supo que era Massimo. Y le había gustado.

Al darse cuenta, se sintió aturdida. Durante los últimos cuatro años había cargado con el miedo de no volver a ser capaz de permitir que alguien se le acercara física o emocionalmente.

Asimilar todo eso evitó que pensara demasiado en por qué Massimo no quería verla sirviendo a los invitados. Ya lo aclararía más tarde.

—Siento molestarla, señorita Taylor —el organizador del evento se acercó, —el chef quiere verla.

Carrie agradeció la excusa para huir.

El resto de la velada transcurrió en una nebulosa para Carrie.

—Gracias por su ayuda, señorita Taylor —el organizador le dijo sonriente. —Ya nos ocupamos nosotros —los invitados empezaban a marcharse.

Carrie se retiró a sus habitaciones. No quería ver a Massimo elegir a una mujer para pasar la noche. Se enteraría por la mañana, cuando revisara

las habitaciones. Quizás en Londres llevara tiempo sin una amante, pero estaba segura de que Nueva York lo... inspiraría.

Carrie frunció el ceño al espejo del baño. Llevaba un pijama y el pelo largo caía revuelto sobre los hombros. Nada más alejado de las sensuales amantes de Massimo.

Desde sus habitaciones no se oía la fiesta. Se metió en la cama, pero estaba demasiado inquieta para dormir. Volvió a levantarse, se puso una bata y salió al balcón.

Se oían algunas conversaciones y risas esporádicas. ¿Estaría Massimo con una mujer? ¿Mirándola? ¿Tocándola? Seguro que sonreía mientras la seducía.

Carrie se sorprendió por los celos que la asaltaron. No tenía derecho a sentirse celosa.

Respiró hondo y trató de calmar su inquietud. En los últimos días había pasado de ser consciente de su jefe, sin que le afectara demasiado, a estar completamente fascinada.

Era como si se hubiera abierto una caja de Pandora en su interior, despertando cuatro años de emociones y anhelos reprimidos.

Le preocupaba sentirse así de nuevo. La última vez había acabado en un matrimonio que la había reducido a la sombra de la persona que había sido.

Había tenido que esforzarse mucho para perdonarse a sí misma por confiar en su marido y permitirle maltratarla lenta e insidiosamente.

Se habían conocido justo después de la muerte de su madre, cuando Carrie estaba sola y vulnerable. Su madre había sido su roca y su guía, y sin ella Carrie se había sentido debilitada.

Su marido, un maestro de la manipulación, se había aprovechado. Carrie sabía que no era culpable, mujeres más fuertes que ella habían sido engañadas de forma parecida, pero el impulso por culparse a sí misma era fuerte. Por eso disfrutaba siendo ama de llaves en una casa que era como una fortaleza, y que le proporcionaba el espacio y el tiempo que necesitaba para sanar.

Y lo había hecho, a muchos niveles. Tal vez el ridículo y creciente deseo por su jefe debería tomarlo como una bienvenida señal de que estaba lista para abrir una parte de ella, encerrada durante mucho tiempo.

Había jurado no volver a casarse, porque nunca podría volver a confiar tanto en nadie, pero no descartaba la posibilidad de una relación. Tal vez esa fascinación por su jefe era su cuerpo diciéndole que estaba lista para dar el siguiente paso. Por aterrador que fuera...

A la mañana siguiente, Massimo contestó a una llamada en su despacho con un «¿Sí?», que sonó contrariado.

Su asistente ejecutivo, le comunicó que una de las invitadas a la fiesta, famosa modelo, quería saber si Massimo tenía pareja para el baile benéfico de finales de semana y, en caso contrario, si podía ofrecerse.

A Massimo nunca dejarían de sorprenderle las formas y audacia de las mujeres que buscaban su atención. Ni siquiera recordaba a esa modelo.

—No —respondió. —No deseo aceptar su amable ofrecimiento.

—Entonces, ¿irá solo?

Massimo se levantó y se acercó a la ventana. Estaba inquieto. Aún no había visto a Carrie esa mañana. Otro empleado le había servido el desayuno. La había buscado al terminar la fiesta, pero le habían comunicado que se había ido a dormir.

No había razón para que eso molestara tanto a Massimo. Carrie solía escabullirse cuando la fiesta casi había concluido y quedaba en manos del organizador de eventos. Pero la noche anterior le había molestado.

—En realidad, ya tengo una cita —contestó impulsivamente.

—¿La tiene?

La incredulidad de su asistente hizo que Massimo frunciera el ceño. Era plenamente consciente de que su falta de interés por tener una amante últimamente era una fuente de especulaciones.

Por eso el plan que estaba considerando sería la solución perfecta. Pondría freno a las habladurías y, al mismo tiempo, se demostraría a sí mismo que la repentina fascinación por su ama de llaves era una anomalía.

—Sí —insistió.

Colgó y dejó el teléfono sobre la mesa. Se estaba comportando de forma totalmente desproporcionada y ese plan iba a desdibujar los límites entre Carrie y él, pero por primera vez en su vida prefirió no pensar en las consecuencias.

—¿Comes conmigo?

Carrie se quedó boquiabierta.

Acababa de acompañar a Massimo a la terraza, donde había preparado una mesa para comer. Una ensalada ligera de pollo y pan crujiente. Él la miraba, sereno, como si no acabara de preguntarle algo completamente absurdo.

—Yo... —a punto de decirle que ya había comido, una locura se apoderó de ella. «Tentación». —De acuerdo.

—Bien —Massimo se sentó.

Carrie tomó otro cubierto y se acercó a la mesa. Había comida más que suficiente. Tal vez Massimo solo estaba siendo práctico. Siempre se mostraba discreto y frugal. Tal vez como reacción a las costumbres desenfundadas de sus padres y su hermano.

Massimo se sirvió una ración de ensalada y le pasó los cubiertos a Carrie.

—Gracias.

¿Qué hacía sentada a la mesa con su jefe, vestida con el sencillo uniforme? El pelo recogido. Maquillaje mínimo.

Había pasado la noche solo. Al menos no había señales de desayuno para dos. Carrie odió la sensación de alivio. Ese enamoramiento era ridículo.

—¿Prefieres trabajar aquí que en la oficina? —preguntó.

—Allí me estarían interrumpiendo todo el tiempo. Iré cuando termine el trabajo aquí.

—Nunca me había dado cuenta de la cantidad de trabajo que genera la filantropía —Carrie tragó un bocado. —Debería ser más fácil regalar dinero que ganarlo.

—Se podría pensar...

El tono sombrío hizo que ella levantara la vista. Massimo la estaba mirando.

—Regalar dinero cuesta casi tanto como ganarlo —contestó él—. Y la responsabilidad de a quién dárselo, y cuándo, es más complicada y delicada que negociar un tratado de paz.

—¿De verdad... lo disfrutas? —preguntó Carrie, curiosa.

—Nadie me lo había preguntado nunca —Massimo se echó hacia atrás, sorprendido. —Me gusta repartir dinero, aunque no tanto la burocracia y la política que conlleva.

—Al menos tienes la conciencia tranquila.

—En realidad, hay otro motivo para invitarte a comer conmigo —Massimo la miró con los ojos entornados. —Necesito un favor.

—¿Un favor? —Carrie soltó el tenedor. ¿Qué podía querer de ella un hombre que, literalmente, lo tenía todo?

—Hay un evento al final de la semana, un baile benéfico —él asintió. — Necesito una pareja y te agradecería que me acompañaras.

¿El hombre más rico del mundo, uno de los más guapos, quería que ella fuera su cita?

—¿Por qué demonios quieres que vaya contigo? —Carrie sacudió la cabeza.

—Porque, francamente, no quiero llevar a nadie que se haga ilusiones de algo más.

—¿Quieres decir...? —tenía la palabra «sexo», en la punta de la lengua.

—Una relación —intervino Massimo. Carrie se ruborizó. «Claro».

Quizás por eso no había tenido una amante en meses. Porque, inevitablemente, querían más.

Su oferta le provocó una mezcla de excitación infantil, totalmente inapropiada, terror y regocijo. Sobre todo terror.

—¿No sería poco... ortodoxo?

—No tiene por qué serlo —Massimo se encogió de hombros. —Y contará como horas extras. Serás generosamente recompensada.

El rubor desapareció. Por supuesto. Solo la quería como escudo.

Haberse criado en un barrio marginal y abandonado los estudios prematuramente la descartaba como otra cosa que un simple adorno. Por no mencionar el escrutinio al que se enfrentaría caminando de su brazo.

—Lo siento —Carrie sacudió la cabeza, —pero no creo que pueda hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Massimo con aire despreocupado.

—No sabría cómo comportarme. ¿Y si alguien me habla?

—Le respondes. Son humanos.

—Para ti, quizás. Para alguien como yo es distinto.

—¿Qué quieres decir?

—Para esa gente, yo soy invisible —Carrie apartó el plato. —Solo estoy ahí para servirles bebidas y comida, y limpiar lo que ensucian.

—¿Quieres decir gente como yo?

—Bueno... sí —Carrie se sonrojó, —aunque tú eres diferente.

Massimo valoraba a sus empleados de una forma que la mayoría no hacía.

—No parece molestarte —respondió él.

—Así es —ella lo miró. —Nunca he esperado otra cosa. No querría tu vida, ni aunque me pagaras.

Carrie se llevó una mano a la boca, dejando escapar una risita nerviosa.

—Eso es justo lo que me estás proponiendo. Pagarme por estar en tu mundo.

—¿Y qué tiene de malo mi vida? Carrie quiso abofetearse a sí misma.

—En muchos sentidos no está mal, tienes todo lo que puedes desear... Pero creo que te aíslas. No veo que te diviertas mucho.

—¿Y tú? ¿Te diviertes? —la pregunta reflejaba curiosidad sincera.

—Supongo que no puedo decir que me divierta mucho... no.

—Entonces quizá no seamos tan diferentes. Ella nunca lo había visto así.

—Y podría resultarte divertido disfrazarte y vivir algo nuevo.

Antes de fijarse en la habilidad con la que la estaba manipulando, Carrie pensó en las mujeres de la fiesta la noche anterior, con vestidos de cóctel de todos los colores y gemas brillando en orejas, cuellos y manos. Pensó en cómo las había envidiado.

—De todos modos, no tengo nada remotamente adecuado que ponerme.

—Eso se arregla fácilmente —Massimo agitó una mano.

—Pero... soy tu ama de llaves —Carrie se quedó muda.

—Como te he dicho, me harías un favor.

Lo hacía parecer tan razonable... solo quería que lo acompañara a un evento, como un trabajo, para mantenerlo alejado de las mujeres.

Por un momento, se preguntó si estaría soñando. O alucinando. Se pellizcó por debajo de la mesa. «¡Ay!». No, no era un sueño.

Pero su experiencia pasada le hacía desconfiar de cualquier tipo de «persuasión».

—¿Y qué pasa si me niego?

—Nada —Massimo sacudió la cabeza. —No tienes ninguna obligación de aceptar. Sé que te pido que borres los límites de nuestra relación laboral. No quiero que te sientas incómoda. No respondas ahora, Carrie. Piénsalo y dímelo más tarde.

Carrie era experta en reconocer la conducta pasiva y la agresiva, y no percibió nada allí. Massimo solo buscaba una salida fácil para algo que consideraba molesto.

Pero su impulso de autoprotección fue más fuerte.

—Lo siento, pero no puedo aceptar. No necesito pensarlo.

Un nudo de arrepentimiento se apoderó inmediatamente de sus entrañas.

—Si esa es tu decisión final, la acepto —la expresión de Massimo no cambió.

—Voy a tomarme mi descanso ahora, si no hay inconveniente... — estuvo a punto de añadir «señor», pero se contuvo.

—Claro, tómate todo el tiempo que necesites. Estaré en la oficina el resto del día, y cenaré fuera.

Carrie se levantó de la mesa. La asistenta que iba todos los días estaba en la cocina y Carrie le pidió que recogiera cuando Massimo hubiera terminado de comer, y le comunicara al chef que no cenaría en casa.

Luego salió de la casa, recibiendo una bofetada de aire húmedo, no el aire refrescante que necesitaba para intentar asimilar lo que Massimo acababa de pedirle. Compró un té helado en una cafetería cercana y se dirigió a Central Park, buscando algo de brisa bajo la sombra de los enormes árboles. Se sentó en un banco y observó a la gente pasar.

Una pareja joven, tomados de la mano, claramente enamorados, llamó su atención. El corazón le dio un vuelco. Siendo testigo del estoicismo de su madre, siempre se había enorgullecido de no hacerse ilusiones en lo referente al amor y a los cuentos de hadas con final feliz. Pero ante el encanto manipulador de su marido para seducirla, se había permitido creer que tal vez sería diferente para ella.

Pero no lo había sido, debería haberlo sabido. El romance no existía, solo gente que buscaba controlar y dominar a los demás... aprovecharse de cualquier vulnerabilidad. No había igualdad, solo juegos de poder. Y ella nunca volvería a estar en el lado equivocado de esa ecuación.

Había rechazado a Massimo para observar su reacción. Y como no había percibido ninguna agresividad pasiva que pudiera estallar más adelante, se preguntó si no habría exagerado.

Como si se burlaran de ella por su cinismo, los jóvenes amantes se pararon para besarse. Carrie sintió un anhelo, un dolor por algo que se había dicho a sí misma que no existía.

Una madre pasó frente a ella, empujando un cochecito de bebé, y Carrie sintió un dolor aún mayor. Inconscientemente, se llevó una mano al vientre, como si eso pudiera mitigarlo. Y se dio cuenta de que ya no era agudo, como antes. Era más suave, aunque seguía ahí.

El tiempo realmente curaba. No podía negar que sentía una sensación de paz después de cuatro largos años de esconderse y lamerse las heridas.

«Tal vez», susurró una vocecita, «tal vez haya llegado el momento de dejar de esconderse. Quizás ha llegado el momento de volver a vivir».

Un pequeño brote nació en su interior, junto con una descarga de electricidad ante la idea de ser lo suficientemente valiente para aceptar la invitación de Massimo.

Si había una manera de empezar a abrazar de nuevo la vida, hacerlo junto a Massimo debía ser bastante audaz.

Capítulo 3

MASSIMO llevaba toda la tarde y noche distraído. No todos los días lo rechazaban. Se sintió irritado consigo mismo porque Carrie era su ama de llaves, se estaba comportando con profesionalidad y él debería elogiarla por ello.

Lo que le había pedido iba más allá de sus funciones, pero sus motivos no eran tan sencillos como parecían. Esperaba que, si aceptaba, perdería la fascinación por él.

Se removió en el asiento trasero del coche mientras se abría paso entre el tráfico de Manhattan.

Acababa de sufrir una interminable cena en la que, a medida que sus colegas se emborrachaban, su mente regresaba a Carrie.

Esa mujer lo intrigaba.

Aunque quizás ella había percibido el interés de Massimo, y su actitud era fingida.

«¿Y ha estado interpretando ese papel durante cuatro años solo para captar tu interés?».

Teniendo en cuenta hasta dónde llegaban algunas mujeres para llamar su atención...

Massimo trató de ser racional ante el creciente deseo por una mujer claramente fuera de los límites. Perseguir a una mujer como Carrie Taylor iba en contra de todos sus principios.

Solo buscaba mujeres que supieran jugar y fueran como él. Mujeres que se conformaban con una noche. Porque nunca buscaba nada más, nada duradero.

Frunció el ceño mientras el coche se detenía frente a su edificio. Mientras entraba en su casa, agradeció en silencio la negativa de Carrie a

acceder a sus deseos. Les había hecho un favor a ambos. Daría instrucciones a su ayudante para concertar una cita con esa modelo.

La decisión duró lo que tardó en entrar al apartamento y aflojarse la corbata mientras iba a la cocina, buscando algo más sustancioso de comer. Duró hasta que oyó una voz a sus espaldas.

—Ha sobrado algo de carne. Puedo prepararte un sándwich.

Massimo se volvió, y sus buenas intenciones se disolvieron en un destello de calor y lujuria.

Carrie llevaba una sudadera y unos leggings. Pero, sobre todo, llevaba el pelo suelto. Nunca la había visto con el pelo suelto. En cuatro años.

Le caía brillante y ondulado hasta la espalda. Algunos dirían que era demasiado largo, y sin estilismo, pero resultaba ridículamente íntimo y, por primera vez en años, él se quedó sin habla.

—Lo siento —se disculpó ella. —Estoy fuera de servicio. Espero que no te importe. Normalmente no me ves así.

—No, en absoluto —Massimo sacudió la cabeza. Estaba aturdido. Solo sabía que no quería que se fuera—. ¿Has dicho «sándwich»? Sería estupendo. Gracias.

Massimo se quitó la chaqueta y vio cómo ella seguía sus movimientos con la mirada. Sus mejillas se sonrojaron. A Massimo le ardía la sangre.

Carrie entró en la cocina, las luces brillaban en su pelo. Llevaba calcetines, y sus piernas eran largas y torneadas. La suave ropa se ceñía a su cuerpo, mostrando las curvas femeninas. Había engordado desde que empezara a trabajar para él, y le sentaba bien.

La sudadera se resbaló de un hombro y Massimo sintió un impulso casi irrefrenable de acercarse, apartarle el pelo y posar allí sus labios.

Se colocó al otro lado de la isla, consciente de repente de la respuesta de su cuerpo.

—Si quieres, puedo llevártelo. No tardaré mucho — le ofreció ella sin establecer contacto visual.

—Esperaré aquí —contestó el perverso diablillo interior de Massimo. Colgó la chaqueta sobre una silla y sacó una botella de agua con gas de la nevera. Tomó un vaso de la estantería y se sentó al otro lado de la isla.

—¿No os han dado de cenar? —preguntó ella mientras calentaba la carne.

—Sí, pero no se parecía remotamente a ningún grupo de alimentos nutritivos. Ni llenaba, por cierto.

A Massimo le pareció oír una risa ahogada, pero no estaba seguro.

—¿Tú cenaste aquí? —preguntó.

Podría haber salido. Quizás tuviera alguna aplicación de citas en su teléfono...

—Sí, tomé bistec y ensalada.

A Massimo no le gustó la satisfacción que sintió.

Carrie se dio la vuelta y le sirvió el sándwich en un plato junto con un poco de ensalada. Parecía y olía delicioso.

—En realidad —ella carraspeó, —te estaba esperando... para decirte algo.

—Adelante.

Parecía nerviosa, pero se armó de valor y lo miró. Una vez más, Massimo se maravilló de lo verdes que eran sus ojos. Hermosos.

—Probablemente ya tendrás a alguien para acompañarte al evento de esta semana —ella se interrumpió, como si esperara a que él interviniera.

Massimo estaba mudo.

—Pero si aún no se lo has pedido a nadie, y quieres que te acompañe —continuó ella, —lo haré.

El cuerpo de Massimo vibró de satisfacción. Se había dicho a sí mismo que se alegraba de que ella hubiera dicho que no. Pero de repente estaba feliz.

—Aún no se lo he pedido a nadie más, así que... sí, me gustaría que me acompañaras.

—Como dije, no tengo nada que ponerme —Carrie apretó los labios. — Puedo buscar algo...

Massimo sacudió la cabeza, repleta ya de imágenes de Carrie vestida de seda y satén. Con joyas brillando sobre su pálida piel.

—Yo me encargo. Mi ayudante se asegurará de que tengas todo lo necesario.

—De acuerdo... buenas noches, señor.

—Massimo —susurró él.

—Lo siento, lo olvidé —ella se ruborizó. —Buenas noches, Massimo.

Massimo sintió un lametazo de lujuria al oír su nombre en boca de Carrie. Deseaba oírlo una y otra vez. Suplicándole.

—Buenas noches, Carrie.

Ella se marchó, pero su perfume permaneció en el aire. Delicado y floral, con un matiz terroso.

Miró el sándwich de carne. Su apetito había desaparecido, sustituido por algo mucho más carnal.

Carrie no era dada a la fantasía. Ni siquiera de niña. Su mundo había sido sombrío y duro.

Sacudió la cabeza, tratando de alejar los recuerdos dolorosos. El presente estaba peligrosamente cerca de una fantasía que nunca se había permitido. Una fantasía de transformación en alguien mucho más... elegante, brillante. Hermosa.

La hermosura de su madre se había marchitado tras años de decepción, soledad y trabajo agotador.

Carrie se miró al espejo, y vislumbró cómo habría sido su madre con otra vida.

«Tú no eres tu madre», susurró una vocecilla.

No, era ella misma. Y contemplaba, incrédula, una visión.

Al apartamento de Massimo había llegado un equipo de estilistas con percheros de ropa, peluqueros, maquilladores... esteticistas. Aún se sonrojaba al pensar en cómo se habían ocupado de partes de su cuerpo que no habían visto la luz en mucho tiempo.

Le recortaron el pelo y se lo recogieron en una especie de moño. Dedicaron una hora a la cara para que pareciera que no llevaba maquillaje. Sus ojos parecían más grandes y verdes. Las mejillas jugosas. ¿Siempre había tenido la boca tan carnosa?

El vestido apenas lo sentía. Ligero. Sin tirantes. Negro. Ceñido al pecho, la cintura y las caderas, y cayendo en suaves pliegues.

Era demasiado escotado. Y, sin embargo, comparado con la ropa que llevaban algunas mujeres en los eventos que organizaba Massimo, era absolutamente discreto.

Una parte de ella quería arrancárselo, lavarse la cara y meterse en la cama, pero otra parte se sentía excitada ante la idea de que Massimo la viera así.

Una vocecita interior le advirtió: «¡Peligro! ¡Peligro!». Demasiado tarde, porque Massimo iría a buscarla en cualquier momento.

Intentó recuperar cierto sentido de la realidad, diciéndose a sí misma que era su momento Cenicienta. Al lado de esas otras mujeres, él vería lo inferior que era y no volvería a pedirle que lo acompañara. Las cosas volverían a la normalidad. Y eso estaba bien, se aseguró a sí misma.

Respiró hondo e intentó calmarse. Era un momento excepcional, para la fantasía, antes de volver al mundo real en tres horas. Massimo era tajante con el tiempo que pasaba en los eventos.

Llamaron a la puerta. Era él.

A pesar de sus esfuerzos, todos sus intentos de mantener los pies en el suelo se disolvieron en un torrente de nervios y calor. Por un momento se sintió mareada, permitiéndose soñar con otra vida.

Carrie se tranquilizó. Ya no era aquella chica. Sus sueños se habían hecho añicos. Era una mujer adulta, y sabía exactamente lo que estaba pasando allí.

«Nada».

—Adelante —gritó, —pero no tuvo valor para darse la vuelta y mirar a Massimo. Tenía miedo de la expresión de su cara cuando la viera y la comparara con las demás mujeres de su vida.

Cuando Massimo entró en la habitación, Carrie estaba de espaldas a él. El vestido no tenía tirantes y llevaba la parte superior de su espalda desnuda. Su piel era pálida, casi nacarada. Llevaba el pelo recogido en un moño despeinado y el cuello le pareció increíblemente delicado.

Por un instante, Massimo no quiso que se volviera. Temía que, cuando lo hiciera, todo cambiaría.

Pero era demasiado tarde. Ella se estaba dando la vuelta y él no podía detenerla, y estaba... impresionante. Literalmente. Como una gema revelada después de quitar las capas de polvo.

Su primer pensamiento fue: «¿Por qué se ha escondido?». El segundo fue: «La deseo».

El vestido era negro y ceñido, clásico. El corpiño era bajo y se amoldaba suavemente a la plenitud de sus pechos, sujetos por alguna obra de ingeniería que Massimo solo podía adivinar.

Su mirada continuó hacia abajo, donde la tela marcaba la estrecha cintura antes de fruncirse y drapear sobre sus caderas y muslos para caer en pliegues sueltos hasta sus pies.

Era a la vez clásicamente elegante e indecentemente sexy.

—Estás... preciosa —increíblemente, consiguió volver a levantar la mirada y encontrar su voz.

—Me siento un poco expuesta.

Él la miró. Pómulos altos. Mandíbula delicada, pero fuerte. Las mejillas rosadas, los ojos muy verdes, como si también hubieran estado apagados hasta entonces. Llevaba el mínimo maquillaje porque, evidentemente, no lo necesitaba. Un poco de carmín color carne. Los ojos ligeramente ahumados.

—Tu vestido está bien, créeme.

—Si tú lo dices... Nunca he asistido a un evento como este.

A Massimo le remordía la conciencia, pero la ignoró. Ya no podía dar marcha atrás. Se había abierto una compuerta y, por primera vez en su vida, sintió ganas de soltarse.

Se acercó a ella y le tendió un estuche.

—¿Qué es esto? —ella lo miró recelosa.

—Un adorno.

Aunque no lo necesitaba.

Carrie dio un paso hacia él, y Massimo apretó los dientes cuando su perfume le hizo cosquillas en la nariz. Ligero, pero con sutiles matices de algo mucho más potente. Como ella...

Abrió la caja y vio cómo Carrie palidecía. No era la reacción que había esperado de una mujer ante un collar art déco de diamantes y esmeraldas de uno de los joyeros más icónicos del mundo.

—¿Qué es esto? —ella lo miró.

—Date la vuelta —Massimo sacó el collar de la caja y la dejó sobre una mesa.

—No puedo ponérmelo... es demasiado.

—El estilista me ha dado instrucciones precisas. Es una pieza integral del conjunto. Además, los joyeros que me lo han prestado estarán en el evento esta noche.

—¿Prestado? —el color volvió a las mejillas de Carrie.

—Sí. Ahora, date la vuelta.

Ella obedeció y Massimo le puso el collar. Sus dedos rozaron su piel, cálida y suave. Le pareció sentir un pequeño estremecimiento recorrer el cuerpo de Carrie.

—Ya puedes darte la vuelta —él retiró las manos.

Ella lo hizo, tocando el collar como si temiera que se cayera. Evitaba mirarlo a los ojos.

«Tan consciente de mí como yo de ella. Me desea».

Normalmente, cuando Massimo percibía que una mujer lo deseaba, notaba satisfacción, pero allí solo sentía un intenso deseo. Como no había sentido en mucho tiempo.

—Carrie, mírame.

Carrie no quería mirar a Massimo. Todavía sentía el cosquilleo en la piel por el roce de sus dedos. Incluso con tacones, su cabeza apenas rozaba la mandíbula de Massimo. Sentía el collar frío y pesado alrededor del cuello. Auténticas esmeraldas y diamantes.

Había visto a Massimo vestido de esmoquin un millón de veces, pero nunca le había impactado tanto. Incluso su olor parecía más fuerte.

Los límites y las líneas se desdibujaban, de pie delante de su jefe, vestida como alguien que no era: Carrie Taylor, una chica que ni siquiera tenía el bachillerato, una humilde ama de llaves...

—¿Carrie?

Ella respiró hondo y levantó la vista. Todo en él debería señalarle el peligro, era mucho más grande y fuerte físicamente que su marido, pero no sentía peligro. Solo una intensa excitación.

El corazón le falló un latido cuando percibió la intensidad de su mirada oscura. Se sintió inmediatamente cohibida, como si la hubieran pillado jugando a disfrazarse.

—Si has cambiado de opinión, no pasa nada —dio un paso atrás—, de verdad. No me importa.

—¿Por qué iba a cambiar de opinión? —Massimo frunció el ceño. — Estás impresionante.

—El equipo que mandaste lograría que cualquiera estuviera presentable

—Carrie sabía que él solo estaba siendo educado...

—Estás más que presentable, Carrie, estás preciosa.

Campanas de alarma sonaron en la cabeza de Carrie. Recuerdos de su marido...

«Carrie, eres tan especial. Quiero protegerte».

—Gracias —contestó, obligando a su cerebro a calmarse, —pero no hace falta que digas eso. No es una cita de verdad.

—¿Entonces te ahorro los tópicos? —respondió Massimo secamente. Carrie estuvo a punto de recordarle que no era una de sus amantes. Como si hiciera falta.

—Mi chófer espera abajo —anunció él al ver que ella no respondía. — Deberíamos irnos.

Carrie dejó que la condujera hasta el coche y se adentraron en el tráfico nocturno de Manhattan.

Allí estaba ella, vestida con un traje que jamás podría permitirse, sentada junto a uno de los solteros más codiciados del mundo, viviendo la fantasía que nunca había admitido tener.

—No te preocupes, estarás bien, tú sígueme la corriente.

Carrie agarraba el bolso con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—No quiero avergonzarte —ella respiró hondo y aflojó las manos.

—No lo harás.

No estaba tan segura. Sin duda todo el mundo vería sus defectos y su falta de credenciales como si lo llevara marcado en la frente.

—No todos los que conocerás han nacido ricos —observó Massimo, como si oyera sus pensamientos. —Algunos han ascendido, literalmente, de vivir en la calle. Algunos tuvieron comienzos complicados en la vida.

—Lo sé —Carrie se sonrojó. No quería parecer prejuiciosa, —pero eso los hace aún más intimidantes. Saber los obstáculos que han superado para triunfar...

—¿No como yo?

El tono no era agresivo, pero Carrie pensó en todas las historias sobre su joven vida: increíblemente privilegiada, pero también caótica. Perder a sus padres tan joven. Luego a su hermano. ¿La riqueza y el privilegio hacían que esas cosas fueran más fáciles de soportar? Sospechaba que no.

—Supongo que todo es relativo —Carrie esbozó una pequeña sonrisa. — Todos superamos obstáculos.

Él la miró y ella pensó que estaba a punto de preguntarle algo, pero entonces el coche se detuvo ante la entrada de un edificio. Los flashes casi la cegaron antes siquiera de bajarse. El terror fue instantáneo y se quedó helada.

Ni siquiera se dio cuenta de que Massimo le tomaba la mano y la sacaba del coche. El aluvión de luces la aturdió.

—Sígueme. No te pares.

Mientras caminaban por la alfombra roja, Carrie solo oía:

—¡Massimo! ¡Por aquí! Massimo, ¿quién es tu acompañante? ¡Massimo! Intentó decirle que parara y se hiciera una foto, pero, para su alivio, él no parecía dispuesto a hacerlo. Y así entraron en el vestíbulo más opulento y hermoso que Carrie hubiera visto nunca.

Suelos de mármol, un techo abovedado y pintado al fresco muy por encima de sus cabezas. Elaboradas arañas con cientos de diminutas luces bañaban todo de un tono dorado. Los camareros, vestidos de negro, se movían entre la elegante multitud ofreciendo copas de champán.

Massimo tomó dos copas y le pasó una. Carrie ya estaba mareada sin siquiera beber un sorbo. Parecía el decorado de una película de Disney. Una gran escalera central conducía al siguiente nivel, también lleno de gente.

La acústica era perfecta, y la música clásica en directo flotaba entre la parlanchina multitud.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—En uno de los edificios más antiguos de Manhattan —contestó Massimo. —Recientemente renovado como espacio exclusivo para actos benéficos.

—Es tuyo, ¿verdad? —comprendió Carrie de repente.

—Es una adquisición mía, sí. Me pareció conveniente disponer de un espacio para celebrar eventos.

A pesar del terror persistente, la boca de Carrie se crispó ante la idea de adquirir lo que debía ser una de las propiedades más caras de Nueva York para facilitarse la vida. Massimo la miró.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó él.

—No es nada —ella sacudió la cabeza. —Hay mucho que... asimilar —tomó un sorbo de champán para intentar calmar los nervios.

Massimo la condujo hasta las escaleras y subieron. Carrie no pudo evitar notar el interés que despertaba él... y ella también. Sentía todas las miradas sobre ella. Casi podía oír los susurros.

«¿Quién es?».

«¿Qué demonios hace alguien como ella aquí?».

Carrie pensaba que se acobardaría por completo, pero extrañamente, con Massimo a su lado, se irguió, sintiendo la protección de su sólida presencia al lado, como un campo de fuerza.

Cuando llegaron al siguiente nivel, Carrie se encontró con un salón de baile más grande que cualquier otro que hubiera visto en su vida.

Las enormes puertas francesas daban a las terrazas exteriores. La multitud se mezclaba bajo miles de luces que parecían colgar de hilos invisibles. La vegetación florecía a su alrededor, creando el efecto de un jardín interior. Una pequeña orquesta tocaba en un estrado situado en una esquina.

La gente empezó a abordar a Massimo. Uno de sus ayudantes se materializó a su lado, recordándole quién era cada persona antes de que llegara a él.

Massimo la presentó a todo el mundo, todos fueron muy corteses, aunque la ignoraron. No les resultaba interesante. No era reconocible... para su alivio.

Le fascinaba cómo Massimo prestaba su atención a todo el mundo, obtenía de ellos lo que quería, o les transmitía alguna información, y luego pasaba a la siguiente persona. Tenía las dotes diplomáticas de un estadista.

Poco después pasaron al espacio contiguo, un comedor lleno de mesas con elaborados centros florales. Les condujeron a una situada delante, frente a un pequeño escenario.

Se sirvió la comida, sorprendentemente abundante, no lo que ella habría esperado en un evento así. Tomó el tenedor, de repente famélica, pero al mirar a su alrededor lo volvió a soltar.

—¿Pasa algo? —Massimo se apartó del hombre con el que había estado hablando.

—Nadie está comiendo —susurró Carrie.

—¿Y tú tienes hambre?

—No he comido desde esta mañana —había tardado casi todo el día en arreglarse.

Massimo se llevó su tenedor a la boca. De forma casi cómica, los demás comensales lo imitaron.

Ella comió un poco y se sintió menos mareada. Una mujer se inclinó hacia ella. Era mayor y tenía una expresión agradable, menos congelada que la mayoría de las mujeres allí.

—¿Cómo te llamas, querida?

A Carrie se le secó la boca. ¿Debía entablar conversación con aquella gente?

Antes de que pudiera responder, intervino Massimo:

—Disculpa, Dorothy, te presento a Carrie Taylor.

—¿De las Taylor de Long Island? —los ojos de la mujer se iluminaron.

—¿Eres una de las hijas de John?

—No es pariente de esos Taylor —Massimo posó una mano en el brazo de Carrie—. Es de Londres, allí nos conocimos.

«Allí nos conocimos».

Como si estuvieran juntos. Como si no fuera una empleada haciéndole un favor que traspasaba varios límites.

Carrie sentía el impulso de ceder a la fantasía de ser la compañera de Massimo, al que habría conocido en un evento como ese. Pero su pasado era el que era, y no se arrepentía de ello. Le había convertido en quien era y estaba orgullosa de ello.

El rostro de la mujer mayor se apagó de inmediato.

—No le hagas caso a Dorothy... es de la vieja escuela —susurró Massimo. —Solo habla con los descendientes de los peregrinos del Mayflower.

Carrie ahogó una risita. El muslo de Massimo rozó el suyo por debajo de la mesa, fugazmente, aunque le provocó una oleada de excitación. Las ganas de reír se desvanecieron, junto con el apetito.

No podía permitirse creer que aquello fuera real. Ya había creído en una fantasía y las consecuencias habían sido trágicas. Se había jurado que nunca volvería a estar tan ciega.

Los camareros retiraron los platos. Se oyeron unos golpecitos en el micrófono y una mujer subió al estrado para pronunciar unas palabras de bienvenida.

—No tiene sentido que diga nada más —concluyó. —Mejor cedo la palabra a la persona más cualificada para hablarnos de su visión de este espacio: Massimo Black, lord Linden.

Hubo un aplauso atronador y Massimo subió al escenario.

Era fascinante. Hizo callar a la multitud con un gesto severo y luego solo se oyó su grave voz hablando con seguridad. Carrie apenas se enteró de lo que decía sobre su deseo de crear un espacio destinado exclusivamente a causas benéficas... para que las organizaciones no tuvieran excusas para no recaudar fondos.

—Y para ello —anunció Massimo—, cubriré los gastos de todos los actos que se celebren aquí durante el primer año.

Se oyeron aplausos y Massimo levantó una mano.

—Pero solo si esta noche se alcanza un determinado umbral de donativos. Me gusta motivar a la gente —esbozó una sonrisa de tiburón que, por un momento, recordó a Carrie quién era.

Los aplausos se mezclaron con risitas irónicas y algunas protestas fingidas.

—Típico de Massimo Black: generoso, pero con un toque despiadado —oyó Carrie que decía alguien detrás de ella.

—Gracias —Massimo juntó las manos. —Ahora, por favor, disfrutad del resto de la velada y pensad en todos los eventos que organizaréis. Espero con impaciencia las invitaciones.

Era un diplomático consumado. Y el hombre más intimidante y carismático de la sala. Se bajó del escenario y caminó hacia Carrie, con los ojos fijos en ella...

Al igual que todos los demás, preguntándose quién demonios sería, por qué estaba con él. Pero ella no tuvo tiempo de preocuparse por lo que pensaban, consumida por esa mirada oscura.

—¿Vamos? —Massimo se detuvo a su lado y le tendió la mano

Carrie quiso preguntar: «¿Vamos a qué?», pero, consciente de que todos la miraban y escuchaban, se levantó y puso su mano en la de él. Con la piel de gallina dejó que la apartara de la mesa, y notó que todos los demás se levantaban. Como si hubieran esperado su señal.

Atravesaron el comedor para llegar al salón de baile.

Carrie no pudo evitar un pequeño suspiro de asombro. Si alguien la pellizcaba, sin duda despertaría, pero no en Londres, en casa de Massimo, sino en el barrio donde se había criado.

La orquesta tocaba música suave y lenta. Carrie no fue consciente de lo que sucedía hasta que Massimo la atrajo hacia sí, rodeándola con un brazo y acercándose su mano al pecho.

Bailaban.

Ella se puso rígida. Y cuando él empezó a moverse y ella no tuvo más remedio que seguirle, miró a todos los que se arremolinaban en la sala a su alrededor.

—No sé bailar —siseó.

Un recuerdo tóxico apareció en su mente: su marido sonriéndole con indulgencia. «Bendita seas, Carrie, no tienes gracia natural».

—Yo tampoco, llevo años fingiendo —contestó él, devolviéndola al aterrador presente. —Tú sígueme.

Carrie descubrió que, una vez que el pánico empezó a disiparse, sus pies se movían por voluntad propia, en algo parecido al baile.

En brazos de Massimo se sentía segura.

Fue un pensamiento errante que desapareció antes de poder refutarlo. Otras personas también bailaban. Reían. Charlaban. Carrie se relajó un poco más en el abrazo de Massimo y dejó que la música la envolviera. Tuvo que contenerse, pues deseaba pegar su cuerpo contra el de él. Se estremeció.

—Lo estás haciendo muy bien, Carrie. Ella lo miró sin poder apartar la vista.

Massimo casi se detuvo. Los ojos de Carrie eran más expresivos de lo que recordaba haber visto en una mujer jamás. Normalmente reflejaban adulación, astucia, cálculo, cinismo.

Pero en los ojos de Carrie vio asombro, miedo y deseo. Su propio cuerpo palpitó de necesidad. Carrie era acero y seda. Increíblemente fuerte, pero también vulnerable. No podía apartar la mirada de su boca, deseoso de marcar sus labios con un beso tan intenso y carnal que a ella no le cupiera ninguna duda de que la deseaba.

—Te deseo —surgió de su boca en un suspiro.

Solo se dio cuenta de que había hablado en voz alta cuando Carrie dejó de moverse.

—¿Qué? —sus ojos se abrieron de golpe y sus mejillas se sonrojaron. Carrie se soltó del abrazo y se abrió paso entre la multitud.

Massimo se maldijo. ¿Qué demonios le pasaba?

Capítulo 4

CARRIE salió de la pista de baile a una terraza. Necesitaba aire. La sangre le atronaba en la cabeza.

La terraza estaba en silencio. Por una vez no se fijó en la ciudad que se extendía ante ella.

Las palabras de Massimo resonaban en su cabeza: «Te deseo... Te deseo...». Sin embargo, lejos de él se preguntó si habría oído mal. De repente sintió vergüenza.

¿Había inventado las palabras que quería oír?

—Carrie.

Massimo estaba detrás de ella. Se le erizó el vello, pero se serenó y se dio la vuelta, forzando una sonrisa despreocupada.

—Lo siento, el calor me ha afectado.

«Me pareció oírte decir que me deseabas».

—Necesitaba un poco de aire.

Ella evitaba mirarlo a los ojos, fijando la vista en su mandíbula. Estaba tensa.

—Escucha, lo siento —dijo él.

—¿Sientes...? — Carrie lo miró a regañadientes.

«Sentía desearla, ¡claro!».

—Estaba pensando en voz alta —Massimo hizo una mueca. —No me di cuenta.

—¿Pensando que...? —a Carrie le dio un vuelco el corazón.

—Te deseo.

Lo había repetido. Carrie no lo había soñado. Temblaba, y se alegró de tener la pared de la terraza a su espalda.

—No sé qué decir.

Massimo se colocó a su lado, mirando hacia la ciudad, las manos en la pared.

—No tienes que decir nada. Me he pasado de la raya —la miró. — No estás obligada a nada. Puedes irte ahora mismo. Mi chófer te llevará al apartamento. No volveré a ponerte en esta situación.

Massimo volvió al salón de baile y rápidamente fue abordado por una multitud ansiosa.

Carrie sabía que le estaba dando la oportunidad de restablecer los límites de su relación. Pero acababa de ocurrir algo sísmico. Él le había dicho que la deseaba.

Massimo Black, conde y lord, uno de los hombres más carismáticos y enigmáticos del mundo, la deseaba. A Carrie Taylor, una mujer que había visto y experimentado el lado más áspero de la vida desde su nacimiento. Una mujer abatida por su propia vulnerabilidad y hundida por el dolor.

A veces se sentía mucho mayor que sus veintiséis años. Nunca se había permitido ninguna frivolidad. Había pasado del duelo por su madre a una relación que dominaría su vida hasta que la tragedia acabó con ella.

Nunca había sentido el abanico de sensaciones que Massimo provocaba con una mirada o un roce. Ni siquiera con su marido, al que había creído amar.

Bailando con él... era casi vergonzoso lo consciente que había sido de su propio cuerpo. De la pesadez de sus pechos, del estómago encogido. Y más abajo, entre las piernas, de un doloroso anhelo.

Massimo seguía allí, rodeado de gente. Mujeres. Pero en ese momento, Carrie lo vio muy solo. No sintió lástima sino, sorprendentemente, posesividad. Especialmente cuando una de esas mujeres le puso una mano en el brazo para llamar su atención.

Impulsivamente, sin pensar en lo que sus acciones podrían significar, Carrie se acercó. Como si la percibiera, él giró la cabeza y la vio. De sus ojos escapó una llamarada de calor y... ¿gratitud?

Massimo apartó los dedos de la mujer de su brazo. Carrie le tomó la mano, sintiéndose ridículamente emocionada, y él la atrajo hacia sí, una mano en su cintura.

Así que eso era lo que se sentía al ser elegida por Massimo. Como retozar al sol y sentir el calor en las venas.

Él la presentó a algunas personas más. A Carrie le dolían las mejillas de tanto sonreír. También le dolían los pies por los tacones.

—¿Preparada? —preguntó Massimo.

Carrie miró a su alrededor. No quedaba nadie más esperando para hablar con Massimo. Y solo unas pocas personas en la pista de baile.

Pensó en la pregunta. «¿Preparada?». ¿Estaba preparada para lo que había desatado al no marcharse? Ni en un millón de años. Pero sabía que prefería estar allí que en el apartamento.

Carrie miró a Massimo, queriendo proyectar una confianza fría aunque, bajo su mirada penetrante, se estremeció por dentro.

—No estoy segura.

Massimo se llevó su mano a los labios y rozó la palma. Una caricia sorprendentemente íntima.

—No sucederá nada que te incomode, Carrie. Te lo prometo.

Algo se relajó en su interior. No esperaba que Massimo fuera tan directo. No intentaba seducirla, ni halagarla, ni hacerle sentir culpable de nada.

La sacó de la habitación, despidiéndose de algunas personas por el camino. El coche esperaba fuera. La noche era tranquila y cálida, como si el mundo contuviera la respiración.

Carrie sacudió la cabeza, sintiéndose ridícula. El coche se movía. Intentó fingir que estaba absorta en lo que ocurría fuera, pero estaba atenta a cada pequeño movimiento de Massimo. Su olor. Que se hubiera desabrochado la pajarita y el botón superior de la camisa. Que estuviera tumbado a su lado, con las largas piernas estiradas.

Ella, sin embargo, se sentía tensa. De repente se preguntó qué demonios hacía. No podía hacerlo. ¿A qué había accedido? ¿A acostarse con Massimo? El pánico empezó a crecer. ¡Si se acostaban perdería su trabajo! No lo había pensado en absoluto.

Se volvió hacia él... y olvidó lo que quería decirle. Estaban llegando a su edificio. Él volvió a tomarle la mano y entraron al ascensor privado. Massimo la agarraba con fuerza, como si percibiera su agitación.

El ascensor subió y las puertas se abrieron. Carrie respiraba entrecortada y rápidamente, a punto de hiperventilar. Respiró hondo. No tenía nada que temer. Massimo no la forzaría...

Pero ¿cómo podía estar segura? Ya había visto a un hombre convertirse en otra cosa.

Massimo le soltó la mano para entrar en el apartamento. Las luces estaban bajas y ella de espaldas a él, pero notó que no se acercaba.

Se dio la vuelta. Estaba junto a la puerta. La chaqueta abierta. Vio su rostro anguloso, la sensual curva de su boca.

—¿Carrie...?

—Escucha... no quiero provocarte —ella se mordió el labio, —pero no estoy segura de que esto sea una buena idea.

—No provocas —él sacudió la cabeza. —Ninguna mujer provoca, Carrie.

—No lo hemos hablado realmente —otro nudo se soltó dentro de ella.

Él dio un paso hacia la luz y ella pudo verle bien la cara. Tenía una expresión dura.

—Es deseo —aseguró él. —Deseo mutuo.

—¿Cómo...? ¿Por qué ahora?

—Creo que siempre fue inevitable, pero no lo reconocimos hasta ahora. El día que te conocí conseguí controlarlo... ignorarlo. Hasta que ya no pude más.

Saber que Massimo había sentido algo parecido a ella desde el primer día le dio a Carrie más confianza. Sin embargo, se sintió obligada a ser la voz de la razón ante el incendio a su alrededor.

—No sé si esto es realmente una buena idea... —sacudió la cabeza.

—Probablemente tengas razón —Massimo dio un paso más hacia ella. Carrie se sintió desfallecer, reflejo de lo que pensaba realmente de las posibles consecuencias.

—Pero... —no quería parecer desesperada. —Ya somos adultos, no me hago ilusiones...

—¿Qué quieres decir? —Massimo frunció el ceño.

—Sé que sería solo una noche —Carrie se sentía cohibida. —Nunca repites más de una noche...

—Así es —contestó Massimo, el rostro inexpresivo.

—Y esto no sería diferente.

—No, no lo sería.

—De acuerdo —a Carrie no le gustó el vuelco que le dio el corazón, pero era importante que él supiera que no era ninguna ilusa.

—¿De acuerdo? —Massimo se relajó.

Carrie se sentía torpe, avergonzada. No sabía cómo comportarse de manera sensual, seductora.

—Date la vuelta —él pareció apiadarse.

Ella lo hizo, aliviada de escapar de esa mirada. Veía la alta figura de Massimo reflejada en la ventana y, estremeciéndose, lo sintió acercarse por detrás.

—¿Tienes frío? —preguntó él. Carrie negó con la cabeza.

Él lo sabía de sobra. Probablemente disfrutaba viendo su poco sofisticada reacción. Se acercó aún más y ella sintió el calor de su cuerpo.

Carrie no tenía ni idea de qué iba a hacer, dónde iba a tocarla. Sintió que le quitaba las horquillas.

La mata de pelo cayó sobre sus hombros. Massimo le masajeó el cuero cabelludo y Carrie cerró los ojos. No se había esperado eso, y la sensación fue tan agradable que sus huesos se volvieron de goma.

—Tu pelo... —susurró Massimo. —No pensé que lo tuvieras así. Nunca te lo dejas suelto.

—En el trabajo, no —Carrie hablaba con dificultad.

Él apoyó las manos en sus hombros y la giró lentamente. Carrie se sentía mareada. Soñando, pero despierta. Lánguida, pero con energía.

—¿Te importa si me quito los zapatos?

—Permíteme —contestó Massimo.

Massimo se agachó y deslizó la mano bajo los pliegues de seda del vestido. Ella levantó el pie y él le quitó un zapato, luego el otro. La miró y a ella se le secó la garganta al ver a aquel hermoso hombre arrodillado a sus pies.

Sin apartar los ojos de ella, Massimo deslizó la mano desde el tobillo hasta la rodilla, pasando por la pantorrilla. Carrie tuvo que apoyarse en su hombro para mantenerse firme.

La mano continuó por la parte posterior del muslo.

Carrie sintió una punzada de necesidad entre las piernas.

Los dedos de Massimo rozaron el encaje de su ropa interior.

Para consternación y alivio de Carrie, él retiró la mano y se levantó, dejando caer el vestido.

Durante una fracción de segundo, ella se preguntó si acababa de darse cuenta del terrible error que cometía. Pero al fin habló:

—Carrie, si quieres parar, dilo y pararé. No importa en qué momento. Carrie tuvo un desagradable recuerdo de su marido, diciéndole maliciosamente: «Llegado un momento, el hombre no puede parar. Es físicamente imposible. Así que no vuelvas a ponerme en esa situación. Es culpa tuya».

—¿Carrie? —Massimo le puso una mano en el brazo. —¿Qué pasa?

Ella sacudió la cabeza. No quería esos recuerdos, no volvería a ese oscuro lugar.

—No soy virgen —miró a Massimo y levantó la barbilla. —Pero hace mucho...

—¿Tu marido...? —Massimo frunció el ceño.

—No quiero hablar de él —Carrie lo interrumpió bruscamente.

—Nos lo tomaremos con calma —él pareció aceptarlo.

Carrie asintió, contenta de haberle advertido que no esperara fuegos artificiales. Él le puso un dedo bajo la barbilla y agachó la cabeza. Una oleada de nervios la asaltó repentinamente.

—Verás... no soy muy buena en esto —balbuceó.

—Déjame juzgarlo a mí —Massimo se detuvo a pocos centímetros de su boca.

Carrie estaba a punto de decir: «Eso me temo», pero sus palabras fueron absorbidas por la boca de Massimo, que le robó el aliento y todo pensamiento consciente.

No fue un beso, sino un reclamo. Carrie abrió la boca inconscientemente, permitiéndole entrar. Permittedole encontrar todos sus secretos, sentir su reticencia. Su inexperiencia.

Pero no era momento para preocuparse por eso. Actuaba por un instinto tan viejo como el tiempo. Libre de toda preocupación, solo existía el presente y la ardiente intensidad que los unía.

Massimo hundió las manos en sus cabellos, sujetándola para explorarla aún más profundamente, antes de deslizar los labios por su mandíbula y bajar por el cuello hasta el hombro.

El vestido le comprimía el pecho. Carrie no podía respirar. Quería liberarse del aprisionamiento. Inconscientemente, deslizó la chaqueta de Massimo por los hombros y los brazos, le quitó la corbata y la arrojó a un lado, desabrochándole la camisa para descubrir el pecho, ancho y magnífico, de atléticos músculos que hacían la boca agua.

Carrie nunca había experimentado una sensación tan carnal. Ese hombre era suyo y lo deseaba. La fuerza del deseo redujo a cenizas cualquier inseguridad.

Massimo se apartó y, respirando entrecortadamente, Carrie lo miró. Apoyó las manos sobre su torso, maravillada por su calor y perfección. Sentía la boca hinchada. El corazón le latía con tanta fuerza que casi podía oírlo.

—¿Quién eres? —Massimo la miró con ardor.

Era una total desconocida de cabellos salvajes sobre los hombros desnudos. Mejillas coloreadas, ojos enormes y brillantes, unos labios carnosos que invitaban a besarla sin parar.

—Soy yo... nadie especial —Carrie tragó saliva.

Massimo lo rechazó. Carrie era la tentación encarnada, y él la deseaba con una voracidad que no había experimentado nunca.

Le tomó una mano y la condujo hasta el ascensor. Mientras subían, se apartó de ella y la observó. Sabía que, si la tocaba, no se detendría y harían el amor allí mismo. Pensó por un segundo en lo que le había dicho: que no era virgen, que había estado casada, y en cómo había cortado la pregunta sobre su marido.

Se le ocurrió que no soportaba hablar de él porque le dolía. Porque lo había amado.

No debería afectarle, pero lo hizo. Conocía el terrible dolor de perder a un ser querido, y la idea de que ella hubiera amado tanto a alguien le produjo una sensación oscura e incomprensible.

Las puertas del ascensor se abrieron. Massimo tomó a Carrie de la mano y la condujo, descalza, a su dormitorio.

Ella se detuvo. Él la miró.

—Normalmente tú no... ya sabes... en tu propio dormitorio. Normalmente evitaba llevar a sus amantes a su espacio personal. Pero nada era normal allí. Le daba igual que Carrie estuviera en su dormitorio. Ella ya habitaba su espacio personal, y quizás eso lo hacía diferente. No era momento de analizarlo. La deseaba.

—Si lo prefieres podemos ir a tu habitación.

—No, está bien —ella sacudió la cabeza y sus cabellos flotaron hasta los pechos. —No importa. No sé por qué lo he dicho.

Carrie se daría de bofetadas.

«¡Deja de hablar!».

No necesitaba recordarle a Massimo que ese no era su modus operandi habitual.

Massimo la llevó hasta la cama. Afortunadamente, la habitación estaba en penumbra.

—Date la vuelta.

¿Por qué ese empeño en que se diera la vuelta? ¿Para que no supiera lo que iba a hacer? Confiar en él hasta ese punto era una locura, pero lo hizo instintivamente. Tal vez cuatro años conviviendo con él, observándolo, le habían permitido conocerlo mejor de lo que creía.

Los dedos de Massimo tocaron la parte superior de su espalda mientras le apartaba el pelo a un lado y, hábilmente, desabrochaba el collar y lo dejaba sobre la mesilla de noche. Sus dedos bajaron por la espalda hasta donde empezaba la cremallera del vestido.

La respiración de Carrie se aceleró. No llevaba sujetador porque el vestido tenía suficiente sujeción. A medida que Massimo tiraba de la cremallera hasta las nalgas, el vestido se abría y aflojaba. Con un pequeño tirón, lo deslizó sobre las caderas y la prenda cayó al suelo en un charco de satén. Salvo por la ligera braguita, estaba desnuda.

—Carrie...

Ella se dio la vuelta lentamente, con los brazos tímidamente cruzados sobre los pechos. Massimo los apartó suavemente y ella oyó su respiración agitada. Estaba demasiado asustada para mirarlo.

Él alargó una mano y trazó la curva de un pecho. Los pezones se tensaron en dos duras protuberancias. Carrie tuvo que morderse el labio.

—Eres... más de lo que podría imaginar...

Carrie no acababa de creérselo, pero antes de dejarse abrumar, tiró de la camisa hasta quitársela.

Massimo quedó con el torso desnudo. Hermoso. Poderoso. Impresionante. Ella extendió las manos y lo acarició, separando los dedos como si pudiera abarcarlo entero.

Animada por cómo él se dejaba explorar, Carrie bajó las manos por sus abdominales, y siguió hasta su cintura. Ni un gramo de más.

Entonces desvió su atención hacia la hebilla del cinturón.

Levantó la vista y casi perdió los nervios. Nunca había visto una expresión tan severa en su rostro. Una expresión de necesidad, como la que sentía ella.

Carrie estaba paralizada. Oyó a Massimo desabrocharse el cinturón, el sonido de un botón que saltaba, la cremallera que bajaba. Los pantalones cayeron al suelo.

Con la boca seca, Carrie miró hacia abajo y su mente se quedó en blanco al ver el miembro excitado. Él se lo agarró con una mano, como si intentara contenerlo.

—Sube a la cama, Carrie.

Ella prácticamente se cayó de espaldas sobre la cama y miró a Massimo. El mundo exterior había desaparecido, estaban en un mundo paralelo, donde solo importaba ese hombre, esa habitación y ese momento.

Massimo se apoyó sobre ambos brazos, agachó la cabeza y la besó, lenta y profundamente. Explorando. Su lengua penetró profundamente, una promesa de lo que estaba por llegar. Carrie se excitó, se humedeció... su cuerpo preparándose.

—Tócame, Carrie —le pidió él.

Ella deslizó las manos por sus estrechas caderas hasta las nalgas, plenas y firmes. Una de las rodillas de Massimo estaba entre las piernas de ella y la abrió suavemente, separándole los muslos.

La ávida mirada de Carrie se dirigió a la erección. Nunca había considerado esa parte del cuerpo de un hombre como particularmente hermosa, pero la de Massimo sí. Larga, gruesa y dura. Con un vello oscuro en la base. Desvergonzadamente masculino.

Incapaz de contenerse, lo agarró, sorprendida por lo delicado que se sentía, aunque fuerte. Seda sobre acero. Palpitando contra ella. Una gota de humedad apareció en la punta.

Carrie gimió al sentir la mano de él acariciándola entre las piernas. Sus dedos la exploraron, buscando y encontrando ese punto que no había sido tocado en tanto tiempo. Que nunca había anhelado que lo tocaran así.

El sexo siempre le había parecido frío, tenso, incómodo. Nada que ver con eso. Carrie estaba ardiendo, derritiéndose, abriéndose.

Cuando Massimo le metió dos dedos, ella arqueó la espalda. Su cuerpo los apretó, deseando más.

—Qué receptiva... —murmuró él.

En la cabeza de Carrie resonaron ecos del pasado. De una voz burlona que decía lo contrario. «Te quedas ahí tumbada como un pez muerto».

Alejó el pasado, mientras los dedos de Massimo entraban y salían de ella. En un acto reflejo, apretó una mano contra él. Él murmuró un juramento y la apartó. Carrie lo miró, febril, moviendo las caderas. Apenas se reconocía a sí misma. Lasciva. Fluida.

Él se apartó y murmuró algo sobre protección. Carrie ni siquiera había pensado en ello.

Massimo cubrió su miembro, se movió entre sus piernas, abriéndolas aún más y, con un rápido movimiento, le arrancó la ropa interior y la arrojó a un lado.

—Te compraré unas nuevas.

A Carrie le daba igual. Estaba hambrienta. Acogió a Massimo entre sus piernas. Se deleitó al verlo sujetar la punta de su cuerpo contra la ardiente y húmeda entrada, antes de empujar un poco. Solo la cabeza hinchada. Ella respiró entrecortadamente, no por la invasión sino por lo bien que lo sentía. Como si se acabara de solucionar un fallo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Carrie solo pudo asentir y ponerle las manos en las caderas.

Él se hundió más, estirándola, al principio doloroso, aunque luego se convirtió en placer. Empezó a entrar y salir con movimientos lentos y pausados, dándole a ella tiempo para acomodarse a la sensación, para adaptarse a él.

Carrie se mordió el labio mientras crecía la tensión en su interior, avivada y aumentada por el ritmo implacable de Massimo. Sentía el sudor en su piel y veía el brillo húmedo en la de Massimo.

Nunca había imaginado que pudiera ser así. Buscando instintivamente alivio, rodeó la cintura de Massimo con las piernas y él se hundió aún más. Cayó sobre ella, aplastándole los pechos con el torso, las fuertes nalgas moviéndose más deprisa.

—Eso es... deshazte para mí, Carrie.

Massimo le mordió suavemente el cuello y ella quiso que mordiera más fuerte. Él se llevó un pecho a la boca y chupó el pezón. Ella gritó, cada átomo de su ser implorando liberación.

Massimo puso una mano entre ellos, donde sus cuerpos se unían. La tocó allí, provocando sacudidas en todo el cuerpo, seguidas de una explosión de placer tan exquisita que rozaba el dolor.

Massimo permaneció inmóvil antes de sacudirse contra ella en su propia liberación. Carrie estaba deshecha, incapaz de reconstruir la secuencia que la había llevado a ese momento de pura felicidad. Nunca se había sentido tan en paz ni tan plena. Tan segura.

Ambos respiraban con dificultad, los cuerpos aún unidos. Carrie no quería soltar a Massimo. Disfrutaba sintiendo su pesado cuerpo encima... dentro.

Pero él se salió lentamente, y Carrie sintió pérdida y arrepentimiento. Estaba hecho. No volverían a repetirlo.

Tal vez era egoísta querer volver a experimentar semejante unión.

La emoción se apoderó de ella antes de poder detenerla. Massimo acababa de demostrarle que no era fría ni incapaz de sentir placer. Desde su matrimonio había temido no ser sexualmente deseable o experimentar el tipo de placer del que hablaba la gente.

Lo que acababa de suceder había eliminado esos temores. Para siempre. Massimo seguía tumbado a su lado. Ella se sintió repentinamente tímida.

—No sabía que podía ser tan... —anunció con voz ronca.

En la cabeza de Massimo solo había una respuesta: «Yo tampoco». Llevaba años practicando sexo, y su primera experiencia seguía siendo el momento que lo había dejado boquiabierto, gracias a una amante muy experimentada que lo había abandonado tras arrebatárle la inocencia al heredero de los Linden.

Desde aquella primera vez, el sexo había sido placentero, sí, pero nunca sobresaliente.

Lo que acababa de ocurrir... sí había sido sobresaliente. Y no conseguía entenderlo.

Desde que había empezado a desnudar a Carrie, su cerebro se había fundido con calor blanco, y solo entonces empezaba a volver a cierta apariencia de normalidad. Se sentía borracho de placer.

Giró la cabeza y la miró. Estaba dormida, acurrucada de lado, frente a él. Tenía el pelo revuelto sobre la almohada, las manos bajo la barbilla en un gesto infantil.

Pero la forma de su boca, aún hinchada de sus besos, era un recordatorio de lo adulta que era.

Massimo no buscaba sexo sobresaliente, nada que fuera trascendental. Nunca se había permitido ser autocomplaciente. Desde pequeño había sabido que tenía que mantener la cabeza despejada.

Un recuerdo surgió de la nada. El ama de llaves de Linden Hall.

—No tienes por qué vivir así, Massimo. Algún día todo esto será tuyo. Puedes hacer las cosas de otra manera —le había dicho una noche de fiesta de sus padres.

Massimo había mirado a su hermano, de diez años, que jugaba con sus cochecitos al otro lado de la cocina mientras la música a todo volumen retumbaba en el piso de arriba. Había levantado la vista con una expresión de anhelo. Massimo se había jurado no faltar nunca al respeto a su legado. Proteger a su hermano de los excesos de sus padres.

Un familiar dolor le oprimió el pecho y apartó los recuerdos. «Ahora no».

Miró de nuevo a Carrie. Por primera vez en su vida deseaba algo más que un encuentro fugaz sin sentido que lo dejara momentáneamente satisfecho. La necesidad imperiosa de volver a unir su cuerpo al de ella y buscar el olvido ya crecía en su interior.

Quizá fuera eso lo que sus padres y su hermano habían perseguido: esa atracción de puro placer. Quizá había llegado su turno.

Carrie abrió los ojos lentamente. Somnolienta. Sexy. Massimo se recostó sobre la almohada. Su cuerpo empezaba a despertar. Otra vez.

—Seguimos en tu habitación —ella se apoyó sobre un codo, tímida.

—Estás obsesionada con eso.

Quedarse en la cama con una amante era nuevo para Massimo. Pero su deseo por Carrie ahogaba cualquier preocupación.

Ella se tapó con la sábana. Él quería destaparla, tumbarla boca arriba, deslizarse de nuevo entre sus piernas...

—Puedo irme a mi habitación... —sugirió ella.

—¿Quieres regresar a tu habitación?

—Tal vez debería...

—Eso no responde a mi pregunta.

Los ojos verdes de Carrie brillaban con intensidad. Un destello de la personalidad que normalmente ocultaba. A Massimo le pareció fascinante.

—Tú no haces esto —Carrie se incorporó y se cubrió el pecho con la sábana.

—Y no dejas de recordármelo.

—¿Estás diciendo que quieres que me quede? A Massimo se le encogió el estómago.

«Es verdad que nunca haces esto», le recordó una vocecilla.

—Te deseo otra vez.

—Yo... —Carrie se interrumpió, las mejillas arreboladas.

Una risita salió de su boca y levantó una mano, avergonzada. Luego la bajó. Seria. Tímida.

—Yo también te deseo.

Massimo alargó una mano y apartó perezosamente la sábana de su cuerpo.

—Entonces no necesitaremos esto, ¿verdad?

Capítulo 5

CARRIE despertó desorientada y somnolienta. Era de día, y no estaba en su habitación. Sentía el cuerpo pesado, sensible. Especialmente entre las piernas...

La otra mitad de la cama estaba vacía. Se incorporó, sujetándose la sábana contra el pecho.

No sabía qué hora era. No se oía nada. El cuarto de baño estaba vacío, pero conservaba un toque de vapor en el aire, como si lo hubieran utilizado hacía poco.

Salió de la cama y encontró un albornoz colgado de la puerta del baño. Aún estaba caliente. Carrie tuvo que aguantarse las ganas de enterrar la nariz en la felpa.

Vio el brillante collar en la mesilla de noche, pero no encontró su ropa interior. Recogió el vestido y los zapatos, y salió del dormitorio, bajando las escaleras hasta su propia habitación.

Una vez allí, se metió en la ducha. Cerrando los ojos, levantó el rostro hacia el chorro de agua, pero, de repente su mente se llenó de imágenes pornográficas de la noche anterior.

La segunda vez que habían hecho el amor, Massimo casi se había olvidado de usar protección y la había penetrado antes de recordarlo. La idea de enardecer a un hombre así era realmente embriagadora, y tuvo que apoyarse en la pared al recordar tanta pasión.

La importancia de lo sucedido la golpeó de nuevo. Una noche con Massimo le había demostrado sin lugar a dudas que era capaz de sentir un placer intenso y, se sonrojó, de darlo.

Pero ya se había terminado. Una noche. Massimo nunca alteraba su costumbre.

A pesar del agua caliente, se enfrió.

La idea de no volver a experimentar el éxtasis de la noche anterior hizo que a Carrie le dolieran las entrañas.

Salió de la ducha, se secó el pelo, lo recogió y se puso la ropa de trabajo. Necesitaba una armadura.

En la cocina encontró al chef.

—Buenos días, Carrie, ¿quieres desayunar? —se limitó a decir él.

Ella sacudió la cabeza. Antes necesitaba ver a Massimo y superar ese primer obstáculo.

—No, gracias, ¿está el señor Black aquí?

—En el comedor —el chef señaló con la cabeza.

Carrie respiró hondo y se estiró la camisa. Su aspecto era fresco, limpio y profesional.

Massimo estaba escondido detrás del periódico. Cuando ella carraspeó y él lo bajó, sintió una oleada de calor por todo el cuerpo. Tenía un aspecto increíble. Recién afeitado, el pelo húmedo...

—Buenos días —él soltó el periódico y la miró.

—Yo... buenos días... —balbuceó Carrie. —¿Necesitas algo?

—¿Qué pasa?

—¿Qué quieres decir?

—Vas vestida para trabajar —Massimo señaló su ropa.

—Por supuesto. ¿Cómo iba a vestirme si no?

—Siéntate... desayuna algo —él le sacó una silla.

—Nunca desayuno contigo.

—Ahora sí.

Carrie se sentó, perpleja. Esperaba que Massimo fuera el mismo de siempre. Pero la luz en su mirada no recordaba a nada de eso.

—¿Café?

—Sí, por favor —ella parpadeó.

Massimo le sirvió una taza y le tendió un plato de bollería. Ella tomó un cruasán.

—Esto no está bien — exclamó Carrie. —No debería estar aquí... así.

—¿Cómo?

—Como una invitada —Carrie se sintió irritada por el comportamiento de Massimo.

—Creo que anoche enterramos todas esas formalidades —Massimo hizo una mueca.

—Pero tú no haces esto —siseó Carrie, consciente de que el chef no estaba lejos.

—Ya estamos... —Massimo puso los ojos en blanco.

—Nunca desayunas con ellas la mañana siguiente.

—Ellas son ellas —Massimo tomó un sorbo de café. —Tú eres tú... ahora.

—¿Insinúas que soy diferente? —a Carrie le dio un vuelco el corazón.

—Esta situación es diferente —Massimo clavó su mirada en ella. — Pero no te ofrezco nada más, Carrie. Tomé esa decisión hace mucho tiempo, y nada ni nadie me hará cambiar de opinión. Seré muy claro: esto dura lo que dure y luego se acaba. No me comprometeré a largo plazo con nadie.

Cualquiera entendería, por la conocida historia de ese hombre, su rechazo al compromiso.

En muchos sentidos, aunque por otros motivos, ella sentía lo mismo. También había jurado no implicarse en una relación que pudiera destruirla.

Pero al asimilar lo que había dicho, frunció el ceño. «Esto dura lo que dure».

—¿Estás diciendo que esto... no ha terminado? —preguntó ella con cautela.

—Estaré en Brasil las próximas semanas —Massimo se reclinó en la silla. —En Río de Janeiro. Tengo que asistir a una conferencia y luego me tomaré unas vacaciones.

—Lo he visto en tu agenda —ella regresaría a Londres.

—Quiero que vengas conmigo.

—¿Quieres que vaya contigo? —de haber tenido algo en la boca, Carrie se habría atragantado.

Él asintió.

—¿Como ama de llaves?

—Como amante.

Carrie se quedó paralizada. Sentía tantas cosas que no conseguía descifrarlas. Confusión, excitación, inquietud. Alivio. Él todavía la deseaba.

«Te perderás», señaló una temerosa vocecilla.

—No creo que sea buena idea.

—Si aceptas venir conmigo, será a título personal. Pero, por supuesto, no dejaré de pagarte. Cuando abandonemos Brasil, tú decidirás si seguir trabajando para mí o marcharte. Te daré excelentes referencias. No tendrás ningún problema para encontrar otro trabajo.

—¿No te supondrá ningún problema que reanude mi actividad profesional después de nuestra aventura? —Carrie se sintió irritada por cómo parecía dispuesto a dejarla ir.

—No, a menos que lo tengas tú.

Carrie no debía olvidar que estaba tratando con un experto jugador. Deseaba a Massimo mientras él la deseaba a ella. Lo que le había regalado la noche anterior, lo que le había enseñado sobre sí misma, era demasiado seductor como para no querer volver a experimentarlo. Era débil, pero esa vez lo haría por ella.

—Si acepto, no quiero que me pagues. Si voy contigo será por propia voluntad, sin nada que ver con nuestra relación profesional. En cuanto a lo que pase después... ya veré cómo me siento.

En el pasado había dejado que la enterraran bajo capas de dolor, confusión, inseguridad y miedo. Pero no permitiría que volviera a ocurrir.

—Como quieras —Massimo asintió. —Y, por supuesto, tú decidirás lo que ocurra, Carrie.

Se sentía embriagada, frente a frente con Massimo y aguantando. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió fuerte.

—De acuerdo, entonces —contestó Carrie, animada por una oleada de poder y confianza, y antes de cambiar de opinión. —Iré contigo.

Massimo contempló hipnotizado la reacción de Carrie contemplando Río de Janeiro.

Conducían por el famoso paseo marítimo y en el aire se respiraba sal marina y sensualidad. Carrie llevaba unos pantalones cortos y una camisa

blanca sin mangas bajo una chaqueta verde menta. Ropa de amante. Porque allí no era su empleada. Llevaba el pelo suelto y revuelto.

—Debes de pensar que soy muy torpe —ella se sonrojó al notarse observada.

—No —Massimo sacudió la cabeza, sorprendido por su vehemencia al oírla menospreciarse. —Esta ciudad deja a todo el mundo sin aliento.

—A ti no.

Carrie hizo una mueca y Massimo tuvo que controlar el impulso de sentarla en su regazo. Apartó los ojos de su boca y sacudió la cabeza, con una familiar sensación de dolor atenazándole el pecho.

—La última vez que estuve aquí, vine con mi hermano.

—Murió muy joven.

—Ricardo murió demasiado joven —Massimo asintió con tristeza.

—¿Cuántos años tenías?

—Veintidós —Massimo tragó con dificultad.

—Tú también eras joven.

—Lo suficiente para saber que mi hermano buscaba morir.

—Debió ser duro ver cómo se autodestruía.

—Mucho —Massimo sintió una opresión en el pecho. —Pero lo peor fue saber que debería haber hecho algo más para evitarlo.

—Lo dudo. Si alguien está empeñado en destruirse, nadie puede detenerlo.

—Pareces hablar por experiencia.

—No —Carrie sacudió la cabeza, —pero crecí en una zona donde lo veía a mi alrededor. Por suerte, mi madre me mantuvo lo más alejada posible de las malas influencias. Vi a gente destruirse, pero también ejemplos asombrosos de personas que salieron adelante y, créeme, tenían mucho menos por lo que vivir que tu hermano. Se puede hacer... pero tiene que salir de uno mismo.

—¿Tu madre era fuerte?

—La más fuerte —Carrie asintió.

—¿Tu padre...?

—La abandonó cuando supo que estaba embarazada —ella se tensó visiblemente. —Estaba casado y tenía familia. Ella esperaba...

Carrie se interrumpió y Massimo llenó los espacios en blanco. Traición y sueños rotos. Le sorprendió la rabia que sintió hacia el hombre que las había abandonado.

—¿Nunca elegiste el mismo camino que tu hermano? —preguntó Carrie.

—No. Yo debía ser responsable, porque nadie más lo era. Tenía un legado que proteger, aunque él pareciera empeñado en destruirlo.

—Tomaste una decisión, Massimo. Podrías haber elegido el camino más fácil y perderte.

Él nunca lo había visto así. De repente habían entrado en un terreno muy personal.

Normalmente, nunca hablaba de su familia, especialmente de su hermano, pero había sacado el tema él. Confiaba en ella. Decidió apartarlo de su mente.

—Ya hemos llegado —anunció cuando el coche se detuvo frente a un edificio.

Condujo a Carrie hasta su apartamento, un ático con vistas panorámicas de la playa de Ipanema al frente y del Cristo Redentor en el monte Corcovado a sus espaldas.

—Vaya...

Los ojos de Carrie se abrieron de par en par ante el moderno y elegante mobiliario y el arte pop colgado de las paredes. Massimo abrió las puertas correderas que daban a una terraza con piscina.

—Vaya... —Carrie volvió a suspirar.

—Y si subes aquí... —Massimo le tomó una mano y subió con ella hasta el bar. —Era el lugar favorito de Ric para celebrar fiestas —luego señaló a lo lejos. —Cristo Redentor.

—Vaya... —Carrie pareció despertar. —Lo siento, parezco tonta... pero esto es...

—Vaya... Sí, lo sé.

—No te lo tomes a mal —ella arrugó la nariz—, pero no te imaginaba dueño de un apartamento así.

—Porque no siempre fue mío. Era de Ric.

—Ya...

—¿Ahora tiene más sentido? —preguntó Massimo secamente.

—Un poco.

—Le encantaba estar aquí —explicó él. —Apelaba a su lado fiestero.

—¿Por eso no lo vendiste?

—Iba a hacerlo, pero me recordaba lo mejor de él. El chico alegre, lleno de entusiasmo... antes de las drogas y los excesos.

A pesar del dolor, ese lugar le reconfortaba. A su hermano le había encantado. Y allí él se sentía cerca de su recuerdo. Por primera vez en mucho tiempo, pensar en Ricardo no le pesaban tanto.

¿Sería por ella? ¿Por el alucinante sexo? Debería estar asustado, pero allí, con la brisa soplando en el pelo de Carrie, asombrada ante lo que les rodeaba, y el placer de la noche anterior, que aún sentía en las venas y en los huesos, estaba tranquilo.

Atrajo a Carrie hacia sí para sentir sus curvas femeninas. Le quitó la chaqueta de los hombros y empezó a desabrocharle la camisa.

—¿Cuándo empieza la conferencia?

—Dentro de unos días —contestó él, mientras descubría el encaje de su sujetador.

Tomó un pecho con la mano y sintió su peso en la palma. Encajaba perfectamente, la punta ya un nódulo duro. Lo frotó con el pulgar y los ojos de Carrie empezaron a desenfocarse.

—¿Qué más tienes programado? —preguntó ella, tratando de aferrarse a algo de cordura.

—Una frenética agenda de descanso y relajación. Placer a raudales.

—Eso suena... muy perezoso —ella lo miró y sus ojos se centraron de nuevo.

—Muy, muy perezoso —coincidió él antes de taponarle la boca con la suya.

En un corto espacio de tiempo, Carrie se había convertido en una sibarita perezosa, adicta al placer y al ritmo relajado y sensual de Río de Janeiro. Todo fluía. Los minutos y las horas se fundían en los días que pasaban... ¿una semana? ¿Más? Había perdido la cuenta.

El día siguiente a su llegada, una estilista se había presentado en el apartamento con sus ayudantes y montones de ropa para ponerse en Río.

Al parecer, la estilista había recibido instrucciones de proporcionarle ropa más... frívola: trajes de baño que no dejaban nada a la imaginación. Ropa interior ligera como el aire. Vestidos largos y brillantes. Caftanes vaporosos.

Massimo llevaba días con su conferencia, y Carrie se había acostumbrado a dormir hasta tarde y luego cruzar la calle para darse un chapuzón en el mar antes de desayunar en algún café local.

Le encantaba la vitalidad del lugar, cómo sonreía todo el mundo y la desvergonzada naturalidad con la que mostraban sus cuerpos, independientemente de su volumen. Le encantaba el musical idioma, que intentaba aprender a través de una aplicación de su teléfono.

Su piel se doraba sin tomar el sol, y unas pecas, perdidas desde niña, se extendían por la nariz.

Antes de asistir a su conferencia, Massimo la había llevado a ver el Redentor, y en una excursión de una noche visitaron las impresionantes cataratas del Iguazú.

Pero la conferencia terminaba ya y esa misma noche la invitaría a cenar. Carrie se estiró en la cama, completamente desnuda, sintiéndose tan decadente que se le escapó una risita. Las enormes puertas de cristal daban a la terraza y una cálida brisa le acariciaba la piel.

—No te muevas.

Carrie levantó la cabeza y vio a Massimo, quitándose la ropa.

El que no intentara cubrirse con la sábana indicaba cómo ese hombre había reconfigurado su cerebro para que aceptara que era una criatura sexual.

—¿Y la conferencia?

—Era el último día. Me escapé antes —él se acercó a la cama, gloriosamente desnudo.

—Aún no me he duchado —se lamentó ella, sintiéndose atrevida, pero a la vez tímida.

Massimo se colocó sobre ella, apoyándose sobre manos y brazos. El sonido del mar y las risas llegaban desde el exterior. Inesperadamente, Carrie se emocionó. Le estaba agradecida a Massimo por haberle regalado esa increíble experiencia. Por devolverle su feminidad.

Se sentía libre de un peso que la había agobiado durante mucho tiempo. La pena siempre estaría ahí, pero estaba dispuesta a liberarse del arrepentimiento. Arrepentimiento por haber hecho una mala elección con su marido... por haber confiado en él.

—¿Qué pasa? —Massimo se quedó inmóvil.

Que se hubiera dado cuenta de su emoción, y se hubiera detenido, la desarmó aún más.

—Nada... —ella sacudió la cabeza, aterrorizada por tener que decirlo en voz alta. —Yo solo...

Antes de hacer el ridículo, lo besó.

Afortunadamente, Massimo deslizó un brazo por debajo de su cuerpo y la atrajo hacia él mientras se sentaba entre sus piernas. Luego la penetró tan profundamente que hablar y pensar se volvió irrelevante durante unas horas.

Después de cenar pasearon de la mano por una animada zona nocturna. Un contagioso ritmo de samba surgía de bares y discotecas.

Carrie vio algo en un escaparate y se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Massimo.

Carrie no podía apartar la mirada. Era un vestido, pero no uno cualquiera. Dejaba al descubierto todas las fantasías escondidas en lo más recóndito de su imaginación, pero que nunca habría confesado a nadie. Un vestido que gritaba juventud, diversión y frivolidad. Y solo al verlo en un escaparate de Río de Janeiro, admitió que alguna vez había albergado tales sueños.

Era rosa y muy corto, con un profundo escote en V. Lentejuelas rosas cubrían la tela hasta la cintura, y plumas rosas de avestruz adornaban la falda, que terminaba en la parte superior del muslo. Una sola pluma adornaba el único tirante. Ridículo. Audaz.

Carrie nunca había visto nada más hermoso.

—Te quedaría bien —opinó Massimo.

—No, es ridículo —Carrie apartó la mirada. —Demasiado corto y llamativo para mí.

Pero Massimo ya la estaba empujando hacia la tienda.

Ella trató de resistirse, pero fue inútil. Una alegre dependienta los recibió y, antes de que se diera cuenta, Carrie estaba en un probador. No

podía llevar sujetador, y sus pechos destacaban provocativos, expuestos por el profundo escote.

—Muito bonita!

—Lo siento —Carrie se sonrojó, —no entiendo.

—Está muy guapa —la dependienta sonrió. —Debería comprarlo.

—No sé...

—Nos lo llevamos —anunció Massimo desde fuera del vestidor. — Pruébate esto también —un par de zapatos aparecieron bajo la cortina. Altos y brillantes, de color rosa, hacían juego con el vestido.

La dependienta recogió la ropa que llevaba puesta y se la llevó antes de que pudiera protestar.

De repente, Carrie se sintió demasiado tímida para mostrarse ante Massimo con el vestido. Como si fuera a recordarle lo poco sofisticada que era en realidad. Ninguna de sus anteriores amantes se habría dejado ver con un vestido tan vaporoso, brillante y corto.

Pero, en un arrebato de rebeldía, apartó la cortina y salió.

Massimo abrió los ojos desmesuradamente. Carrie contuvo la respiración.

No parecía horrorizado sino... hambriento, salvaje. Los ojos oscuros y ardientes.

—No puedo llevar esto fuera de la tienda —a Carrie le flaqueaban las piernas.

—Vamos al único sitio al que puedes ir así —él sacudió la cabeza y le puso las manos en la cintura.

—¿Adónde? —preguntó ella sin aliento.

—A un club. Mi hermano siempre me acusaba de ser aburrido. Es hora de vivir un poco, ¿no crees?

Carrie y Massimo entraron en la discoteca más exclusiva de Río de Janeiro. Un vasto espacio de techos altos con reservados VIP en la primera planta, con vistas a la pista de baile, iluminada con bolas de discoteca y cuadrados de colores. Retro y a la vez moderno.

Un DJ manejaba al glamuroso público, eligiendo conocidos clásicos del pop, que intercalaba con ritmos de samba. Aún no habían bebido, pero Carrie se sentía como si se hubiera tomado una botella de champán.

—Vamos —Massimo le agarró una mano.

—¿Adónde?

—Allí abajo —él señaló la pista de baile.

Hacia esa gente moviéndose más sinuosamente de lo que ella sabría hacer.

—No sé, Massimo... no me importa mirar.

Él fingió no oírla y la arrastró, bajando las escaleras y adentrándose entre la gente, que se apartaba a su paso.

Massimo la sujetó por las caderas. Ella se rindió y le rodeó el cuello con los brazos, pegándose a él. Sintió la dura presión de su excitación contra el vientre y se frotó contra él, imitando los movimientos de la gente que los rodeaba. Seguramente parecía una aficionada, pero le daba igual.

Massimo la agarró del pelo y tiró de la cabeza hacia atrás, obligándola a mirarlo. Cuando inclinó la cabeza para besarla, la discoteca desapareció. Solo estaban ellos... perdidos en un vórtice de tensión creciente y placer atrayente.

Massimo interrumpió el beso. Respiraba agitadamente. El corazón de Carrie latía con fuerza.

—Creo que ya está bien con la experiencia del club nocturno —anunció él.

Carrie dejó que Massimo la sacara a la calle. Se sentía joven, libre, ligera. Deseada.

Massimo llamó un taxi y subieron a la parte de atrás.

—Gracias —Carrie se volvió impulsivamente hacia él.

—¿Por qué?

—Nunca había vivido algo así —ella se encogió de hombros.

—¿Quieres volver al club? —Massimo frunció el ceño.

—No, ya he tenido suficiente —ella sacudió la cabeza.

—Me alegro —él le rodeó la cintura con una mano y la acercó más. —Si nos hubiéramos quedado allí, ahora mismo estaríamos ofreciendo un espectáculo muy explícito.

La besó apasionadamente, y Carrie se entregó al olvido que Massimo prometía una y otra vez.

Capítulo 6

PUEDO preguntar adónde vamos?

Dos días después, Carrie viajaba en la parte trasera de un coche con Massimo. Poco antes le había dicho que hiciera la maleta para pasar la noche, pero sin explicarle por qué.

—Claro. Vamos a Buenos Aires, al estreno de un espectáculo de tango.

—¿A Argentina? —ella lo miró boquiabierta.

—Es un vuelo de tres horas, no muy pesado. Cenaremos y asistiremos al espectáculo.

—Pero solo llevo ropa informal —protestó ella.

—No te preocupes —Massimo esbozó una media sonrisa. —Está todo pensado.

—Esto es demasiado, Mass —Carrie se sintió de repente aterrada ante la idea de acostumbrarse a esa vida. —No tienes que llevarme a Buenos Aires —aunque le encantaría ver un espectáculo de tango.

—Me gusta —él le tendió una mano.

—¿Qué te gusta?

—Cómo me acabas de llamar... Mass. Mi hermano era el único que acertaba mi nombre, pero para decir cosas como: «Mass, eres tan aburrido...». O, «Mass, qué anticuado eres».

—Ojalá lo hubiera conocido —Carrie percibía amor y dolor en su voz. — Parecía un tipo increíble.

—Lo era, y le habrías gustado porque sacas un lado de mí que él habría aprobado.

—¿Insinúas que soy una mala influencia?

Massimo se llevó su mano al regazo, donde ella pudo sentir cómo su cuerpo se endurecía.

—Muy mala —gruñó él.

Cuando Massimo la besó, Carrie se quedó en blanco... afortunadamente. El momento estaba cargado de algo delicado y esperanzador, y corría el riesgo de perderse en él. Massimo solo coqueteaba, mostrándose encantador.

Buenos Aires era impresionante. A Carrie le encantaron las calles amplias y los elegantes edificios. Tenía un aire mucho más europeo, sofisticado, que Río.

—La llaman la París de América Latina —explicó Massimo mientras entraban en el hotel más lujoso que Carrie hubiera visto nunca.

Una mujer, de piel dorada y larga melena castaña cruzaba el vestíbulo, vestida con un mono de seda azul sin tirantes y unos tacones de vértigo, y un perro salchicha con un collar enjoyado.

A Carrie casi se le salieron los ojos de las órbitas.

La mujer la miró con desdén. No podía culparla. Su vestido camisero de seda verde le había sentado de maravilla en Río, pero allí parecía un atuendo playero. Llevaba el pelo suelto y nada de maquillaje. Parecía una salvaje comparada con las clientas, que rezumaban sofisticación.

Los condujeron a una suite con vistas a la inmensa ciudad. Carrie salió a una de las terrazas mientras Massimo hablaba por el móvil. Una profusión de plantas y flores aromáticas impregnaba el aire, y pequeños pájaros iridiscentes volaban de flor en flor.

Cuando el gerente se marchó, apareció un mayordomo. Massimo le anunció que un estilista llegaría enseguida y que almorzarían tarde en la terraza.

—No hace falta que te gastes todo ese dinero en mí —aseguró ella cuando se quedaron solos.

—Quiero hacerlo —Massimo se acercó y apoyó las manos a ambos lados de ella en la pared.

—Afrontémoslo... tienes que hacerlo, para que esté presentable — Carrie hizo una mueca.

—La inseguridad no encaja contigo, Carrie —Massimo sacudió la cabeza.

Ella se quedó muda, pues otra persona le había hecho sentirse muy insegura.

—No tenías que decirlo, pero gracias.

—¿Quién te ha hecho sentir así? —él ladeó la cabeza. —Tu madre no —continuó él. —Ella te quería.

Carrie sintió claustrofobia, se agachó y se apartó de Massimo. No quería regresar al pasado. Sin embargo, Massimo había sido muy generoso hablándole sobre su hermano.

—Mi marido... no fue un matrimonio feliz. Al principio pensé que lo sería, obviamente, pero no tardó en mostrar la verdadera razón por la que se había casado conmigo.

«Porque eras débil. Vulnerable».

—¿Te hizo daño?

La voz de Massimo era áspera y Carrie miró su expresión severa. Y sintió algo peligrosamente cálido en el corazón.

—No. Al menos físicamente.

«Salvo por el sexo que nunca disfrutaste», le recordó una vocecita.

—Era violencia verbal, cambios de humor y manipulación...

Eso lo hacía casi más humillante, pues no tenía ninguna cicatriz física.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? —se volvió hacia Massimo.

—Siento lo que te pasó —él sacudió la cabeza y se acercó. —No te lo merecías.

—Nadie se lo merece, ¿verdad?

Necesitaba que Massimo la tocara, que anulara el frío que soplaba sobre su alma, pero llamaron a la puerta. Massimo no se movió.

—Puedo decirles que se vayan...

Carrie se sintió que resbalaba por una cuesta empinada.

—No seas tonto —ella forzó una sonrisa. —Me muero de hambre. Massimo se dirigió hacia la puerta y Carrie se volvió hacia la terraza. No se estaba enamorando, pero empezaba a necesitar a Massimo de un modo que recordaba peligrosamente al pasado.

Carrie se sentía como una princesa. Después de comer habían llegado los estilistas para prepararla. Llevaba un vestido de noche largo y vaporoso en tono rubor muy claro, extravagante y romántico, recogido en la cintura y sobre el pecho con un delicado cordón. Llevaba los brazos desnudos y el pelo recogido en un moño suelto. Lo acompañaba con unos pendientes y un brazalete de oro.

Se miró al espejo y sintió una sacudida. Se sentía bien... pero también mal. Más mal que bien.

Massimo entró en la habitación, resplandeciente con un esmoquin negro. Al verla se detuvo en seco, acariciándola detenidamente con la mirada. Pero ni siquiera eso pudo quitarle la incómoda sensación de no pertenecer a este lugar.

—¿Qué te pasa? —preguntó él. —Parece que hayas visto un fantasma.

—No soy yo —se señaló a sí misma. —Estoy en el lugar equivocado y me van a descubrir.

—¿Sabes cómo se llama eso? —Massimo se acercó. Ella negó con la cabeza.

—El síndrome del impostor.

—Es que soy una impostora.

—Tienes tanto derecho como cualquiera a estar aquí —él sacudió la cabeza.

—No pertenezco aquí.

—¿Y yo sí, solo por un accidente de nacimiento? No parece muy justo, ¿verdad?

Carrie negó con la cabeza.

Massimo tiró de ella. El vestido susurraba sobre su cuerpo, en un sensual recordatorio de la mujer que ese hombre había despertado.

—Estás aquí porque te lo pedí y aceptaste. Quieres estar aquí, ¿verdad?

A pesar de todas sus dudas, Carrie asintió lentamente. Quería estar allí, había elegido estar allí.

—Bien —Massimo se agachó. —Porque eres preciosa, y no hay nadie más que quisiera tener conmigo en este momento —susurró sobre sus labios.

A Carrie se le hinchó el pecho de emoción, pero se apartó del beso a regañadientes.

—No digas esas cosas, Mass. No me conviene oírlos.

«Quiero oírlos... demasiado».

—De acuerdo —Massimo la miró largo rato, la expresión ilegible, antes de asentir

Abandonaron la suite y se dirigieron hacia el coche. Massimo apenas la tocó.

Carrie sentía que algo se había roto, pero era mejor así.

Poco después, sentado en un palco del teatro de Buenos Aires, Massimo seguía sintiéndose raro. Ninguna mujer se había quejado antes de sus cumplidos.

Pero lo que le había dicho a Carrie era verdad. No quería estar allí con nadie más, y había salido de su boca tan fácilmente como respirar. Ella era la que había reculado.

¿Qué le pasaba? ¿Intentaba que ella se enamorara de él? De ninguna manera. Sin embargo, cualquiera pensaría que era su idea. Nunca había seducido a una mujer de forma tan exhaustiva.

Miró al escenario. Los bellos acordes de la música de Astor Piazzolla se burlaban de él por perder la cabeza siquiera un momento.

La pareja de bailarines se movía en sincronía, enroscándose eróticamente antes de separarse de nuevo, para volver a fundirse tan estrechamente que era difícil ver dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Massimo vio que Carrie tenía los ojos húmedos. Esa música afectaría hasta al corazón más duro. Ricardo, su hermano, la encontraba aburridísima, pero a Massimo siempre lo emocionaba.

—Admítelo, Mass —se había burlado su hermano una vez, —en el fondo eres un romántico.

Y parecía que Carrie, a pesar de rechazar los cumplidos, también lo era. O quizá seguía lamentándose por la relación tóxica con su marido.

Massimo no se había esperado la revelación de los abusos. La oleada de ira que sintió al pensar que podría haberla herido le había sorprendido. Durante el inestable matrimonio de sus padres, nunca se habían mostrado violentos el uno con el otro.

El que en el caso de Carrie hubiera sido abuso psicológico en lugar de físico no lo hacía mejor, por supuesto. Las cicatrices emocionales dejaban heridas más profundas.

En cualquier caso, ella le había hecho un favor recordándole que lo suyo era solo una aventura. Más intensa de lo que él había esperado, pero una aventura.

La pareja concluyó con una pose clásica de tango argentino. Carrie se sentía vacía y agotada. Nunca pensó que un baile y su música la afectarían tan profundamente.

Había intentado desesperadamente reprimir sus emociones y, peor, sus lágrimas. Pero había sido casi imposible. La danza, de una belleza exquisita, y la melancólica música, había tocado sus anhelos más profundos y secretos, y el dolor por confundir la necesidad de seguridad con el amor.

Evitó mirar a Massimo cuando le tomó la mano para salir.

El coche se adentró en el tráfico de Buenos Aires, y Carrie se sintió más tranquila.

—¿Te ha emocionado la actuación? —preguntó Massimo.

Carrie lo maldijo por haberse dado cuenta. Se fijaba demasiado.

Había notado cómo la había mirado varias veces durante la velada y se preguntaba si se sentía insultado porque ella había rechazado su cumplido.

—Escucha, sobre lo de antes, no quise sonar... —Carrie se volvió hacia él.

—Creo que es la música —Massimo la interrumpió. —Tiene ese efecto en la gente. ¿Sabes que el baile se originó entre los emigrantes y los esclavos de las zonas pobres de la ciudad? Lo bailaban hombres porque no había mujeres. No soy ni remotamente romántico, pero esa música tiene el poder de hacerme creer que el romanticismo existe.

«No soy ni remotamente romántico».

Sabía lo que ella estaba a punto de decirle.

—Yo tampoco —contestó ella.

Y no lo era, ya no. Entonces, ¿por qué sentía esa punzada en el pecho, como si se estuviera traicionando a sí misma?

—Si quieres, podemos volver directamente a Río —la sorprendió Massimo. —O podemos pasar aquí la noche...

Carrie no quería irse de Buenos Aires, aunque lo cierto era que esa ciudad parecía evocar demasiadas emociones y revelaciones para su gusto.

—¿Te importaría que volviéramos a Río?

—En absoluto —Massimo sacudió la cabeza —el hotel nos enviará el equipaje. Podemos dormir en el avión —le tomó una mano y depositó un beso en la palma.

Fue una sensación increíblemente íntima.

—O no dormir... tú eliges —añadió él.

El coche dio media vuelta y Carrie sintió un extraordinario alivio, como si estuviera escapando de su conciencia y de sus emociones.

«Cobarde», susurró una vocecilla.

—En realidad, no estoy muy cansada...

—Qué curioso —Massimo la atrajo hacia sí, —yo tampoco...

En cuanto el avión alcanzó cierta altitud, Massimo se desabrochó el cinturón y se levantó, tendiendo una mano a Carrie. Se había quitado la chaqueta y la pajarita, y llevaba la camisa desabrochada. Carrie aceptó la mano y dejó que tirara de ella. Debería sentirse ridícula vestida de gala en un avión, pero no fue así. Nada parecía desconcertarla ya. Era como si algo se hubiera aclarado entre ellos.

«Solo es una aventura. No somos románticos. Sabemos lo que está pasando».

Massimo la condujo a la enorme ducha de la suite. El vapor llenó rápidamente el espacio.

—¿El personal de cabina no nos molestará? —Carrie comprendió la audacia de lo que estaban a punto de hacer.

—Saben que no deben.

Un recordatorio de que no era la primera con la que Massimo había hecho eso, ni sería la última.

En un intento de disimular cómo le afectaba, empezó a soltarse el pelo. Bajo la atenta mirada de Massimo, encontró la cremallera lateral del vestido y tiró de ella. El vestido cayó a sus pies con un suave movimiento. Luego se quitó los zapatos, quedándose con el sujetador y las braguitas.

Envalentonada bajo la mirada hambrienta de Massimo, se metió en la ducha.

La expresión de Massimo se volvió casi salvaje cuando el agua empapó la ropa interior, volviéndola transparente. Podría haber estado desnuda.

Él no esperó. Se arrancó la ropa y, completamente desnudo y excitado, entró en la ducha con ella. Con un simple movimiento de muñeca, le arrancó la ropa interior y la levantó por las axilas.

—Apóyate en la pared.

Ella lo hizo y, con las piernas temblorosas, le rodeó la cintura. El agua aplastó el pelo de Massimo y sus mejillas se colorearon.

Agachó la cabeza y se llevó a la boca un duro pezón, succionándolo hasta que la mente de Carrie quedó felizmente en blanco.

Sus caderas se movían contra Massimo, buscando que él calmara la tensión interior. Él comprobó lo preparada que estaba para él y hundió sus dedos, haciéndole gemir.

Y entonces se introdujo en ella, centímetro a centímetro, hasta que ella no pudo respirar.

Massimo entró y salió lentamente, soportando el peso de Carrie. Ella sintió acercarse las olas, cobrando fuerza, y tuvo que morderle el hombro para no gritar mientras la alcanzaban y la atravesaban.

El cuerpo de Massimo se movía con fuerza, buscando su propio clímax. Bruscamente, se soltó, haciéndola jadear, para que el potente chorro lavara el clímax.

Carrie ni había pensado en protegerse, la sensación de Massimo dentro de ella había sido exquisita. Y estaba demasiado agotada para pensar en ello. Si Massimo no la hubiera tomado en brazos, habría resbalado por la pared de la ducha.

Él la secó con una toalla, recogiendo el pelo con otra. La llevó a la cama y la tumbó y, por un instante, antes de dormirse, ella pensó que era lo más amable que alguien había hecho por ella en mucho tiempo...

—Tengo que volver a Nueva York para unas reuniones. Carrie se sintió desfallecer.

Sabía lo que iba a pasar. Hacía más de una semana que habían vuelto a Río y se preguntaba cuánto tiempo más podría Massimo evadirse de su vida.

Llevaban fuera un mes. Un mes de vacaciones para ella, más tiempo libre del que había tenido en su vida. Pero no podían vivir eternamente en aquel sensual idilio tropical.

—Muy bien —ella puso cara de desinterés, como si no supusiera la muerte de su relación, —¿cuándo?

—Hoy.

¿Ni siquiera tenían otro día o una noche?

—Vendrás conmigo —sentenció él.

—¿Eso haré? —Carrie estaba irascible. —Es hora de pensar en lo que quiero hacer.

—Esto no tiene que acabar aún. Vuelve conmigo a Nueva York. Tendrás mucho tiempo para pensar en el futuro.

Carrie lo sentía como la inevitable marea, y estaba demasiado metida. Cualquier control que pudiera haber ejercido sobre la situación había desaparecido.

Buenos Aires y los últimos días en Río habían desmantelado sus defensas, dejándola sin un lugar donde esconderse. Y, aunque sería más inteligente marcharse, no estaba preparada para alejarse de Massimo y de cómo la hacía sentir.

Le había abierto los ojos a todo un mundo de experiencias, no solo sexuales. Se había relajado, encontrado una inesperada paz. Egoístamente, no estaba dispuesta a renunciar a ello, porque sabía que jamás volvería a experimentar algo así.

—De acuerdo, ¿por qué no? —aceptó ella, aunque sabía que solo le depararía dolor y humillación.

—Bien.

Carrie sintió deseos de borrar esa sonrisa satisfecha de Massimo. Por eso se levantó de la silla y dejó que la bata se abriera lo suficiente para que él pudiera ver sus pechos desnudos. Se sentó en su regazo y preguntó con voz ronca:

—¿Exactamente cuánto tiempo tenemos antes de irnos?

—De sobra —a Massimo le ardía la mirada mientras la abrazaba con fuerza.

La tomó en brazos y la llevó al dormitorio, y Carrie disfrutó con esa pequeña medida de control.

Aunque hacía solo unas semanas que habían estado en Nueva York, las estaciones estaban cambiando. El calor húmedo había desaparecido y el aire era más fresco. Carrie se sentía como si llevara toda la vida fuera. Su antigua vida y su trabajo como ama de llaves parecían muy lejanos.

Todo se vio reforzado cuando entraron en el apartamento y los recibió el nuevo mayordomo, tratando a Carrie como si fuera la amante de Massimo.

«Y lo eres», señaló una sarcástica vocecilla.

—Señorita Taylor, si me indica sus preferencias culinarias, se las comunicaré al chef.

—Como de todo —Carrie se sonrojó al pensar en lo que el chef pensaría de su nuevo estatus.

—¿Alergias?

—Ninguna.

El hombre parecía cómicamente decepcionado. Carrie se habría reído si no sintiera náuseas después del viaje. Ella había hecho exactamente esas mismas preguntas a los invitados de Massimo en innumerables ocasiones.

—Tengo que ir directamente a la oficina —anunció Massimo, —pero podemos comer fuera si quieres.

Carrie sintió una inesperada oleada de náuseas ante la idea de comer fuera.

—No hace falta —sacudió la cabeza. —Prefiero comer aquí.

Estaba cansada. Una leve señal de alarma sonó en su cabeza, pero no supo qué pensar.

—Estaré feliz haciendo el vago aquí.

—¿El vago? No entiendo... —Massimo frunció el ceño.

—Haciendo cosas sin un objetivo real —Carrie se rio. —Un concepto que no existe en tu mundo.

Él sonrió, y Carrie se quedó sin aliento.

—Qué lástima... —Massimo la atrajo hacia sí—. Quizás puedas enseñarme más cosas sobre eso de hacer el vago... después. ¿Se aplica a la cama?

—La verdad es que no —Carrie soltó una risita.

Ambos se sonrieron, y una oleada de emoción se apoderó de ella antes de que pudiera detenerla.

—Deberías irte... —ella dio un paso atrás y se recompuso.

Massimo deslizó un dedo por su mejilla hasta la barbilla, provocándole un cosquilleo en la piel.

—Hasta luego.

Carrie se quedó sin aliento y se preguntó cómo podía seguir teniendo ese efecto en ella.

—Bueno, pues hasta luego...

Massimo se marchó y Carrie se llevó la mano a la cara, donde él había tocado. Había sido un gesto tierno, nada sexual. Pero le hizo sentir, peligrosamente, cierta esperanza.

«¿De qué?», preguntó una vocecilla.

Carrie se sentó en una silla, repentinamente desinflada.

Massimo le había dejado muy claro que no quería una relación, y aunque ella quisiera volver a intentarlo alguna vez, él estaba fuera de su alcance. Massimo no mantenía relaciones, tenía amantes. Sin embargo, a pesar de lo que aseguraba, acabaría casándose con alguien de su clase.

En algún momento Massimo tendría que asumir la responsabilidad de continuar con el linaje.

De momento, se contentaba con mantenerla como amante. Y Carrie comprendió que tendría que ser ella quien tomara la iniciativa. Porque si él seguía tocándola, volvería a la casilla de salida.

Otro día, se dijo débilmente. Un par de días más no le harían daño. Decidió que una siesta la calmaría. En su habitación no vio ninguna de sus cosas...

Subió a la habitación de Massimo y allí estaban todas.

Invadida por otra oleada de cansancio, que atribuyó al torbellino de las últimas semanas, se quitó la ropa, se lavó y se metió en la enorme cama. Antes de que su cabeza tocara la almohada, dormía.

Cuando Massimo regresó al apartamento, todo estaba tranquilo. Las habitaciones de abajo estaban vacías. El cocinero se había marchado, y el nuevo mayordomo también.

Todo estaba exactamente como siempre lo encontraba al regresar de un viaje.

Nunca había invitado a una mujer allí, salvo para pasar la noche, pero no veía ningún rastro de Carrie y eso lo desconcertó. Comprendió que el personal lo había recogido todo.

Por primera vez en su vida le molestó. Quería entrar en una habitación y ver un libro abierto en una mesa. O cojines fuera de lugar. Signos de vida.

Colgó la chaqueta sobre el respaldo de una silla, se quitó la corbata y la colgó sobre otra silla. Sintió el impulso de buscar a Carrie y llevarla al salón, para desordenarlo haciendo el amor en todos los sofás y chaise longue. Ricardo lo aprobaría.

Pero cuando se asomó a la cocina, también estaba vacía.

Se le ocurrió que quizás había salido. Le gustaba su independencia, pero sintió cierta inquietud cuando fue a su dormitorio y lo encontró intacto.

Durante un segundo pensó que había cambiado de opinión y se había marchado... la sacudida en su estómago no fue bienvenida. No debería molestarle que Carrie hubiera decidido poner fin a su relación. Había transgredido tantos límites que no tenía derecho a esperar que ella se quedara.

Subió a su dormitorio y titubeó ante la puerta antes de abrirla.

Lo primero que vio fue una figura en la cama. Carrie. Estaba allí. Dormida.

Se acercó y la miró. Estaba de espaldas, el pelo formando un halo de ondas doradas. Tenía la cara desmaquillada y se veían las pecas que le salpicaban la nariz.

Massimo ignoró la sensación de alivio... de deseo.

Se sentó a un lado de la cama y ella abrió los ojos. Tardó un segundo en despertarse del todo.

—Me quedé dormida... ¿qué hora es? —se incorporó, aturdida.

—¿Estás bien? —Massimo la encontró un poco pálida.

—Creo que sí —Carrie frunció el ceño—... de repente me sentí muy cansada, y me acosté.

—¿Tienes hambre?

Con una rapidez casi cómica, ella se puso verde y corrió al cuarto de baño, cerrando la puerta.

Massimo se estremeció al oír la vomitar. Habría entrado, pero Carrie no querría.

Minutos después ella regresó con el pelo recogido y muy pálida.

—No estás bien —Massimo se levantó de un salto. —Llamaré al médico.

—No es nada serio —protestó ella. —Una intoxicación alimentaria o un virus.

—Yo estoy bien y hemos comido lo mismo.

—Estoy segura de que no es nada... —parecía a punto de desmayarse.

Massimo la llevó a la cama y la acostó, pero ella intentó sentarse.

—Debería ir a mi habitación.

—De ninguna manera —Massimo la empujó suavemente. —Esta es tu habitación. ¿Te traigo algo?

—Un poco de agua y unas galletas... si hay.

Massimo cerró la bata sobre el pecho de Carrie. «Ahora no». Sacó un pijama de seda de un cajón y la ayudó a sentarse a un lado de la cama.

—Estarás más cómoda con esto.

Con un esfuerzo sobrehumano, consiguió ayudarla a quitarse la bata y ponerse el pijama sin volverse un cavernícola. La dejó en la cama y fue a la cocina a por agua y galletas, lo que, por supuesto, le llevó una eternidad porque no encontraba la despensa. Sin embargo, cuando volvió arriba, Carrie dormía de nuevo, así que dejó el agua sobre la mesilla, con un par de galletas en un plato, y se dirigió a su estudio. Nunca se había encontrado en semejante situación...

Carrie despertó durante la noche, bebió agua y comió algunas galletas.

—Seguro que mañana estaré mucho mejor —le anunció a Massimo.

Capítulo 7

PERO cuando Carrie despertó no se encontraba nada bien.

Solo recordaba haberse sentido así una vez, y se quedó helada.

Se llevó la mano al vientre. «No». El universo no sería tan cruel...

Volvió al dormitorio y vio a Massimo de pie, el torso desnudo y un pantalón de pijama que le colgaba de las caderas. Por primera vez, Carrie no se estremeció.

—De acuerdo, doctor, gracias —Massimo hablaba por el móvil.

—¿Quién era?

—Mi médico viene a verte.

—Pero si no es nada —protestó ella, mientras rezaba para que no fuera lo que se temía—. Lo siento.

No era un comportamiento típico de amante.

—No seas tonta —Massimo frunció el ceño. —Voy a ducharme y espero al médico.

Ella se tumbó en la cama e intentó que su mente no viajara a lugares aterradores.

Carrie se contempló en el espejo del baño. Se había duchado y vestía unos vaqueros desteñidos y una camiseta, el pelo aún húmedo y suelto. Su aspecto era algo mejor, se sentía algo mejor. Al menos físicamente. Emocionalmente...

Sus temores habían sido confirmados por el médico y su práctico test de embarazo. En la pantalla digital se leía con claridad: EMBARAZADA.

Maravillas de la tecnología... capaz de diagnosticar un embarazo en una fase tan temprana.

El médico creía que estaba de un mes, y Carrie había situado la concepción esa primera vez en Nueva York, cuando Massimo la había penetrado, olvidando la protección.

Ni siquiera se había dado cuenta de que no había tenido la regla.

—¿Carrie? —llamó Massimo.

De nuevo se le revolvió el estómago, pero no de náuseas sino de miedo.

—Estoy bien —gritó. —Te veré abajo.

—Le diré al chef que prepare té y tostadas.

Carrie se llevó una mano a la boca para contener una risita nerviosa por cómo se habían torcido las cosas, pero volvió a ponerse seria al pensar en cómo decírselo a Massimo.

Bajó las escaleras y encontró a Massimo en la sala multimedia. Vestía vaqueros y camiseta de manga larga. Estaba viendo un canal de noticias, pero lo apagó cuando ella entró.

Carrie abrió la boca, pero en ese momento apareció el cocinero con una bandeja de té y tostadas, que dejó en la mesita junto al sofá.

—Siéntate... toma algo —dijo Massimo.

A Carrie le entraron ganas de soltarlo todo, pero se sentó y tomó un poco de té y una tostada.

—¿Y bien? —preguntó él al fin.

Carrie se limpió la boca y lo miró. Les separaban unos treinta centímetros. Estaba demasiado cerca. Se levantó y se colocó detrás de un sillón.

—¿Carrie...? —Massimo también se levantó.

—No es nada serio. Bueno... sí lo es.

—Carrie, ¿qué...? —Massimo frunció el ceño.

—Estoy embarazada.

—¿Qué has dicho? —Massimo parecía confuso.

—Estoy embarazada —Carrie se agarró al respaldo del sillón.

—Pero... ¿cómo? —Massimo sacudió la cabeza. —Siempre he utilizado protección... Solo hubo una vez —el rostro de Massimo se ensombreció, —y me puse protección en cuanto me acordé.

—No hay ninguna protección infalible —observó ella tímidamente.

—No pareces sorprendida —él la miró muy serio.

—Ni siquiera lo consideré una posibilidad remota —Carrie sacudió la cabeza.

—¿Estás segura? —preguntó Massimo tras una pausa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Me has tendido una trampa?

Carrie estaba atónita y dolida ante su cinismo.

—¿Por qué iba a querer tenderte una trampa? —preguntó cuando recuperó la voz.

—¿Para solucionar tu vida? ¿Para no tener que preocuparte por nada nunca más?

—¡Mongrelo arrogante! —indignada, ella se acercó. —¿Crees que la riqueza puede evitar que sucedan cosas malas? ¿Que la riqueza te aísla mágicamente de la mala salud o la pérdida? —lo señaló con un dedo. —Sabes que no es así. La riqueza solo te evita lavar la ropa sucia, o viajar en transporte público. O hablar con gente normal y darte cuenta de que quizá no todo gira en torno a ti.

—Insisto... no pareces sorprendida —Massimo se cruzó de brazos. Y en cierto modo era verdad. Porque ya le había pasado antes. Sabía que tenía que contárselo todo a Massimo.

La última vez que Massimo se había sorprendido tanto había sido cuando le dijeron que Ric había muerto, y ni siquiera eso había supuesto un shock comparable.

Lo que hizo que, de alguna manera, en esa ocasión se sintiera traicionado.

También expuesto. Otra vez. Había tenido mucho cuidado en no dejar que nadie se le acercara demasiado. Darse cuenta de que no podía confiar en sus padres le había enseñado a depender de sí mismo. Ric era la única persona que había quebrado las defensas de Massimo, y se había prometido no volver a sufrir ese tipo de dolor.

Sin embargo, llevaba semanas dejando que Carrie se colara bajo esas defensas.

Sus palabras eran una burla: «¿Crees que la riqueza puede evitar que ocurra algo malo? ¿Que la riqueza te aísla mágicamente de la mala salud o la pérdida?».

Claro que sabía que no. Pero también sabía que la riqueza hacía que esas cosas fueran mucho más soportables. Y de repente era evidente que había subestimado a la dulce e inocente Carrie Taylor.

Era como todos esos buitres que aparecieron tras la muerte de su padre. Mujeres buscando un amante rico, mejor, un marido. Hombres buscando un trato. Asociaciones benéficas buscando limosnas. Él había decidido centrarse en las últimas porque, al menos, eran transparentes...

—Y bien? —preguntó.

Vio enojo en la cara de Carrie, y desechó el pinchazo de su conciencia por permitir que la ira sesgara su juicio.

Ella cerró la boca. Tragó saliva. Se dio la vuelta.

Massimo quiso exigirle que lo mirara a los ojos y escupiera sus mentiras.

—Estuve embarazada antes, y los síntomas fueron los mismos — Carrie se volvió de nuevo.

Massimo necesitó un segundo para asimilarlo.

—¿De tu marido? —la idea de que hubiera estado embarazada de otro le provocó una sacudida.

—Hace cuatro años —ella asintió.

—Empezaste a trabajar para mí hace cuatro años.

—Sucedió seis meses antes.

—¿Qué pasó?

—Estaba embarazada de tres meses —Carrie lo miró dolida. — Mi marido y yo tuvimos un accidente de coche. Él murió y yo aborté. Acababa de decirle que quería dejarlo.

Durante mucho tiempo se había culpado de lo ocurrido, pero solo había sido un trágico accidente.

La ira de Massimo desapareció, dejando solo la conmoción. La recordó cuatro años atrás. Delgadísima. Pálida. Delicada.

—Lamento que él muriera así... y que perdieras al bebé.

—Si mi objetivo hubiera sido seducirte y atraparte, creo que no habría esperado cuatro años.

A Massimo no le gustó la lógica de aquello. Tuvo que admitir que había exagerado.

—Siento haberte acusado de hacerlo premeditadamente. Sé que jamás lo harías.

—Sé que ha sido un shock —ella tragó saliva. —Para mí también. Nunca pensé que volvería a quedarme embarazada.

«Embarazada».

El concepto era demasiado grande para que Massimo lo considerara en ese momento.

—¿Por qué? Serías una madre estupenda.

—Después de... lo que pasó —Carrie se encogió de hombros, —juré no volver a casarme. Jamás volveré a confiar tanto en nadie. Al final, perdí demasiado.

—¿Quieres quedártelo? —Massimo oyó las palabras, pero no recordó haberlas pensado.

—Por supuesto —ella lo miró perpleja. —No perderé otro bebé si puedo evitarlo. Y no es un «lo». Es tu hijo o hija.

«Su bebé».

—Tengo una reunión esta mañana —anunció bruscamente. —Continuaremos la conversación más tarde —la cabeza de Massimo palpitaba. Necesitaba alejar a Carrie. Alejar todo el asunto.

Massimo abandonó el apartamento y se dirigió a su despacho.

Solo cuando se dio cuenta de que todos lo miraban, comprendió que seguía vistiendo vaqueros y una sudadera. Siempre acudía al despacho de traje. No daría a nadie la oportunidad de cuestionar su dedicación o su profesionalidad después de que su padre dilapidara la reputación familiar.

—Atiende tú mis reuniones y no me molestes —ordenó a su ayudante. Entró en su despacho y se dirigió directamente a las bebidas. Se sirvió un whisky. Después otro. Mientras el ardiente líquido quemaba su garganta y su pecho, se sirvió otro más.

Sentía el cerebro como una roca, el pecho, y todos los músculos, tenso.

Se había jurado nunca buscar una familia y, de repente, era una desagradable posibilidad. Y Massimo sabía que no tenía otra opción que aceptar esa nueva realidad y proteger su legado.

Carrie lo oyó regresar. Estaba sentada en la sala de recepción, esperando. Estaba tranquila, seguramente aún en shock. Pero lo aceptaría para lidiar con lo siguiente. Se levantó.

Una cosa estaba clara: lo que hubiera habido entre ellos hasta el día anterior, había muerto.

Massimo entró en la habitación, la vio y se detuvo. Estaba más desaliñado que antes. Carrie no pudo evitar sentir una chispa, a pesar de las agudas náuseas matutinas y todo lo que había pasado.

Él la miró de arriba abajo y ella se irguió. Iba vestida con la misma ropa que había llevado en el viaje a Nueva York. Ropa de trabajo. Elegante. El pelo recogido.

—¿Adónde vas? —preguntó Massimo.

—Vuelvo a Londres —Carrie lo miró.

—¿Y qué planes tienes para cuando llegues allí?

—Encontrar un lugar donde vivir y un trabajo —el miedo se apoderó de ella.

—No va a funcionar así —Massimo sacudió la cabeza.

—¿No?

—No —él la miró con los ojos entornados—. Nos vamos a casar.

Carrie se habría caído de espaldas de no tener el sofá detrás. Massimo la miró con determinación.

—De ninguna manera —ella sacudió la cabeza. —Esa no es la solución.

—¿Necesitas que te recuerde quién soy? La noticia será portada de la prensa.

—No saldrá a la luz a menos que se lo cuentes a alguien —el pánico de Carrie aumentó. —No me casaré contigo, has dejado bien claro que nunca te casarás y, además, ya te he dicho que no volveré a casarme. El matrimonio te vuelve vulnerable.

—No lo negaré —contestó Massimo a regañadientes.

—Entonces estás de acuerdo.

—No. Digo que ambos coincidimos y que lo haremos solo por el bien de nuestro bebé.

—Un matrimonio por deber no es bueno para criar a un hijo. Los niños necesitan amor y seguridad. Padres felices.

—Ambos sobrevivimos en circunstancias nada ideales.

—No estaría tan segura de eso —concluyó Carrie. Massimo no supo qué decir.

—¿Y dónde quedaría yo?

—Formarías parte de la vida de nuestro hijo. Nunca te lo negaría.

—¿Y cómo funcionará, yo en la vida del niño, pero sin formar parte de ella? ¿Viviremos cerca el uno del otro? ¿Cómo será el acceso?

—Eso lo discutiremos —a Carrie le dolía la cabeza.

—¿Y cómo vas a sobrellevar tu embarazo? ¿De qué vivirás cuando ya no puedas trabajar?

—Me las arreglaré —Carrie levantó la barbilla. —Mi madre se las arregló muy bien con mucho menos. No espero nada de ti hasta que nazca el bebé. Podría pasar cualquier cosa...

—Eso no es viable, Carrie. Casarnos nos permitiría controlar la situación en caso de que se filtrara la noticia, y te proporcionaría seguridad y protección mientras estés embarazada.

La idea de casarse con Massimo que, claramente, la despreciaba, le asqueaba. Sabía lo que era ser rechazada, por su padre, y utilizada como objeto de dominación, por su marido.

—No podrás pagarme para que me case contigo —ella levantó la barbilla.

—¿Ni siquiera...? —Massimo nombró una cantidad astronómica de dinero.

—Pensé que tenías integridad, pero no eres tan diferente de tu familia, ¿verdad?

—Insinuar que no se te puede comprar, sería como admitir ser un unicornio. Todo el mundo tiene un precio.

—Yo no —Carrie estaba triste. —Mi precio es que mi bebé nazca sano y tenga lo suficiente para vivir.

—Sin mí.

—No he dicho eso. Formarás parte de su vida.

—Puede que nunca haya planeado tener una familia —Massimo miró a Carrie—, porque no quiero transmitir mis genes destructivos, pero no eludiré mi responsabilidad.

—No tienes ningún gen destructivo —el corazón de Carrie dio un vuelco.

—Necesitaré saber que estáis bien y a salvo —él agitó una mano en el aire. —Necesitaré poder controlar las relaciones públicas en caso de que algo se filtre a la prensa. ¿Tienes idea de lo que heredará mi hijo? Ya no se trata solo de ti, Carrie.

Carrie aún no se había hecho a la idea de que su bebé sería heredero de un vasto legado. Instintivamente puso la mano sobre el vientre, como si quisiera proteger al niño de su propio futuro. Y de un padre reticente.

—Lo que había entre nosotros... ha terminado, ¿verdad? —una idea surgió en su mente.

—Sí.

La rapidez de la respuesta le hizo sentir una pequeña punzada en las entrañas, pero era mejor así. ¿Y si intentaba seducirla para que se casara con él? No podría resistirse. Al menos era sincero.

—Tengo una solución... si estás dispuesto a aceptarla.

Seis semanas después

Massimo aparcó el coche en la entrada de su casa de Londres. Llevaba semanas tenso, y algo más que no quería admitir: frustración sexual. Y solo una mujer podía aliviarla.

Salió del coche. El aire helado y las hojas caídas presagiaban la llegada del invierno, pero él no notó nada. Se acercó a la puerta de entrada, que se abrió como por arte de magia. Pero no era magia, sino su ama de llaves, Carrie, en el umbral. Vestía su uniforme habitual. Zapatos planos. El pelo recogido en un moño bajo. Sin maquillaje. Sin joyas.

—Bienvenido, señor —saludó inexpresiva.

Massimo casi se desmayó. ¿Se había imaginado los últimos meses? ¿El mejor sexo de su vida?

No. Su sangre vibraba por volver a tener a la única mujer que deseaba, la única que no podía tener.

Contempló la barriga. ¿Estaba más gruesa? ¿Con su hijo?

El inquietante sentimiento de orgullo lo pilló desprevenido.

Había pasado las últimas semanas sumido en una crisis que le había impedido regresar a Londres.

Había pasado las últimas semanas intentando no pensar en que iba a ser padre, le gustara o no.

Por un lado, había agradecido la distracción, pero por otro se había sentido desorientado. Y por primera vez en su vida... solo.

Pero cada vez que había hablado con Carrie por teléfono, ella había sonado despreocupada, como si no hubiera nada extraño en el hecho de haber decidido seguir trabajando para él. Massimo había aceptado su propuesta porque, de lo contrario, ella se iría y empezaría una nueva vida.

Entró en la casa y el olor de Carrie lo envolvió. El mismo aroma sencillo. Pero nada en esa situación era sencillo. Su calma lo irritaba.

—¿Podemos hablar? En mi despacho.

—Claro —respondió ella con suavidad. —¿Le llevo café? Massimo tuvo ganas de gritar: «Que lo traiga otro».

—Sí, claro, un café estaría bien. Gracias.

Carrie se dirigió a la cocina y Massimo se arrancó la corbata camino del despacho.

Carrie entró con una bandeja, que dejó sobre la mesa.

—Por favor, siéntate.

Se la notaba visiblemente reacia, pero al final accedió... En el borde de una silla frente a la mesa.

Massimo se sentó también y bebió un sorbo de café. Miró a Carrie, que miraba a cualquier parte menos a él. Estaba... bien. Muy bien. Mejillas rosadas. Ojos brillantes.

Sus pechos parecían más grandes. ¿Era por el embarazo? La idea de que su cuerpo evolucionara con su hijo le produjo otra inquietante oleada de orgullo y posesión. Y deseo. Todavía la deseaba.

—¿Cómo estás?

—Estoy... bien, gracias —ella lo miró sobresaltada, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—¿Has vuelto a sentirte mal? —Massimo encajó la mandíbula.

—Solo fueron veinticuatro horas —ella sacudió la cabeza. —La otra vez fue igual.

—¿Cómo es volver a ser ama de llaves?

—Estupendo.

—¿Entonces, este... acuerdo te va bien?

Carrie juntó las manos sobre el regazo. Había ido mucho mejor cuando

Massimo no estaba allí. Había tenido tiempo para asimilar todo lo que había pasado e intentar convencerse de que cualquier deseo que tuviera había muerto con su aventura.

Pero era una ilusión. En cuanto lo había visto salir del coche a su llegada, fue como si la hubieran vuelto a enchufar a la red eléctrica. Había necesitado toda su compostura para abrirle la puerta y no temblar cuando su olor la envolvió. Deseaba deslizar la mirada por todo su cuerpo. ¿Tenía el pelo más largo? ¿Parecía cansado? ¿Había una barba incipiente? ¿Había estado con otra mujer?

Se sintió mareada. Tal vez todavía tenía náuseas matutinas...

—Funciona bien —ella se recompuso. —Pero si no te sientes cómodo...

—No —contestó él bruscamente. —Por ahora está bien. La ecografía es esta tarde, ¿verdad?

—Después de comer —ella asintió. No le había gustado ese siniestro «Por ahora está bien».

—Iremos en coche —anunció Massimo.

—No tienes que venir si estás demasiado ocupado.

—No faltaré a la primera ecografía de mi bebé.

«Mi bebé».

¿Qué había pasado en esas seis semanas? ¿Había decidido ser padre? ¿Y qué suponía eso para ella? ¿Volvería a pedirle que se casara con él?

Carrie se levantó bruscamente, por si alguna de aquellas preguntas escapaba de su boca.

—¿Eso es todo? Debería volver al trabajo.

—Muy bien.

Carrie tomó la bandeja, pero Massimo la detuvo:

—Déjala. Yo la llevaré.

Normalmente, Carrie habría discutido, pero simplemente se fue. Cerró la puerta tras de sí y se quedó un momento apoyada en ella. Sentía un hormigueo en todo el cuerpo. Estaba sensible.

Ya se estaban produciendo cambios. La cintura se ensanchaba y sus pechos se llenaban. ¿Lo había notado Massimo? ¿Quería ella que él lo notara?

No. Ese aspecto de su relación estaba muerto.

Era hora de seguir adelante y sacar lo mejor de su nueva situación.

Horas después, Carrie estaba tumbada en la camilla de una clínica de lujo. Massimo se había cambiado de traje. Parecía recién afeitado. A Carrie se le llenó la mente de tórridas imágenes de Massimo en la ducha, desnudo, el agua chorreando sobre sus duros músculos... uno en particular.

Quería enfadarse con él por convertirla en un desastre hormonal nada más regresar. Se sentía desaliñada, mucho más ancha de cintura. Más de lo que recordaba haber estado la primera vez.

Lo peor, sin embargo, era tener que admitir que las últimas seis semanas le habían parecido vacías, grises. Las noches habían sido lo peor, cuando se despertaba sudando después de un sueño particularmente vívido, el cuerpo reclamando satisfacción.

Lo echaba de menos. Echaba de menos el sexo con él.

La radióloga entró y le levantó a Carrie la blusa para untarle gel en el vientre.

Antes de que ella estuviera preparada, un fuerte y rítmico latido llenó la habitación.

—Es un latido muy fuerte y... ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa? —Carrie se tensó. No distinguía nada en la pantalla.

—¿Va todo bien? —Massimo se acercó.

—Todo va perfectamente —la radióloga miró a Massimo y luego a Carrie. —Son gemelos.

Carrie no recordaba casi nada de lo sucedido después, solo que su impresión se había reflejado en la cara de Massimo. Parecía como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Él condujo de regreso a la casa, aunque ella temió que estuviera demasiado conmocionado para conducir. Carrie miró por la ventanilla, pero no vio las luces de colores que anunciaban la Navidad a la vuelta de la esquina.

Sujetaba una fotografía de la ecografía, que mostraba dos figuras del tamaño de un higo.

—Que yo sepa, en mi familia no hay gemelos —Massimo rompió el pesado silencio.

—En la mía tampoco —contestó ella a la defensiva. —Pero —admitió, —no conozco la rama de mi padre.

Massimo no habló durante largo rato, y Carrie se imaginó que debía estar pensando en lo desagradable que era que la madre de sus hijos procediera de un entorno tan sórdido.

—Comprendo tu aversión al matrimonio —observó él. —No has tenido los mejores ejemplos.

—Tú tampoco —respondió Carrie, aún más a la defensiva.

—Era una observación, no una crítica. No soy un esnob, Carrie. Mi hermano y yo nacimos con una cuchara de plata en la boca, pero eso no nos protegió de la disfunción de nuestra familia.

—Lo siento —Carrie se frotó la cabeza. —Aún estoy en shock.

Por fin llegaron a la casa. Carrie bajó del coche y él la alcanzó en la puerta.

—Tenemos que hablar. Esto lo cambia todo.

—¿Podemos hablar mañana? —a Carrie le palpitaba la sien. —Estoy muy cansada.

—De acuerdo, mañana por la mañana. Te tomarás el día libre.

—Pero yo...

—Sin discusiones.

Sintiéndose como una adolescente petulante, Carrie entró en la casa y se refugió en su suite privada. Paseó de un lado a otro, abrazándose el vientre, como si así pudiera contener la conmoción por lo que acababan de descubrir.

Dos bebés. Gemelos.

Por un momento Carrie se sintió absurdamente emocionada al pensar en la pérdida de su primer bebé y en la horrible pena que había sentido. Quizás se le estaba dando otra oportunidad.

Se sentía protectora con aquellos diminutos seres que se estaban formando. Pensó en las palabras de Massimo: «Esto lo cambia todo». Se equivocaba. No cambiaba nada. En todo caso, saber que había más en juego solo hacía que fuera aún más importante no dejarse engañar. Massimo, a pesar de su historia familiar, sin duda estaba pensando de nuevo en casarse. Pero ella ya no era débil y vulnerable. Era fuerte y podía valerse por sí misma.

Massimo no podía quitarse de la cabeza la imagen de Carrie, tal como la acababa de ver, bajo la luz del porche. Los ojos, unos enormes charcos de color verde salvia. Con ojeras. Y tan pálida... El sol de Brasil hacía tiempo que había desaparecido de sus mejillas.

Tras regresar de Brasil a Nueva York, Massimo no había estado preparado para dejarla marchar, y había pensado en instalarla en su casa. Prolongando su relación.

Por eso se había sentido tan expuesto al anunciarle ella su embarazo. Como si lo hubiera sabido y guardara esa baza para asegurar su futuro. Pero debía admitir que no había pensado con claridad.

En cualquier caso, Carrie tendría su protección para siempre. Era la madre de sus hijos. Massimo se sintió un poco mareado mientras lo asimilaba.

Gemelos. Dos bebés. No uno. Dos. Una familia. Salvo que Carrie no quería que fueran una familia.

¿Y él qué quería?

Algo que no era capaz de nombrar. ¿Era su sentido de la responsabilidad?

¿O era algo más?

Algo muy frágil se extendía en su interior. La posibilidad de algo que había descartado hacía mucho tiempo, tras perder a Ricardo: El amor.

No podía seguir fingiendo que lo que sentía por ella era pasajero, físico. Era más, y más profundo.

Una determinación inflamó el pecho de Massimo. Estaba sucediendo, le gustara o no. Una familia. Y aunque le aterrorizaba, deseaba la oportunidad de vivir una vida diferente. De tenerlo todo.

Solo necesitaba convencer a Carrie de que no había otra opción que unirse. En todos los sentidos de la palabra. No se conformaría con menos.

Capítulo 8

FELIZ Navidad!

—Feliz Navidad.

Carrie sonrió al invitado que se marchaba. En cuanto cerró la puerta, la sonrisa desapareció.

Se llevó una mano a las lumbares. Llevaba todo el día de pie, ayudando a preparar la fiesta de Navidad de Massimo, un acontecimiento en la escena social londinense antes de la Nochebuena.

Se sentía constreñida en su camisa y pantalón. Pronto tendría que dejar de comprar tallas más grandes e invertir en ropa premamá.

Seguía ocultando su embarazo al resto del personal, pero últimamente recibía algunas miradas. Siendo gemelos estaba más grande de lo normal, y se acercaba a los cuatro meses, casi la mitad.

Y estaba agotada de evitar a Massimo.

La mañana siguiente a la ecografía, Massimo había tenido que ausentarse por asuntos urgentes, y le había dicho que hablarían cuando volviera.

Desde que él había regresado, Carrie se acostaba temprano, se ofrecía voluntaria para hacer los recados que implicaban ir a la ciudad y se aseguraba de estar siempre ocupada.

Pero durante la fiesta, mirara adonde mirara, él estaba allí. En un momento de la velada, ella había tomado una bandeja llena y, en cuestión de segundos, Massimo se la había quitado, entregándosela a otra persona.

—Esto es ridículo, Carrie —había susurrado. —Tú no sirves. Supervisas. Y he cambiado de opinión. Esto... —la señaló a ella y luego a su alrededor, —no está funcionando para mí.

Carrie se acercó a una de las puertas del salón. La fiesta languidecía. Massimo tenía una forma mágica de hacer saber a todo el mundo que era hora de irse a casa.

—Te has levantado antes que yo, Carrie —el mayordomo se detuvo a su lado. —Vete. Yo me ocupo.

—¿Estás seguro? —ella miró a Dave—. El encargado de eventos está esperando para asegurarse de que los últimos invitados se marchan sin demora y que empieza la limpieza.

—Está todo controlado. Vete.

La idea de escapar de la inquietante mirada de Massimo y su inevitable conversación era demasiado tentadora. Carrie se escabulló a su habitación y se preparó un baño, deslizándose en el agua con un gemido de agradecimiento.

Notaba el vientre duro. Sus pechos también habían crecido, y las areolas cambiado de color.

Cada vez que había sorprendido a Massimo mirándola esa noche, había sentido una desagradable sacudida, como si él pudiera ver a través de su ropa.

Sopesó su pecho con una mano y rozó el pezón con los dedos, soltando un grito ahogado. No se había dado cuenta de lo sensibles que estaban.

El nerviosismo que sentía se disipó por primera vez en semanas. Pinzar el pezón entre dos dedos le provocaba una deliciosa tensión. Por puro instinto, llevó la otra mano a la entrepierna.

¿El deseo lo había provocado ver a Massimo en la fiesta? ¿Había crecido desde la última vez que se habían acostado?

La idea de no volver a acostarse con él hizo que Carrie apretara la mano entre las piernas. No bastó. Introdujo dos dedos en su interior y su espalda se arqueó. Empezó a moverse, persiguiendo liberar la tensión en su interior, mientras con la otra mano se apretaba el pecho. Imaginó que era la mano de Massimo, sus dedos, mientras la urgía: «Llega para mí, Carrie... Eso es... vamos...».

Ella lo hizo, en un torrente de placer ondulante.

Tardó un momento en darse cuenta de que oía golpes en la puerta.

—¿Carrie? Massimo.

Carrie sintió una oleada de mortificación. ¿Lo había invocado con su tórrida imaginación?

—Estoy en el baño —gritó. —Un minuto.

Lo maldijo mientras salía y se secaba rápidamente, antes de ponerse un grueso albornoz. Su cuerpo palpitaba y tenía la cara roja. Se recogió el pelo, y abrió la puerta.

Allí estaba, con la pajarita suelta y el botón de arriba desabrochado. Su débil corazón se encogió.

—Me estaba bañando —Carrie se cerró el albornoz como una tímida doncella. —¿Va todo bien? Dave dijo que se ocuparía de los últimos de la fiesta...

—Todo bien —Massimo levantó una mano, —ya se han ido todos.

Carrie se alegró de que no pudiera verla por dentro. Verlo ahí, cuando acababa de...

—¿En qué puedo ayudarte?

—Mañana es Nochebuena —respondió él.

—Sí —Carrie parpadeó.

Normalmente, pasaba la Navidad sola. Alguna vez, otros empleados la habían invitado a cenar, pero se inventaba una excusa. La Navidad no tenía especial significado para ella. Muy pronto había aprendido que no debía pedir cosas que hicieran sentir a su madre que debía trabajar más.

A su marido tampoco le había gustado mucho, por lo que Carrie había canalizado sus fantasías navideñas infantiles hacia su amor por las películas antiguas. Desde la muerte de él y la pérdida de su bebé, Navidad era como una penitencia.

—¿Qué vas a hacer el día de Navidad? —preguntó Massimo.

—Tengo el día libre.

—Ya lo sé. ¿Qué vas a hacer?

—Tomármelo con calma.

—He dado el día libre a todo el personal.

—Sueles hacerlo —observó Carrie.

Navidad y Año Nuevo eran temporada alta para fiestas y filantropía.

—Pues parece que estaremos solo nosotros dos.

—No te molestaré —contestó ella con desconfianza.

—Sería muy triste estar los dos solos y ni siquiera cenar juntos.

—No habrá nadie para cocinar.

Ella podría hacerlo. Pero cocinar una cena íntima de Navidad para Massimo sería demasiado seductor y aterrador.

—El chef va a dejar preparada una cena de Navidad. Solo tengo que calentarla para nosotros.

—Nosotros.

—Sí, nosotros. No aceptaré un «no», por respuesta.

Antes de que Carrie pudiera responder, Massimo se marchó.

Después de todos sus esfuerzos, ¿cómo era posible que fuera a pasar la Navidad con él?

El día de Navidad, ridículamente nerviosa, Carrie buscó a Massimo a última hora de la tarde. De la cocina surgían sonidos de entrechocar de metal sobre las baldosas y un fuerte juramento.

Carrie no pudo evitar sonreír y se mordió el labio mientras observaba la escena desde la puerta. Massimo estaba de espaldas. Sostenía una cacerola, mirándola como si nunca hubiera visto una, y posiblemente fuera así.

Como si percibiera su presencia, se volvió y su mirada la recorrió de arriba abajo. Carrie, sintió su calor, aunque, en cuanto le dijo que estaba embarazada, todo deseo por ella murió.

Se arrepintió de haber elegido el vestido de punto suave verde oscuro, demasiado ceñido sobre el vientre, combinado con medias y tacones. Se sentía demasiado arreglada.

También se arrepintió de haberse dejado el pelo suelto: ¿lo había hecho inconscientemente? ¿Su propio cerebro intentaba traicionarla? En cualquier caso, ya era tarde para remediarlo.

—¿Tienes algún problema? —preguntó ella, entrando en la cocina.

—No sé qué sartén usar para calentar la salsa —contestó él, un poco a la defensiva.

—Esta servirá —Carrie sacó una de un cajón.

Sobre la encimera había un papel con los pasos a seguir para preparar la comida.

—Déjame ayudarte —Carrie se apiadó de él.

Trabajaron en un silencio sorprendentemente agradable mientras se movían de un lado a otro, metiendo la comida, que el chef había dejado preparada, en el horno para calentarla.

—Puedes subir —la invitó Massimo cuando todo estuvo caliente. — Enseguida llevo la comida.

Carrie se los imaginó en el comedor, sentados a la mesa en penumbra, mientras ardía el fuego en la chimenea. Demasiado íntimo.

—No me importa comer aquí. Será más sencillo.

—No es ninguna molestia —contestó él. —He preparado el fuego. Solo hay que encenderlo.

—Como prefieras —contestó Carrie. El tono de Massimo no admitía discusión. —Encenderé el fuego.

Escapó escaleras arriba y encontró la mesa del comedor preparada para la cena. Sobre la mesa había una botella de vino abierta y una selección de bebidas sin alcohol. Un árbol de Navidad impecablemente decorado centelleaba en un rincón de la habitación.

Carrie encendió el fuego. Prendió de inmediato, despidiendo un calor delicioso. Ella permaneció de pie, aún aturdida por lo que estaba viviendo.

«Embarazada». «De gemelos».

Se puso una mano en el vientre. Todavía no notaba ningún movimiento, aparte de una extraña y ligera sensación de agitación.

Se sentó en un sillón junto al fuego, se quitó los zapatos y recogió las piernas, hipnotizada por las llamas...

Massimo subió al comedor con la primera bandeja. Se detuvo en el umbral al ver a Carrie dormida junto al fuego. Soltó la bandeja y la miró. El pelo caía sobre los hombros. Ojalá lo hubiera hecho a propósito, por él, pero la forma en que lo miraba esos días lo hacía poco probable.

Massimo recorrió su cuerpo con la mirada. No pudo detener la reacción impotente y lasciva de su propio cuerpo al ver ese cuerpo cada vez más voluminoso. Con sus hijos.

Una vez más se sorprendió de que lo que sentía no fuera negativo. Era sorpresa, inquietud y un impulso de protección, mezclado con un sentimiento de posesividad.

Se había permitido soñar con que, tal vez, podría arreglar las cosas con una nueva generación. Crear una familia sana y funcional. Pero para eso necesitaría a Carrie. En cuerpo, corazón y alma. No se conformaría con menos.

Su insistencia en seguir trabajando allí para estar cerca y permitirle a Massimo involucrarse en el embarazo no podía durar mucho más. Si tenía que librar una guerra sin cuartel para hacerla entrar en razón, lo haría. Y jugaría tan sucio como fuera necesario.

Carrie abrió los ojos. Algo brilló en su mirada cuando lo vio, pero enseguida desapareció. Como si hubiera bajado las persianas.

Aún lo deseaba. Y, si aún lo deseaba, Massimo tenía la mitad ganada.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —Carrie se incorporó, nerviosa, con las mejillas sonrosadas.

—No mucho.

—Huele bien —Carrie se levantó y lo ayudó a colocar los platos.

—No tengo ningún mérito.

—Calentar la comida no está exento de dificultades.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Massimo salió a por el resto de la comida. Carrie aún se sentía algo confusa y trató de no pensar en lo que había sentido al despertarse y encontrárselo observándola tan atentamente.

Massimo regresó y, con el fuego encendido y la oscuridad exterior, la intimidad de la escena fue como ella había temido. Pero no tenía fuerzas para preocuparse.

Se sentó y Massimo le sirvió un delicioso asado tradicional con guarnición.

—No pensaba que te gustara la Navidad —observó ella.

— Las Navidades de mi infancia eran caóticas —Massimo hizo una mueca y bebió un sorbo de vino, —así que nunca he vivido la experiencia tradicional... Salvo una vez —añadió.

—¿Ah, sí? — a Carrie le intrigaban los primeros años de Massimo.

—Navidad con mis padres era todo o nada. O nos colmaban de regalos o nos dejaban con la niñera mientras se iban de vacaciones. Pero un

año la niñera no pudo quedarse con nosotros, y fuimos a casa de un amigo del colegio, con su familia.

—¿Cómo fue?

—Una revelación. Por primera vez en nuestra vida, Ric y yo conocimos a una familia funcional, cariñosa. Muy sencilla, nada extravagante. El chico estaba en nuestro colegio con una beca y, sin embargo, sus padres se ofrecieron a acogernos durante las vacaciones de Navidad.

—¿Disfrutasteis?

—Fue un poco inquietante, como ser un extraterrestre que aprende a comportarse como la gente normal. Jugar. Ver películas. Nada del glamour y el caos que solíamos vivir. Creo que Ric descubrió las drogas en una de las fiestas de nuestros padres.

Carrie sintió una punzada al pensar en dos chicos jóvenes perdidos en una situación que la mayoría de la gente daba por sentada.

—Cuando era pequeña, en Navidad solo estábamos mi madre y yo. No teníamos suficiente dinero para fiestas, pero ella hacía todo lo posible para que tuviéramos algún capricho. Y veíamos películas. Le encantaban los clásicos, como *Qué bello es vivir*, y *Milagro en la calle 34*.

—¿La echas de menos?

—Era lo único que tenía —Carrie asintió, evitando la mirada de Massimo. —Era maravillosa.

—Tuviste suerte de conocer el amor de una madre. Nuestra madre era buena persona, pero no era responsable. La habían mimado mucho de niña, pero se había criado con niñeras y en internados. Literalmente, no sabía qué hacer con nosotros. Y su frágil estado emocional la volvía susceptible al alcohol y las drogas. Las aventuras amorosas de nuestro padre no ayudaban.

—Debió de ser duro —observó Carrie.

—Era lo único que conocíamos —él la miró.

Carrie quedó atrapada por la mirada oscura, dorada bajo las luces bajas y el fuego.

—Debiste casarte joven.

—Tenía dieciocho años —contestó ella.

—Muy joven —Massimo emitió un leve silbido.

—Mi madre acababa de morir. Estaba... perdida. Vulnerable. Un blanco fácil.

—No eras débil. Estabas afligida.

Las palabras cayeron como un bálsamo sobre Carrie.

—Le dejé entrar y se aprovechó. Por eso no volveré a casarme, no confío en mí misma. La idea de que vuelva a ocurrir es... aterradora.

—Entonces, ¿prefieres que nuestros hijos crezcan con padres separados?

—Tener padres separados es más sano que un matrimonio por el bien de los niños. Podría...

—No, no podrías seguir trabajando aquí —Massimo la interrumpió. — No es factible. Ya se te nota.

—El personal no tiene por qué saber que son tuyos —la tensión era palpable.

—Estos niños son los herederos de la fortuna Linden —Massimo se levantó. —Y de un legado que se remonta a la Edad Media. ¿Les negarías eso?

Carrie se llevó la mano al vientre, como para proteger a los bebés de las aterradoras palabras.

—Yo... no lo había visto así.

Lo había sentido como algo con lo que tendría que lidiar. Y sabía que no podía seguir como estaba. Massimo no lo toleraría. Era un hombre orgulloso.

—Por eso hay que hablar —él empezó a caminar de un lado a otro, —pero te empeñas en evitarme.

—Estamos hablando ahora —susurró Carrie.

—Porque somos las únicas dos personas en la casa.

La tensión aumentó. Carrie lo atribuyó a su imaginación. Desde esa noche en la bañera era consciente de todo.

—Escucha —Massimo se mesó los cabellos. —Nuestros hijos merecen seguridad y estabilidad.

«Y dos padres que se quieran», pensó Carrie.

Sería lo ideal. Pero, al no haberlo experimentado ellos, tendría que bastar con querer a sus hijos.

—¿Por qué seguiste con él? —preguntó Massimo, sentándose de nuevo.

—Al principio —Carrie titubeó, —porque me halagaba. Me hacía sentir segura y protegida.

«Amada».

Ese había sido su error. No había sido amor, sino una obsesión por coaccionar y controlar.

—¿Y luego...?

—Cuando me di cuenta de que era destructivo y potencialmente peligroso para mí, le dije que quería dejarlo. Entonces descubrí que estaba embarazada. Sabía que tenía que dejarlo, por mi seguridad y cordura, pero no quería que mi hijo creciera sin padre. Discutimos en el coche...

—Pagaste un precio terrible, y no fue culpa tuya.

—Lo sé —Carrie miró a Massimo, —pero tardé mucho en perdonarme. Seguramente lo entenderás.

—No sé si alguna vez podré perdonarme por no haber sido más estricto con Ric.

—Mass...

—Recogeré esto y traeré el postre —él se levantó de nuevo.

—Puedo hacerlo yo —Carrie también se levantó. Pero él ya apilaba los platos para llevárselos.

Carrie se acercó al fuego y echó un par de leños. Massimo tenía razón, tenían que hablar. Pero nunca volvería a casarse. Aunque Massimo había demostrado que no era como su marido.

Confiaba en él. Le tenía mucho cariño, no solo había sido su amante, también un amigo.

El miedo le impidió profundizar en esos sentimientos...

Ya se había creído enamorada antes, y se había equivocado tanto que no confiaba en sí misma. Si calificaba de amor lo que sentía, Massimo lo utilizaría como excusa para obligarla a casarse. Y si aceptaba casarse y era la única enamorada, la destruiría de nuevo.

«Cobarde», susurró una vocecita.

Massimo reapareció con el postre, a elegir: el clásico pudín de Navidad o crumble. Té y café.

Carrie volvió a sentarse y eligió el crumble, concentrándose en él para evitar mirar a Massimo.

No se imaginaba a ninguna de sus anteriores amantes evitándolo como lo hacía ella.

Ni siquiera había pensado en qué pasaría si él se casara. Con otra. La idea la dejó sin aliento.

—Para alguien que nunca quiso casarse ni tener familia, pareces muy optimista —lo censuró Carrie.

Massimo bebió un sorbo de café y ella se fijó en sus grandes manos. Hacía mucho que no las sentía sobre ella. Anhelaba que la tocaran...

Frunció el ceño. Las hormonas. En el segundo trimestre era habitual sentirse... excitada.

—Una cosa es posicionarse en una situación hipotética —contestó él, —pero cuando deja de ser hipotética, es muy distinto.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede que no lo buscara, pero ahora que está ocurriendo, no me siento tan reacio como pensaba. Quiero hacer las cosas de otra manera. Nuestros hijos se merecen una vida mejor que la que vivimos nosotros. Y podemos ofrecérsela.

«Podemos».

—¿Podemos volver a hablar de esto en Año Nuevo? —la cabeza de Carrie empezaba a palpar.

—De acuerdo —accedió Massimo a regañadientes. —Tengo algo para ti —añadió.

Massimo se acercó al árbol de Navidad y recogió una cajita. El corazón de Carrie se aceleró al recordar otra cajita, regalada por su marido. La aceptó de mala gana, con miedo a abrirla.

—Pareces aterrorizada. No es nada horrible, te lo prometo.

Carrie respiró hondo y la abrió. Inmediatamente sintió una mezcla de alivio y, más preocupante, decepción. Era un par de pendientes de brillantes diamantes.

—Son preciosos, pero es demasiado.

—Nunca regalo joyas a una mujer —él habló en tono seco. —Pero vas a ser la madre de mis hijos.

—Bueno, gracias, pero no era necesario.

—Pruébatelos.

Carrie se tensó y maldijo a sus hormonas. Era normal que él quisiera vérselos puestos...

—Te sientan bien —él la miró fijamente.

—Gracias... yo también tengo algo para ti —Carrie se levantó y se acercó al árbol.

En su momento no le había parecido nada especialmente íntimo, pero, de repente, entró en pánico.

—No sabía qué regalarte —se lo dio a Massimo. —¿Qué le regalas al hombre que lo tiene todo?

—¿De verdad crees que lo tengo todo?

A Carrie le sorprendió el tono sombrío de su voz.

—Bueno... materialmente, sí.

Massimo desató el bonito lazo dorado y retiró el papel.

—Quizás —ella balbuceó nerviosa, —puede que esté fuera de lugar.

«Oh, Dios. Iba a odiarlo».

Massimo contempló el sencillo marco plateado.

—¿Dónde encontraste esta foto? —preguntó con voz ronca.

—En Internet. Recordé haberla visto cuando empecé a trabajar aquí, y busqué información sobre... mi jefe. Me llamó la atención la felicidad que refleja. Pero nunca la había visto aquí.

—Porque la hizo un paparazi —después de una carrera que Ric había ganado. Estaba abrazado a Massimo y ambos se miraban sonrientes.

Resumía todo lo que Massimo sentía por su hermano y el gran amor que los unía.

—Si me he entrometido... —observó Carrie nerviosa.

—Ese barco ya zarpó, ¿no crees? —preguntó Massimo secamente. Ella se sonrojó. Llevaba la evidencia de esa afirmación en su vientre.

—¿Ya sientes algo? —la mirada de Massimo bajó hasta su vientre.

—Faltan un par de semanas —ella sacudió la cabeza.

—Gracias por esto —él la miró y dejó la foto, —es muy especial.

—De nada.

Carrie no podía romper el contacto visual. Temiendo que él leyera su deseo en los ojos, se levantó.

—Gracias por convertir la Navidad en algo especial. Ha sido bonito, pero me voy a la cama.

—Mírate los pendientes en el espejo —la sorprendió Massimo, que también se levantó.

—Puedo hacerlo en mi habitación —el aire volvió a cargarse.

—Dame ese capricho.

Massimo le tomó la mano, su primer contacto físico desde que ella le había anunciado el embarazo. Con piernas temblorosas, ella se dejó llevar hasta un espejo de pared.

La colocó frente a él. Parecía muy pequeña con Massimo detrás. Carrie no podía mirarse.

—¿Puedo?

Ella ni siquiera sabía qué le estaba preguntando hasta que él le echó el pelo hacia atrás. Sus dedos se hundieron, masajeando su cabeza. Era lo más delicioso que Carrie hubiera sentido nunca. Quería volver a fundirse con el fuerte cuerpo de Massimo y...

Carrie levantó la mirada al espejo. Pelo suelto y despeinado. Mejillas rosadas. Ojos demasiado brillantes. Vio sus pezones, duros y apretados contra la tela del vestido. Los diamantes brillaban.

Y Massimo la observaba, leyendo las señales, jugando con ella.

—¿Qué haces? —preguntó ella, apartándose. Todavía te deseo, Carrie.

—No es verdad —ella dio un paso atrás, como si la hubiera empujado.

—Sí lo es —Massimo hizo una mueca. —Nunca he dejado de desearte.

—Pero cuando te dije que estaba embarazada aceptaste que lo nuestro había terminado.

—Estaba en shock. Enfadado. Después de toda una vida desconfiando de todos los que me rodeaban, me sentí estúpido, cayendo en el truco más viejo que hay.

—¿Y ahora? —aún escocía.

—Sé que no eres así, Carrie. Lo sabía entonces, pero no podía cambiar sin más en un día.

—¿Entonces, confías en mí?

—Sí —Massimo asintió, —pero no es fácil admitirlo. Y tú no confías en mí —continuó.

—Yo... sí.

Y así era, aunque en el fondo había un lugar donde persistían la duda y el miedo.

—No, hay algo que te bloquea — Massimo sacudió la cabeza. —Y después de tus experiencias, no puedo culparte. Pero aún te deseo, Carrie. Estos dos meses han sido los más largos de mi vida. Si pudieras confiar en mí y, sabiendo que nos deseamos, podríamos hacer funcionar un matrimonio.

Ella abrió la boca, pero él levantó una mano.

—Tenemos más posibilidades que nuestros padres. Solo te pido que nos des una oportunidad.

Carrie había estado a punto de negar que se deseaban, pero se alegró de no haber mentado.

¿Cómo sobreviviría sabiendo que él seguía deseándola?

Capítulo 9

Dos semanas después

Carrie estiró la espalda. Cada vez era más difícil ocultar el embarazo.

Se moría porque Massimo la tocara. Él estaba cada vez más taciturno, a juego con el tiempo frío y gris. El invierno había llegado hasta la casa de Massimo.

Se le acababa el tiempo. Tenía que enfrentarse a su futuro y decidir lo mejor para ella y los bebés.

Era domingo por la mañana y tenía el día libre, y planeaba pasarlo escondiéndose del mundo, de Massimo y de todas las cosas en las que debería estar pensando.

Vestía unos pantalones de chándal y una sudadera. Levantó la sudadera frente al espejo, revelando la protuberancia de su vientre. En un mes le harían una ecografía que revelaría el sexo de los bebés. Y lo haría todo aún más real.

Sintió un estremecimiento y vio el reflejo de Massimo en el espejo. Carrie permaneció inmóvil, preguntándose si lo estaría imaginando. Pero no desapareció.

—¿Disculpa? —ella se dio la vuelta, bajándose de nuevo la sudadera.

—Llamé a la puerta —Massimo no parecía arrepentido. —No me has oído.

Carrie se sintió expuesta y desaliñada. Pero se fijó que Massimo llevaba vaqueros desteñidos y un jersey de lana.

—¿Querías algo?

Él la miró y ella sintió la silenciosa respuesta, ruborizándose.

—Sí, quiero enseñarte algo, pero está fuera de la ciudad. ¿Me acompañas?

Carrie quiso negarse, pero ya llevaba huyendo durante mucho tiempo.

—De acuerdo.

—¿Vendrás? —Massimo parecía sorprendido.

—Sí.

—Deberías ponerte algo más abrigado, hace frío.

—¿Cuándo nos vamos?

—En cuanto estés.

—Dame quince minutos.

Carrie se puso unos vaqueros premamá, que combinó con calcetines gruesos, una camiseta interior y un top polar. En un acto de rebeldía, se dejó el pelo suelto. A Massimo le gustaba suelto.

Bajó las escaleras y sacó una chaqueta de piel de oveja del armario. Estaba bien envuelta. No había posibilidad de que nadie notara el bulto.

Massimo apareció, también con una chaqueta.

—¿Lista?

Ella asintió y lo siguió hasta el todoterreno. Permanecieron en silencio mientras Massimo conducía, tomando una de las principales arterias de Londres para salir de la ciudad.

—¿No quieres saber adónde vamos? —preguntó él.

«No, porque eso significaría iniciar una conversación».

—Me gustan las sorpresas —contestó Carrie.

—Me parece justo.

El cielo tenía ese color plumizo que presagiaba nieve, pero Carrie no estaba preocupada. Aunque nevara, seguramente no cuajaría.

Al cabo de una hora, Massimo atravesó un pintoresco pueblo y aminoró la marcha mientras bordeaban una antigua muralla. Luego giró hacia un ancho portal. Las puertas de hierro se abrieron automáticamente y avanzaron por un camino largo y sinuoso, rodeado de

colinas onduladas, árboles desnudos, y campos frondosos incluso en invierno.

Carrie se irguió cuando una enorme casa, intimidante, ¿un castillo?, apareció ante ellos.

—¿Dónde estamos?

—En Linden Hall, la residencia familiar —respondió Massimo con voz tensa.

Quería mostrarle lo que iban a heredar sus hijos.

A primera vista el edificio era casi bonito, aunque ella se estremeció. Las ventanas, y las dos imponentes alas lo hacían menos bonito.

Massimo condujo el coche hasta la puerta principal. Aunque «puerta», no describía bien aquella enorme entrada. Bajó del coche y la puerta se abrió, apareciendo una sonriente pareja mayor.

Carrie se sorprendió al verlo saludarlos con dos besos. Curiosa, se bajó también.

—Carrie, te presento a Sheila y Tom Fields —los presentó Massimo. — Viven aquí y cuidan la finca.

Carrie había oído sus nombres a lo largo de los años, pero nunca los había conocido.

—Debe ser una enorme tarea —les estrechó la mano, sonriendo tímidamente.

—¡Desde luego! —Tom rio. —Tenemos cuatrocientas hectáreas, por no hablar de la casa, pero contamos con un equipo para ayudarnos.

—Por favor —Sheila sonrió cálidamente—, entre y resguárdese del frío. Hemos preparado un almuerzo ligero.

El estómago de Carrie rugió vergonzosamente. Los sagaces ojos de Sheila se posaron en su vientre y ella descubrió que su abrigo estaba abierto, con el inconfundible bulto a la vista.

Los condujeron directamente a una enorme cocina de última generación que aun así resultaba cálida y acogedora. Mientras Tom hablaba con Massimo, Carrie ayudó a Sheila con la comida.

—Así que es el ama de llaves de Massimo en Londres. Hemos oído hablar de usted.

Carrie se paralizó al pensar en lo que Massimo podría haber dicho.

—No se preocupe, no ha dicho nada. Solo sumo dos y dos, y probablemente me salgan seis. Pero solo sé que Massimo nunca ha traído a nadie aquí. A menos que venga a hacer nuestro trabajo...

—No, sus trabajos están a salvo —Carrie volvió a sonreír tímidamente.

—Entonces... —Sheila la miró con ojos brillantes.

Carrie le agradeció que no siguiera mientras la ayudaba a servir sopa, pan y ensalada.

Después de comer, y de una charla muy cordial, Carrie concluyó que la pareja le caía bien. Tenían los pies en la tierra y eran francos.

—Voy a enseñarle la casa a Carrie —Massimo se levantó.

—De acuerdo, pero fuera no —Tom también se levantó. —No me gusta el aspecto de ese cielo.

Tampoco a Carrie, cuando vio las densas nubes grises. Se estremeció de nuevo.

—¿Tienes frío? ¿Te traigo el abrigo?

—No, estoy bien —Carrie sacudió la cabeza.

—Vamos, te enseñaré esto.

Carrie siguió a Massimo a través de amplios salones, comedores y, escaleras arriba, más dormitorios de los que podía contar.

Cuando la llevó a la última planta, a las habitaciones de la servidumbre, Carrie se detuvo en seco.

—Entendido, Massimo —ella extendió las manos. —Lo pillo. Nuestros hijos heredarán una de las mejores propiedades del país.

—Siempre he odiado este lugar —Massimo se cruzó de brazos. —En realidad, tenía la intención de donarlo a la Fundación Nacional, y entregar los beneficios a la caridad.

—Oh...

—Pero dada nuestra situación, he decidido aplazarlo. Lo abriré al público para ayudar a Sheila y a Tom con el mantenimiento. Los beneficios irán a la caridad. Nuestros hijos decidirán lo que quieren hacer con él.

«Nuestros hijos».

Las palabras le provocaron a Carrie sentimientos contradictorios. Carrie percibió algo por el rabillo del ojo y miró por la ventana.

—Tenemos que volver con Tom y Sheila —Massimo también miró y maldijo en voz baja.

En el tiempo que habían tardado en recorrer la casa, el mundo se había vuelto blanco. Un grueso manto de nieve lo cubría todo y seguía cayendo con fuerza.

Corrió tras Massimo y lo encontró en el vestíbulo con Sheila y Tom, con los abrigos puestos. Parecían preocupados.

—El pronóstico no es bueno —decía Tom. —Las carreteras pequeñas ya están bloqueadas. Si no tienen que volver, les aconsejo pasar la noche aquí. Dicen que mañana despejará.

Carrie quiso protestar, pero se mordió el labio.

—Siento tener que dejarla aquí —Sheila se acercó, —pero la cocina está bien abastecida y Massimo encenderá algunos fuegos. Hay agua caliente, estarán bien.

—¿Adónde van? —preguntó Carrie. —¿Estarán bien?

—Sí. Vivimos en una cabaña en la finca, no lejos de la casa. Si nos vamos ya, llegaremos bien. Tom despejará el camino por la mañana.

—Estaremos bien aquí —Carrie quiso tranquilizarla. —Una noche en una mansión catalogada no puede considerarse una penuria.

—Me alegro tanto de que Massimo haya encontrado a alguien como usted, querida. Se merece ser feliz —Sheila sonrió con genuina calidez.

La mujer se marchó con su marido antes de que Carrie pudiera asimilar del todo sus palabras.

—Necesito leña —Massimo se puso el abrigo.

—¿Necesitas ayuda?

—Para esto no. Podrías mirar en la cocina qué hay para cenar más tarde. Carrie lo vio subir al coche y marcharse. La nieve ya tenía varios centímetros de grosor. De repente, la casa le pareció enorme y siniestra, como si unos ojos fantasmales la observaran.

Se dijo a sí misma que estaba siendo ridícula, y bajó a la acogedora cocina.

Hojeaba un libro de cocina cuando Massimo regresó cargado de leña y cubierto de copos de nieve.

Dejó los troncos junto a la chimenea y la encendió con una facilidad que solo daba la práctica.

—No te imaginaba acostumbrado a los trabajos manuales —observó Carrie. —¿No fuiste el heredero mimado?

—Es lo que habría querido mi madre —Massimo resopló—, pero en el piso de arriba solía haber tanto caos que Ric y yo bajábamos aquí a hacer los deberes o a pasar el rato con el personal —miró a su alrededor. —Esta siempre fue mi parte favorita de la casa. Sheila y Tom no vivían entonces en la finca, pero eran una presencia constante y proporcionaban más seguridad que el desfile de niñas.

Carrie volvió a maravillarse ante la oscura realidad de la supuestamente dorada vida de Massimo.

—¿Te importa pasar aquí la noche? —Massimo se quitó el abrigo y lo colgó de la puerta.

—Parece que no tenemos elección —ella se encogió de hombros. — Y se me ocurren sitios peores.

—Eres única, ¿lo sabías? —sin poder evitarlo, él le acarició la mejilla con un dedo.

Su contacto fue como una descarga eléctrica. El calor floreció junto a su corazón.

En su corazón.

Carrie se quedó helada. No podía permitirse ese pensamiento.

—No creas —apartó la mano de Massimo y dio un paso atrás.

Massimo lucía una barba incipiente. Tenía el pelo húmedo y despeinado por la nieve. Carrie deseaba volver a tocarlo. Desearlo y tener que mantener las distancias la mataba.

—En la despensa y en la nevera hay ingredientes para un guiso — balbuceó. —He encontrado una buena receta. La prepararé después...

—Resístete mientras puedas, Carrie. Yo seguiré aquí —Massimo salió de la cocina.

—Lo tenías planeado, ¿verdad? —Carrie lo siguió.

—Puedo hacer muchas cosas, Carrie —él regresó, —pero ni siquiera yo puedo influir en el tiempo.

Desapareció de nuevo y Carrie lo maldijo.

Para olvidarse de Massimo y de su situación, empezó a preparar la cena. Mejor estar ocupada.

Se dio cuenta de que el fuego se apagaba y que estaba oscureciendo. Echó más leña en la chimenea y metió el estofado en el horno.

Preguntándose dónde estaría Massimo, aunque reacia a buscarlo, subió las escaleras. Enormes retratos de los antepasados de Massimo la censuraban desde las paredes.

No debería estar allí. No debería llevar a sus hijos.

Impulsivamente, Carrie le sacó la lengua a un hombre de aspecto adusto.

—Yo también lo hacía.

Carrie dio un salto con la mano en el corazón.

—Lo siento, no quería asustarte.

—Siento que me están juzgando —admitió ella.

—No eres la única. Fuimos los hijos de una mujer que, a pesar de ser condesa, no era considerada una buena esposa de la alta sociedad.

—¿De verdad les sacabas la lengua? —Carrie lo miró.

—Sí, así... —Massimo sacó la lengua, y Carrie recordó su sensación en su boca, sobre la piel... entre las piernas.

—Solo quería decirte que el estofado estará listo en una hora.

—Estupendo, gracias. Bajaré enseguida. Carrie huyó de vuelta a la cocina.

—Esto está delicioso —declaró Massimo tras probar el guiso.

—Sheila tenía todo listo, yo solo tuve que mezclarlo.

La cocina, a pesar de su tamaño, era acogedora. El fuego crepitaba en la enorme chimenea y desprendía un reconfortante calor.

—Estaba pensando... —murmuró Carrie, después de unos minutos en agradable silencio.

—¿Sí...? —Massimo soltó los cubiertos.

—Eso no —aclaró ella al ver el brillo en sus ojos.

—¿Entonces, qué?

—Los niños... Tendrán un legado enorme, pero no quiero que vayan a un internado con niños pijos. Lo siento —añadió, por si le había ofendido.

—Estoy de acuerdo —él se limpió con una servilleta.

—¿Lo estás? —Carrie se sorprendió.

—El internado no hizo nada por Ric y por mí, excepto enseñarnos a enfrentarnos a los matones que nos consideraban inferiores por ser medio italianos. Me encantaría que fueran a un colegio diurno.

—¿Cerca de casa?

—¿Casa? —Massimo entornó la mirada. —¿Así que vivirás conmigo?

—No necesariamente —ella se maldijo, —pero sí cerca.

—Escucha... —Massimo parecía exasperado. De repente todo quedó a oscuras.

—Se ha ido la luz —él soltó un juramento. —Era inevitable.

—¿Qué hacemos ahora?

—Buscar linternas y velas... están en un armario aquí.

Se levantó y encendió la luz del móvil. Encontró algunas linternas y velas gruesas.

Carrie tomó una linterna. Su potente haz iluminó la cocina lo suficiente para poder recoger los platos y apilarlos junto al fregadero.

—Si por la mañana sigue sin haber electricidad —explicó Massimo, —encenderemos el generador.

—Tom dijo que solo nevaría esta noche —Carrie sintió pánico.

—Es un apoyo —contestó él. —Hay que irse a la cama, pronto hará frío. Subiré a encender fuego en los dormitorios. Tú espera aquí.

—Iré contigo —Carrie no quería quedarse allí sola, en la oscuridad. —Te ayudaré, no me importa.

Massimo se encogió de hombros y subieron, iluminando el camino con la linterna.

—¿Esto pasa a menudo? —preguntó ella.

—Bastante, por eso tenemos el generador. Suelen restablecer el suministro en cuestión de horas. Seguro que habrá luz por la mañana. ¿Te da miedo la oscuridad? —preguntó Massimo.

—No me vuelve loca precisamente.

Su marido sabía que odiaba la oscuridad y se empeñaba en apagar todas las luces por la noche. Eso había aumentado su sensación, aunque él nunca le había levantado la mano.

Massimo le tomó una mano. El muro de Carrie se tambaleó.

—Puedes quedarte esta habitación —en el primer piso, él abrió la puerta de un enorme dormitorio.

—No me importa otra más pequeña —Carrie comprendió que debía ser su habitación.

—Me quedo la contigua —él la ignoró. —Encenderé el fuego.

En pocos minutos las dos chimeneas ardían con fuerza, reduciendo al instante su sensación de miedo y caldeando las habitaciones.

—Te quedará enorme —Massimo sacó un pijama de un cajón y se lo dio, —pero es lo único que tengo.

Su pijama.

—También hay ropa interior sin estrenar en los cajones. Servirá hasta que volvamos a la ciudad.

—Estaré bien —la idea de llevar los calzoncillos de Massimo, aunque fueran nuevos, provocó un estremecimiento erótico en Carrie.

—Toma otra linterna.

Carrie calculó mal la distancia y la linterna cayó al suelo entre ellos. Se agachó para recogerla y, cuando volvió a levantarse, Massimo estaba mucho más cerca. De repente, le costaba respirar.

Las líneas de su rostro parecían mucho más duras a la luz parpadeante del fuego. Sus ojos, oscuros e ilegibles. Se le veía enorme. Carrie no deseaba otra cosa que acercarse y abrazarlo, permitirle acallar las voces en su cabeza con su boca, lengua y cuerpo.

Bastaría con dar un paso y él la agarraría. Sería tan fácil... olvidaría por qué debía resistirse.

—Buenas noches, Massimo —Carrie dio un paso atrás.

—Si necesitas algo esta noche —Massimo encajó la mandíbula, — estoy al otro lado de esa puerta.

—No creo..., pero gracias.

¿Por qué su voz sonaba tan débil e insegura?

Disgustada consigo misma, Carrie cerró la puerta. Buscó el cuarto de baño y llenó la bañera.

Se sumergió en el agua caliente, disfrutando de la sensación de ingravidez, y se llevó una mano a la barriga, pero desvió rápidamente sus pensamientos, asaltada por imágenes de Massimo. No iba a humillarse de nuevo estando él a escasos metros.

Se lavó, salió, se secó y se puso el pijama de Massimo. No se molestó en ponerse los pantalones, ya que la parte de arriba le llegaba hasta la mitad de los muslos.

Apagó la linterna, se metió en la cama y cayó en un sueño agitado. Soñó que corría por la casa buscando algo... a alguien. Se detenía ante una puerta y la abría de un empujón. Massimo estaba en la cama de espaldas a ella. Una mano de mujer sobre el hombro. Se volvía para mirarla con expresión remota, fría.

—No eres bienvenida. Fuera de aquí.

Como si le clavarán un cuchillo en las costillas, dolor al rojo vivo, celos al rojo vivo, Carrie corría alrededor de la cama y tiraba de la otra mujer, llorando y gritando:

—Pero yo soy diferente... ¡tú me dijiste que lo era!

Carrie despertó y se sentó de golpe, con el corazón acelerado. El rechazo de Massimo había sido vívido, el dolor real.

Respiraba con dificultad. Su piel caliente y sudorosa. Aún sentía la fuerza de las emociones, el dolor y los celos. El deseo de que Massimo estuviera en la cama con ella.

Impulsada por un instinto demasiado fuerte para negarlo, encendió la linterna y se dirigió a la puerta. Dudó un instante, y entró en la habitación contigua.

Massimo estaba en la cama. El torso desnudo. Las sábanas por la cintura. Parecía dormir.

Ella estuvo a punto de volverse, pero Massimo se despertó.

—¿Carrie?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Tuve un mal sueño... pero estoy diciendo que sí.

—¿Sí a qué? —él se incorporó y apartó la sábana. Estaba desnudo.

—Te deseo.

—Acércate... No sé si estoy soñando.

Carrie dejó caer la linterna, que iluminó con su haz de luz el papel pintado descolorido, pero ella solo veía a Massimo, como un dios, sentado en la cama.

Se acercó a él. No hubo ni un momento de duda en su mente ni en su cuerpo. Ni siquiera recordaba por qué se había empeñado en negarse a sí misma.

Massimo la tomó por la cintura. Desabrochó los botones y el pijama se abrió. Él contuvo la respiración y el pulso de Carrie se aceleró. Se sentía poderosa bajo la ardiente mirada.

Él le acarició los pechos, más turgentes, moviendo los pulgares sobre los pezones. Carrie estaba tan sensible que temblaba. Massimo le quitó la camiseta del pijama y la tumbó sobre la cama.

Sus manos recorrieron todo su cuerpo, descubriendo los cambios, despertando en ella una febril necesidad. Metió un pezón en su boca y lo lamió.

Carrie le agarró la cabeza y la sujetó. Massimo posó la mano en el vientre. Algo en su mirada conmovió a Carrie. Otra barrera que tendría que reconstruir. Después...

—Mass... por favor... te necesito.

Él se acomodó entre sus piernas, abriéndolas para poder verla y Carrie se retorció. Había soñado tanto con eso... y allí estaba él, su ardiente aliento sobre ella, sus dedos abriéndola más mientras colocaba la boca justo ahí, su lengua llevándola al éxtasis.

Las sacudidas aflojaban cuando él se colocó sobre ella, con la erección en la mano y la punta húmeda. Por un momento dudó, y Carrie estuvo a punto de suplicarle de nuevo.

—¿Está bien...? ¿Les haré daño a los bebés?

—No pasa nada... el médico dijo que no pasaba nada —contestó ella con avidez.

Se habría avergonzado de no sentirse tan desesperada.

Massimo tuvo cuidado de no apoyar su peso sobre ella, incluso cuando se hundió profundamente en su interior, y Carrie dejó escapar un sonido casi salvaje. Se movieron lentamente al principio, en una danza única para ellos. Luego él se movió rápido y duro. Carrie no estaba preparada para la siguiente oleada de placer, que la dejó sin respirar durante unos segundos, consciente de las sacudidas del cuerpo de Massimo contra ella mientras alcanzaba el clímax dentro de ella.

Se despertó al amanecer, abrazada por Massimo, de espaldas a él. Instintivamente, supo que él también estaba despierto y, sin mediar palabra, volvieron a hacer el amor, sin cambiar de postura. Él le agarró el pecho y metió una mano entre sus piernas, abriéndoselas, y ella jadeó cuando él la penetró con fuerza. Cuando ella llegó en un torrente de placer, Massimo la siguió. Luego volvió a quedarse dormida, completamente en paz, preguntándose si aún estaba soñando.

Capítulo 10

PERO no fue un sueño. Carrie volvió a despertarse con el sol en lo alto y Massimo de pie junto a la ventana, vestido con sus vaqueros y la sudadera. Ella se sentía completamente deshecha y deliciosamente dolorida entre las piernas.

Massimo se volvió y Carrie se tapó. Era un poco tarde para el pudor, pero ya le asaltaban el arrepentimiento y la recriminación. ¿Qué había hecho?

—No hagas eso.

—¿Hacer qué? —preguntó ella.

—Arrepentirte.

La cara de Carrie ardía.

—Lo sabía —murmuró él.

—¿Puedes pasarme algo, por favor? —Carrie se incorporó.

Massimo le pasó una bata. No apartó la mirada mientras ella se la ponía, y ella odió la reacción de su cuerpo a la descarada mirada, palpitando como si no acabara de pasar la noche en su cama.

—¿Tenemos que mantener esta conversación ahora? —ella se levantó y se ató la bata con fuerza.

—Es tan buen momento como cualquier otro.

—Mira, lo que pasó anoche... las hormonas del embarazo... Es habitual que nos sintamos más...

—¿«Cachondas»? —sugirió Massimo crudamente.

—Algo así.

—¿Insinúas que es todo lo que hay?

—Bueno, ¿cómo voy a saberlo? Llevo embarazada desde la última vez que nos acostamos.

«Mentirosa». Carrie sabía que no tenía nada que ver con el embarazo. Y sabía que no podía mentir.

—No —rectificó. —Claro que no es solo eso. También te deseaba.

—Necesito decirte algo —anunció él. Instintivamente, Carrie supo que no quería oírlo.

—Me he dado cuenta de algo en los últimos meses. Me decía a mí mismo que solo quería casarme por la seguridad y estabilidad... para ofrecer a nuestros hijos una vida mejor. Pero es más que eso. Carrie... sé cómo es un mal matrimonio, cuánto daño puede infligir a los niños. Por eso nunca quise casarme. Estaba seguro de que transmitiría algo... la misma vena destructiva que tenían Ric y mis padres... aunque sé que no es racional. Ellos reaccionaron como lo hicieron por alguna disfunción sufrida. Pero desde que estoy contigo... he visto que dos personas pueden comunicarse y estar juntas. Quiero más, Carrie. Lo quiero todo. La oportunidad de construir una vida feliz juntos y para nuestros hijos, pero solo me conformaré contigo al completo.

Carrie dio instintivamente un paso atrás. Massimo lo percibió y no le ahorró su mirada oscura.

—Carrie, te quiero. Esas seis semanas sin ti después de Nueva York fueron una tortura. Te echaba tanto de menos que sufría dolor físico. Y no solo por el sexo. Te metiste en mi corazón. Solo he amado tanto a otra persona...

Carrie oía sus palabras muy lejanas, como si hubiera un escudo de cristal entre Massimo y ella. Estaba entumecida. Congelada.

Los recuerdos llenaban su cabeza. Su marido diciéndole: «Te quiero tanto, Carrie. Cásate conmigo y te cuidaré siempre».

Pasado y presente se mezclaban, y Carrie solo pensaba en protegerse de ser manipulada de nuevo.

—No hace falta que mientas para que me case contigo, Massimo. Si decido hacerlo, será por todas las razones que has esbozado.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con el matrimonio? —Massimo encajó la mandíbula.

—No —aclaró ella rápidamente. —Realmente no lo he pensado...

—Porque tienes miedo de volver a entregarte a alguien que se aproveche de ti. Pero ya no eres esa mujer, Carrie. Y yo no soy ese hombre. Lo sabes.

Era como si estuviera metiendo la mano en su interior y hurgando en sus inseguridades más profundas, arrancándolas para exponerlas a la luz. Carrie se sintió tremendamente amenazada.

—Lo de anoche fue un error.

—No, no lo fue. Era inevitable —aseguró Massimo. —No estoy mintiendo, Carrie. No niego que la gente pueda utilizar el amor para ser manipuladora y cruel, pero lo que siento por ti no es eso. Juré que no volvería a amar después de perder a Ric, y tuve cuidado. Nunca permití que ninguna mujer se acercara, y funcionó... hasta que llegaste tú. En cuanto te toqué, supe que sería diferente.

Carrie quería taparse los oídos, bloquear las dulces palabras de Massimo, que se enroscaban a su alrededor como hilos de seda invitándola a creer en él. A confiar en él.

Pero su pasado se cernía sobre ella como un espectro malévolos.

—Quiero volver a Londres ahora —la tensión crepitaba entre ellos.

—Por suerte —la voz de Massimo era fría, —Tom ha despejado el camino y la mayor parte de la nieve se ha derretido. Nos iremos en cuanto estés lista.

Carrie salió de la habitación con piernas temblorosas. Con el cerebro entumecido, se duchó, evitando mirar las débiles marcas de las manos de Massimo en su cuerpo.

Volvió a ponerse su propia ropa y se secó el pelo enérgicamente.

Massimo la esperaba abajo, taciturno. Carrie se despidió de Sheila y Tom. La pareja parecía percibir la tensión y apenas habló. Carrie se alegró. Sus emociones bullían demasiado cerca de la superficie, crudas y volátiles.

El viaje de regreso a la ciudad fue silencioso, pero la tensión crecía insoportablemente.

—Déjame salir —anunció Carrie impulsivamente mientras atravesaban el centro de Londres.

—¿Qué? ¿Aquí?

—Por favor, Massimo, necesito estar sola un rato.

Claramente reticente, él se detuvo y Carrie puso la mano en la puerta.

—Espera —la retuvo él. —¿Llevas el móvil? Ella asintió.

—Lláname e iré a buscarte, ¿de acuerdo? Carrie asintió y salió.

Massimo arrancó y Carrie soltó un suspiro tembloroso.

Se dirigió a una galería de arte cercana, con ganas de perderse entre la multitud. Dentro había una exposición de la artista mexicana Frida Kahlo.

Rápidamente, se vio transportada a la vida de esa fascinante mujer. La enfermedad de polio. El estremecedor accidente de autobús que sufrió de adolescente y que la dejó con lesiones de por vida y dolores crónicos. La apasionada historia de amor con Diego Rivera que duró hasta su muerte, a pesar de las muchas infidelidades por ambas partes.

Ella también había perdido varios bebés y, a pesar de todo, había vivido, amado y creado. Su fuerza vital había sido fuerte a pesar de sus dificultades. No se había acobardado ante el mundo ni ante el hombre que la amaba, que la amaba de verdad. Había confiado. Y había amado.

Como si hubiera necesitado esa otra perspectiva, Carrie sintió que se le abría el corazón. Los muros de miedo y defensa a los que se había aferrado tan desesperadamente se disolvieron.

Nunca había conocido el amor, no así. Había vivido un ejemplo tóxico de amor. No había amado a su marido, ni él a ella, pero había tenido que esperar hasta ese momento para entender cómo era el verdadero amor:

Aterrador. Y magnífico. Transformador. Desde el momento en que Massimo la había mirado por primera vez, cuatro años atrás, se había abierto algo dentro de ella.

Ni siquiera se dio cuenta de que lloraba hasta que una mujer le ofreció un pañuelo.

—Es inspiradora, ¿verdad? Carrie solo pudo asentir.

Salió de la galería de arte, hecha pedazos, pero estaba bien. Eran pedazos que podía usar para recomponerse. No tenía más remedio que confiar, y sabía que pasara lo que pasara estaría bien, porque era lo bastante fuerte como para soportarlo todo. Incluso a Massimo diciéndole que la amaba solo para llevarla adonde él quería.

Porque ella lo amaba con cada fibra de su ser.

Massimo se paseaba por el vestíbulo. Había llamado a Carrie, pero el teléfono estaba apagado.

No debería haberla dejado sola en la calle. No debería haberle dicho que la quería. La había asustado.

Habían pasado horas. Podría estar en cualquier parte.

Pensar que había provocado su huida le produjo un escalofrío. Le aterraba no volver a verla.

Massimo casi entró en modo de pánico, a punto de ir a buscarla, cuando sonó el interfono de la puerta. Massimo contestó.

—Soy yo. Olvidé mis llaves. «Carrie».

El alivio hizo que Massimo se estremeciera.

Pulsó el timbre y, cuando ella llegó a la puerta principal, la abrió, como ella había hecho innumerables veces por él.

—¿Dónde estabas? —preguntó, intentando contener el pánico.

—¿Podemos hablar? —Carrie lo miró con una expresión que él no pudo descifrar.

Massimo asintió, cerró la puerta y la condujo a su estudio. Su alivio estaba matizado por la frustración y la rabia por lo que le había dicho.

Ella entró detrás de él, se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla. Estaba despeinada. Preciosa.

—Mira, Carrie, no quiero presionarte. Solo...

—¿Lo dijiste en serio?

Carrie estaba de pie detrás de una silla, agarrada con fuerza al respaldo. Los nudillos blancos.

—¿El qué? —Que me amas.

Ese momento lo era todo. Si no lograba convencerla, no tenían ninguna posibilidad.

—Sí —contestó. —No utilizaría esa palabra para manipular a nadie. La he evitado toda mi vida. Ni siquiera le dije a mi hermano que lo amaba, y siempre lo he lamentado.

—Seguro que lo sabía —los ojos de Carrie brillaban.

—Lo importante es si lo sabes tú.

—No soy nadie especial, solo tu ama de llaves.

—Eres la mujer que me ha hecho más humilde —Massimo sacudió la cabeza. —Nadie más lo ha conseguido porque nadie me ha interesado lo

suficiente. Nunca quise a otra mujer más de una noche, y me volví arrogante. Entonces llegaste tú y comprendí que me había estado engañando.

Carrie salió de detrás de la silla y sacó una cajita del bolsillo de sus vaqueros. Se colocó frente a él con manos temblorosas.

Abrió la caja y descubrió un grueso anillo de oro.

—Massimo Black... Linden... Conde, Señor, todo eso, ¿quieres casarte conmigo?

—Nada de eso importa —Massimo estaba en estado de shock. Las emociones lo abrían en canal, —y sí, me casaré contigo, pero con una condición. —¿Cuál?

—Que también me ames. Lo quiero todo. Tu corazón, tu alma, tu cuerpo y tu mente. Y a nuestros bebés.

—Ya me tienes: corazón, alma, cuerpo y mente —los ojos de Carrie se llenaron de lágrimas. —Te amo, Massimo, lo he sabido durante mucho tiempo. Tenía miedo de admitirlo, porque sabía que, una vez lo hiciera, no tendría control sobre lo que pasara... Me aterrorizaba pensar que repetiría los errores del pasado, dándote poder sobre mí. No quería volver a ser débil.

—Un maestro de la manipulación abusó de ti y pagaste el precio más alto —él le acarició la mejilla. —Eres la persona más fuerte que conozco.

Massimo se agachó y besó a Carrie con tanta dulzura y reverencia que su corazón volvió a abrirse. El dolor del pasado se disolvió y la esperanza que había contenido llenó todo su ser.

Carrie se sentía mareada. Sonrió a Massimo, sacó el anillo del estuche y le tomó la mano.

—Es solo hasta que elijas tu propio anillo.

—¿No debería decírtelo yo?

Carrie le puso el anillo en el dedo. Encajaba perfectamente. Le rodeó el cuello con los brazos.

—Tendremos tiempo para decirnos todas las cosas... pero primero, hazme el amor, Mass.

—Siempre, mi amor —Massimo obedeció ciegamente.

Massimo nunca eligió otro anillo. Un mes después se casaron en una discreta ceremonia civil en Londres, con Sheila y Tom como testigos.

Epílogo

Dos años y tres meses después, Río de Janeiro

Los dos bebés estaban tumbados uno junto al otro a la sombra. Acababan de cumplir dos años el día anterior. Eran robustos y traviesos, demonios y ángeles. Ambos tenían el pelo oscuro, pero los ojos de Ricardo se parecían a los de Carrie, de color avellana verdoso, y los de Frida eran oscuros, como los de su padre. Gracias a Dios, dormían.

Massimo y Carrie se habían quedado con el ático de Ricardo como refugio secreto, pero habían comprado un chalet en un frondoso barrio de Río para la familia.

Carrie suspiró satisfecha y volvió a acomodarse entre los brazos de Massimo.

—Nunca me has dicho por qué quisiste llamar Frida a nuestra hija.

Carrie se giró y trazó las líneas de su rostro con un dedo. El amor por ese hombre llenaba todo su ser. Le había enseñado lo que era realmente el amor. Poderoso, desinteresado y asombroso.

Había crecido de un modo que aún la emocionaba, empoderándose plenamente, confiada. Ya no había rincones oscuros y, si los había, los superaban juntos.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —Massimo le besó la mano. —Ahora dime por qué querías llamar Frida a nuestra hija.

—Bueno —Carrie sonrió—, ¿recuerdas el día que te propuse matrimonio?

—¿El mejor día de mi vida? —Massimo también sonrió. —Por supuesto. Carrie le habló de la exposición, de cómo la había abierto, dándole valor.

—¿Quieres decir que si no fuera por Frida Kahlo seguiría tratando de convencerte de que tú también me quieres? —Massimo le soltó la mano.

—Ya me había rendido —ella rio, —ella solo me ayudó.

—Gracias, Frida Kahlo —Massimo sopló un beso al cielo. Carrie tomó la mano de Massimo y se la llevó al vientre.

—Pronto tendremos que empezar a pensar en un nuevo nombre —ella asintió, emocionada.

La alegría del rostro de Massimo la envolvió, aunque se sentía aprensiva. Vivían en una pequeña burbuja desde la boda, y con los gemelos...

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Vamos demasiado deprisa? —preguntó ella.

—No lo bastante —contestó él. —¿No te dije que quería al menos seis?

—¿Me devuelves al hombre con fobia al compromiso, por favor? —gimió Carrie.

—Ese hombre se ha ido para siempre —Massimo sacudió la cabeza. Carrie sentía cómo su cuerpo respondía bajo el suyo y se retorció deliciosamente contra él.

—Me las pagarás —él gimió suavemente y la besó. —Estoy deseando que nuestra familia crezca. La alegría que Frida, Ric y tú me habéis proporcionado... Creo que lo que tememos es no poder aguantar más alegrías...

—Quizá sea eso —Carrie se emocionó.

—No hay nadie más con quien quisiera vivir esta aventura —él sonrió.

—Eres mi centro y, mientras estés conmigo, podemos hacer cualquier cosa.

—Nunca te librarás de mí —ella rugió burlonamente.

—Bien.

—¿Mami? ¿Papi? —llamó una vocecita somnolienta.

—Después, lady Linden —Carrie y Massimo se miraron.

—Creo que, si tú eres conde, yo soy condesa —ella fingió indignación.

—Lo sabía. Te casaste conmigo por mis títulos.

—Bueno, eso y... —Carrie rio.

Después de otro beso, ella se levantó para atender a los gemelos, que ya estaban despiertos.

Por la noche, cuando los gemelos se durmieron, bajo la luna tropical, volvieron a celebrar la buena noticia, de una forma muy íntima.

—Te quiero, Mass —deliciosamente saciada, Carrie besó el cuello de Massimo. —Para siempre.

—Te amo —él la besó y puso una mano en su vientre. —Nos quiero. No es demasiado rápido, es perfecto.

Y lo era.